

HARLEQUIN

Deseo

ATRACCIÓN INMEDIATA

Jackie Merritt

$3.50 U.S.

Argumento

Jake Banyon ya tenía bastantes problemas con el misterioso caballo salvaje que se dedicaba a robar las yeguas del rancho como para encima tener que vérselas con la fogosa Carly Paxton. La inesperada presencia de la hija de su jefe en el rancho suponía una amenaza para la solitaria vida que a él le gustaba llevar. Y era la clase de mujer que Jake se había jurado evitar.

Capítulo 1

La conversación telefónica de larga distancia empezó como siempre; Stuart «Stu» Paxton, que llamaba desde su casa en Nueva York, preguntó qué tal iban las cosas en su rancho de Wyonming. Sin embargo, la respuesta del capataz del rancho, Jake Banyon, no fue la de siempre.

-Me temo que tenemos un problema, Stu. Un semental desconocido está reuniendo un harén de nuestras yeguas. Ya se ha llevado tres.

-¿Un semental desconocido? No entiendo, Jake.

-Yo tampoco -contestó el capataz-. Lo cierto es que no tengo idea de dónde ha salido o a quién pertenece. Si es que pertenece a alguien. Da la sensación de ser un caballo totalmente independiente.

-No creerás que es un caballo salvaje, ¿no? -preguntó Stuart, en tono escéptico.

-No es imposible, Stu, aunque tiene todo el aspecto de proceder de una buena línea de crianza. Pero lo cierto es que solo lo he visto una vez, y de lejos.

-Tiene que haber llegado de algún sitio. No puede haber aparecido así como así de la nada.

-He puesto un anuncio en el Tamarack describiéndolo. Si alguien lo reconoce, supongo que lo reclamará. Entretanto, hago que algunos hombres busquen a diario su rastro. Me gustaría recuperar esas yeguas.

-Espero que tengas suerte. Ya me tendrás al tanto.

-Por supuesto -a continuación, Jake empezó a hablar de otros asuntos del rancho Caballo Salvaje, que llevaba casi un siglo en manos de la familia Paxton. A Stuart no lo atraía el negocio de criar ganado tanto como a sus antepasados, y dejó el rancho en cuanto terminó sus estudios. Desde entonces solo viajaba al rancho dos o tres veces al año. A pesar de que no tenía ninguna intención de volver a vivir allí, no se animaba a vender su herencia. No había tenido mucha suerte con los sucesivos capataces que se habían ocupado del rancho a lo largo de los años, pero últimamente se consideraba muy afortunado por contar con Jake Banyon. Durante los cuatro años que había durado su relación profesional, y a pesar de que Stuart era veinte años mayor que Jake, habían desarrollado unos fuertes lazos de mutuo respeto.

Jake aún estaba hablando cuando Stuart lo interrumpió.

-Siento interrumpirte, Jake, pero hoy te he llamado por un motivo ajeno a los asuntos del rancho. Necesito que me hagas un favor. Un favor personal.

Stuart sonaba nervioso, cosa que desconcertó a Jake. Si alguna vez había conocido a un hombre tranquilo y seguro de sí mismo, ese era Stuart Paxton. Nunca le había pedido un «favor personal», y él estaba dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa por Stuart.

Jake se había criado en un rancho, como Stuart, pero esa era la única similitud entre los primeros años de la Brida de ambos hombres. Stuart fue a la universidad y luego tuvo éxito en el mundo de los negocios. El hogar de Jake estaba en Montara. Terminó sus estudios en el colegio, pero estaba demasiado enamorado de la chica con la que salía como para plantearse dejarla para acudir a la universidad, cosa que supuso una gran decepción para su padre. Pero trabajó como vaquero para este y hizo planes con Gloria para casarse en agosto.

Pero cuando llegó agosto, Gloria le devolvió su anillo y le comunicó que había conocido a otro.

-Lo siento -dijo, tranquilamente.

Jake se volvió loco. Tenía diecinueve años y creía que su vida había acabado. Todo el mundo trató de hacerle ver que no era así, que aquello no significaba nada. Amaba a una chica que había conocido a «otro», y no podía hacer nada al respecto. Nunca se había sentido tan impotente en su vida, sobre todo cuando Gloria se marchó y nadie quiso decirle a dónde.

Empezó a llevar una vida desordenada y a pasar de una mujer a otra, hasta que su padre se hartó y le dijo que despertara y «oliera el café».

-Estás bebiendo demasiado y ya no puedo fiarme de ti. Búscate otro trabajo.

Pasaron los años. La caída de Jake fue de mal en peor, y estaba a punto de tocar fondo cuando finalmente captó el «olor a café» del que había hablado su padre. Fue en el funeral de este, su madre había muerto hacía tiempo, cuando algo en su interior pareció ceder y vio una imagen dolorosamente clara de lo que se había estado haciendo a sí mismo por una chica que, probablemente, nunca lo amó. En aquel instante se prometió ser la clase de hombre que había sido su padre. Trabajaría duro y llevaría una vida sana y ordenada. Y, por supuesto, se haría cargo del rancho de la familia.

Pero el rancho ya no era de la familia. El banco ejecutó la hipoteca, y Jake, totalmente anonadado, trató de dar algún sentido a su desquiciada vida. Sus viejos amigos, sobre todo las mujeres, no comprendían por qué los evitaba ni por qué había dejado de acudir a sus bares favoritos.

Para romper radicalmente con el pasado, Jake dejó Montara y se fue a Wyoming a buscar trabajo. Casualmente, se detuvo en un

pequeño pueblo llamado Tamarack. Mientras cenaba en una cafetería vio un anuncio en el periódico local en el que se solicitaba un capataz para un rancho. Así fue como conoció a Stuart Paxton, y Jake aún seguía asombrado de que este se hubiera arriesgado a contratar al vagabundo pesimista y quemado que era cuatro años atrás.

Lo que más lamentaba era que sus padres, especialmente su padre, no hubiera vivido lo suficiente para ver el hombre en que se había convertido. Trabajaba duro, estaba físicamente en forma, no bebía, no fumaba y no iba tras las mujeres. De hecho, había cambiado tanto que se había convertido en un solitario antisocial. Ese era uno de los motivos por los que le gustaba tanto el rancho Caballo Salvaje; estaba a ochenta millas de Tamarack, el pueblo más cercano, y la única manera de poner los ojos sobre una mujer era recorriendo aquella distancia, cosa que no sucedía a menudo. Su empuje sexual, en otra época descontrolado, estaba casi olvidado. Jake lamentaba haber malgastado su juventud. Debería haber ido a la universidad cuando Gloria rompió su compromiso con él. Debería haberse comportado como un hombre y haber seguido adelante con su vida en lugar de dejarse llevar por la auto compasión. Pero lo único que podía hacer era aceptar lo que fue en otra época y sentirse orgulloso de su nueva vida. Y creía sinceramente que todo lo que había conseguido había sido gracias a Stuart Paxton.

Ese fue el motivo por el que contestó:

-Por supuesto, Stu. Di lo que necesites y, si está en mi mano, lo haré.

-Gracias, Jake. Sabía que podía contar contigo. Esta es la situación: supongo que me has oído hablar en más de una ocasión de mi hija Carly.

-Claro, Stu -lo cierto era que Jake apenas recordaba a Stu mencionando a su hija, probablemente porque no le había interesado el tema. La mujer de Stuart había muerto hacía mucho tiempo, y recordaba vagamente que este mencionó las dificultades de criar a una hija sin su madre.

-Llevé a Carly al rancho un par de veces cuando era pequeña, pero cuando entró en la adolescencia decidió que no le gustaba, así que no la obligué a volver conmigo. Hace quince años que no va por allí. El caso es que el año pasado ha sido muy duro para ella, por el divorcio y todo eso, ya sabes, y me rompe el corazón verla tan infeliz. Se está esforzando tanto en recoger sus propios pedazos y empezar una nueva vida que se merece una medalla. Pero creo que aún no se ha hecho a la idea de que ¡in hombre pueda ser tan despreciable como su ex marido.

Jake frunció el ceño, intuyendo algo tras el tono vacilante de Stuart.

-¿Qué quieres que haga?

Stuart respiró profundamente antes de responder.

-He estado pensando que le sentaría bien un cambio de aires. ¿Te importaría que la enviara al rancho a pasar una temporada?

Un repentino temor hizo que el todo el cuerpo de Jake se contrajera.

-Es tu rancho -murmuró.

-Pero tú estás a cargo de él, Jake. Es tu hogar, y si la presencia de Carly te resulta incómoda...

-No, no, Stu -interrumpió Jake bruscamente-. Carly será bienvenida aquí cuando quiera.

-¿Estás seguro?

-Por supuesto -Jake tenía la boca totalmente reseca. El rancho era una sociedad estrictamente masculina. Incluso el cocinero era un hombre. La casa era vieja y no estaba especialmente limpia. Jake era el único que la usaba; los otros hombres dormían en los barracones.

Pero Stuart ya sabía todo eso. Cuando iba al rancho solía utilizar una de las cuatro habitaciones de la segunda planta. En el armario de esa habitación tenía algunas botas y ropa para no tener que andar cargando con equipaje cada vez que iba.

En la planta baja no había dormitorios, lo que significaba que Carly dormiría arriba, como Jake. Este pensó en la posibilidad de trasladarse al barracón mientras durara la visita de la hija de Stu, pero odiaba tanto renunciar a su intimidad que enseguida rechazó la idea. Necesitaba su intimidad. No podía vivir con un montón de hombres. Y a los otros hombres tampoco les gustaría. Él nunca había tratado de hacerse amigo de ellos, y todo el mundo se sentiría incómodo si se trasladaba.

-Creo que Carly recuerda algunas cosas del rancho -dijo Stuart-. Cuando la llevaba allí de niña aún vivían sus abuelos. Creo que la tranquilidad del lugar le sentará bien. Además, algún día será dueña del rancho, así que no le vendrá mal pasar una temporada en Wyoming.

-Lo que tú digas, Stu -a Jake le maravilló la tranquilidad de su voz en contraste con su errático pulso y el sudor de las palmas de sus manos. Hacía cuatro años que todo era perfecto. La presencia de una mujer en el rancho cambiaría hasta el aire que respiraban. Los hombres fumaban, mascaban tabaco, escupían y maldecían cuándo y como les venía en gana. Contaban chistes verdes y hacían crudas referencias a las mujeres en general, a pesar de que la mayoría de

ellos estaban casados o tenían novias y, si fuera necesario, defenderían la reputación de estas hasta la muerte.

Pero Stuart también estaba al tanto de todo eso. Había crecido entre vaqueros y sabía que, a pesar de que hablaran mal y fueran duros con otros hombres, siempre se mostraban respetuosos, e incluso tímidos, con las mujeres.

Jake tuvo que reconocer que no eran los hombres lo que le preocupaba respecto a la presencia de Carly en el rancho; era él mismo. Le gustaba su posición. Le gustaba comer con los demás en el comedor y no tener que preocuparse por las comidas. ¿Cómo se tomaría Carly tener que comer con un montón de hombres desconocidos?

Pero Stuart debía saber lo que hacía, y Jake sabía que no era asunto suyo sugerirle que a su hija podrían no gustarle las costumbres del rancho.

-¿Cuándo crees que vendrá?

-Dentro de una semana, más o menos. Te avisaré en cuanto lo sepa con exactitud.

-¿Quieres que vaya a recibirla al aeropuerto de Cheyenne?

-No, creo que contrataré un helicóptero para hacer el trayecto de Cheyenne al rancho. Me pondré en contacto contigo en cuanto todo esté arreglado.

-De acuerdo -dijo Jake.

Cuando colgó, sintió que la vida que había creado para sí mismo en aquel precioso rincón de Wyoming empezaba a desvanecerse. Una parte racional de su cerebro le decía que no debía asustarse y sacar conclusiones precipitadas. Después de todo, Carly Paxton podía ser una persona encantadora que encajara tan bien en el rancho que nadie notara su presencia.

-Sí, claro -murmuró, frunciendo le ceño mientras salía al amplio porche delantero. Aquel era su lugar favorito al atardecer. Cuando hacía buen tiempo, como en aquellos momentos, a finales de junio, solía pasar muchas tardes allí fizera. Era un buen lugar en el que pensar y organizar el trabajo semanal de los hombres. Las estaciones determinaban en gran medida el ciclo de trabajo en los ranchos, pero siempre quedaba por decidir qué hombres se ocuparían de qué cosas.

Tras ocupar una silla, Jake respiró profundamente, tratando de liberarse del nudo de ansiedad que sentía en el estómago. Aquel ejercicio hizo que en su mente surgiera una pregunta: ¿quién era él en aquellos momentos? No era el mismo hombre que fue cuando Gloria lo dejó, ni tampoco era como los otros vaqueros del rancho. Tampoco podía compararse a Stuart, que poseía un talento casi mágico para

ganar dinero y que vivía en un mundo mucho más grande que el suyo.

La palabra «inadaptado» entró en su mente, y suspiró. No podía negar que fuera un inadaptado, ni tampoco el resentimiento que aún sentía hacia las mujeres por lo que le hizo una en el pasado. ¿Pero no era extraño que no se hubiera librado ya de aquel resentimiento a pesar de haber dejado de ver a Gloria hacía tanto tiempo?

Apretó los labios. Odiaba los momentos en que trataba de analizarse a sí mismo. Él no era peor que los otros hombres del rancho. Todo el mundo tenía sus problemas, y no todos tenían soluciones para ellos. Superaría la visita de Carly y, entretanto, rezaría para que su estancia en el rancho fuera breve. Aparte de preocuparse, ¿qué más podía hacer?

Aquel paseo en helicóptero era la mejor parte del viaje, pensó Carly mientras contemplaba desde lo alto el paisaje de Wyoming.

Conservaba algunos recuerdos de cuando iba allí de niña, pero la belleza de las distantes montañas y de los enormes valles que se extendían a sus pies la tenían facinada. Contemplar aquel paisaje le producía un sentimiento de serenidad que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

En realidad no quería ir a Wyoming, pero había aceptado la sugerencia de su padre para aliviar la preocupació de este. Le había causado muchas preocupaciones durante el año anterior, y había decidido que aquel viaje a Wyoming era un sacrificio muy pequeño si hacía que su padre se sintiera mejor. Pero contemplar todo aquello no suponía ningún sacrificio.

El piloto le tocó el brazo para llamar su atención.

-Ya estamos llegando -dijo-. Vamos a aterrizar en esa explanada que hay a la derecha de la casa -el helicóptero empezó a descender.

Carly observó el lugar que había indicado el piloto y sonrió al encontrarse recordando con nostalgia la casa de dos plantas con su gran porche y los numerosos árboles del patio. Tratando de asimilarlo todo de una vez, deslizó la mirada a los establos, los cobertizos y los corrales. Cuanto más bajaba el helicóptero, más detalles podía ver.

Entonces, un movimiento captó su mirada y vio a dos hombres a caballo que parecían cabalgar tras un caballo suelto. ¿Trataban de atraparlo? Por algún motivo, quiso saber qué estaba pasando.

-¿Puedes acercarte un poco a esos tres caballos? -preguntó al piloto.

-Por supuesto.

El helicóptero giró a la derecha y siguió bajando hasta quedar justo por encima de los árboles. Carly vio que los dos jinetes alzaron la mirada y supo que el helicóptero los había sorprendido. Casi al mismo

tiempo tuvo una visión nítida del caballo que cabalgaba sin jinete.

-Oh, es magnífico -murmuró, maravillada. El caballo era negro como el carbón, y su lomo brillaba a causa del sudor bajo la luz del atardecer. ¿Por qué lo perseguirían aquellos hombres con tanto afán? ¿Se habría escapado?-. ¿Qué crees que está pasando? -preguntó al piloto.

-Parece que los jinetes tratan de lazarlo. Los dos llevan sus lazos dispuestos.

-Oh, sí, ahora los veo.

El caballo negro desapareció repentinamente tras un grupo de árboles, seguido unos instantes después por los dos jinetes. Carly sintió una punzada de decepción. Le habría gustado comprobar cómo terminaba la persecución.

-¿Aterrizamos ya? -preguntó el piloto.

-Sí, por supuesto. Gracias por el rodeo.

-De nada. Como ya te he dicho cuando nos hemos conocido, he traído aquí a tu padre muchas veces. El también suele pedirme que dé algunos rodeos durante el trayecto.

Carly sonrió.

-De tal palo tal astilla-dijo, Le gustaba que la compararan con su padre, aunque sabía que sus personalidades eran muy diferentes. Él era mucho más tranquilo, y poseía un talento especial para los negocios del que ella carecía.

También le habría gustado heredar la increíble capacidad de su padre para juzgar el carácter de las personas. Ella carecía de esa capacidad, y su desastroso matrimonio era una prueba muy clara de ello. No sabía si alguna vez podría volver a fiarse de sí misma para juzgar el carácter de un hombre. Aunque lo cierto era que en aquellos momentos no tenía la más mínima prisa por volver a establecer una relación «romántica» con uno. Su cuerpo y su mente se retraían ante la mera posibilidad. Tendría que pasar mucho tiempo para que volviera a caer en aquella trampa. De hecho, había llegado a creer que todo el concepto del romance no era más que una manipulación de los medios de comunicación para vender revistas y otros pros ductos mucho más caros a mujeres que creían que no podían hacer nada sin un hombre a su lado. Afortunadamente, ella ya no pertenecía a aquella categoría. Se había transformado en una dura realista, con los pies en la tierra y ajena a todo lo que oliera a románticismo.

El piloto, un hombre maduro y de carácter agradable, le devolvió la sonrisa.

-No hay nada malo en ello.

Carly volvió a sonreír, pero no dijo nada más. Estaban a punto de

aterrizar y se había fijado en un hombre alto vestido con vaqueros, camisa, botas y sombrero que se hallaba en el borde del terreno sobre el que iban a aterrizar.

Jake se había acercado nada más oír el helicóptero. Había fruncido el ceño al ver que giraba en otra dirección, pero no había podido seguir su curso con la vista y había esperado allí hasta su regreso.

Se sentía claramente nervioso ante su primer encuentro con la hija de Stuart. Lo cierto era que no había dejado de estar nervioso desde su conversación con Stu, cuando le dijo que Carly sería bienvenida en el rancho cuando quisiera. Pero eso no era cierto, y durante aquellos días no había dejado de desear que la hija de Stu decidiera cancelar su viaje.

Y le había puesto aún más nervioso que, en lugar de aterrizar de inmediato, el helicóptero se hubiera desviado de su trayecto. Ya que el piloto no tenía necesidad de hacer algo así, dedujo que había sido una ocurrencia de Carly.

¿Y por qué no iba a querer echar un buen vistazo al rancho?, se recriminó. A fin de cuentas, no había vuelto allí desde que era niña.

Aquel argumento, aunque razonable, no sirvió para mejorar el oscuro humor de Jake. Si Carly estaba dispuesta a adoptar una actitud prepotente por ser la hija del dueño, no existía la más mínima posibilidad de que se llevaran bien. ¿Y cómo afectaría a su relación con Stu el hecho de que no se llevara bien con su hija?

Jake apretó los labios, tenso. No podía permitir que nada estropeara su relación laboral con Stu. Carly y él debían llevarse bien, aunque ello implicara tener que someterse a sus caprichos. Mascullando una maldición, contempló el helicóptero hasta que se posó en tierra.

El piloto paró el motor y Jake se encaminó hacia el aparato. Una incómoda premonición hizo que se le encogiera el estómago. Intuía que su vida iba a cambiar radicalmente desde aquel momento.

-Maldición -murmuró entre dientes-. Maldición.

Capítulo 2

Carly soltó el cinturón de seguridad sin apartar la mirada del hombre que caminaba hacia el helicóptero. Debía ser Jake Banyon, aunque no se parecía en nada a lo que había esperado. ¿Por qué había pensado que el capataz del rancho sería un hombre mayor? Ella se acercaba a los treinta, y Banyon parecía tener la misma edad. Además, se había llevado otra sorpresa: ¡era muy atractivo! Observando su alta figura, enfundada en unos gastados vaqueros y en una camisa azul de trabajo, y los atractivos, aunque duros rasgos de su rostro, Carly sintió un inconfundible revoloteo sexual en la boca del estómago.

Su reacción la sorprendió y de inmediato la irritó, haciéndole apretar los labios. Probablemente, aquella visita iba a ser más corta de lo que había planeado, a pesar de que había preparado el equipaje para una larga estancia en caso de que le gustara el rancho.

«Papá debería haberme dicho que Banyon era un hombre joven y atractivo. ¿Por qué no lo mencionó?»

El piloto bajó del helicóptero, saludó a Jake y rodeó el aparato para abrir la puerta de Carly. En cuanto esta puso los pies en tierra, Jake se acercó, se quitó el sombrero con una mano y alargó la otra hacia ella.

-Jake Banyon -saludó, sin sonreír-. Bienvenida al rancho Caballo Salvaje.

-Gracias -replicó Carly. Estrechó la mano de Jake rápidamente y la retiró como si acabara de tocar algo venenoso. El contacto con la encallecida mano del capataz le produjo tal impresión que estuvo a punto de sufrir un ataque de pánico allí mismo.

«¡Dios santo!», pensó un instante después. «Solo ríos falta olisquearnos y gruñir para parecer dos perros desconocidos y recelosos».

Era cierto. Jake se había quedado conmocionado al ver que Carly era alta, delgada, con unos asombrosos ojos verdes y el pelo negro y largo. Había esperado ardientemente que fuera una mujer normal y corriente, muy «normal y corriente», y no lo era.

Los pensamientos de Carly eran parecidos e igualmente inquietantes. Banyon tenía los ojos más azules que había visto en su vida, el pelo oscuro como el azabache y la piel morena y curtida por la vida al aire libre. No había calidez en aquellos increíbles ojos, pero resultaban muy atractivos a pesar de su evidente cautela. Estaba convencida de que pasaría mucho tiempo antes de que un hombre volviera a afectarla, pero allí estaba, sintiéndose febril y aturdida ante un maldito vaquero. Aquello era totalmente inaceptable, y cualquier

resto de pánico que hubiera sentido unos minutos antes fue sustituido por la desafiante resolución de permanecer en el rancho de su familia tanto tiempo como quisiera. No iba a permitir que un vaquero atractivo la asustara.

El piloto estaba sacando el equipaje del helicóptero. Era un tema seguro, y Jake lo utilizó para dejar de pensar en la impresionante figura de Carly, a su gusto, provocativamente realzada por unos vaqueros ceñidos y una blusa a rayas azules y rojas.

-Voy a apartar tu equipaje del helicóptero -dijo-. Luego te acompañaré a la casa. Haré que un par de hombres se ocupen de llevar las maletas.

Carly estuvo a punto de replicar que no hacía falta que la acompañara a la casa, que sabría encontrar el camino por su cuenta. Pero logró contenerse y murmuró:

-Me parece bien -mientras Jake se acercaba a las maletas, murmuró-: Ese detalle ha sido por ti, papá.

No era culpa de Banyon que su aspecto y edad la hubieran inquietado, y tampoco podía condenar a su padre por no haberle descrito mejor al capataz. Probablemente, su padre ni siquiera se habría fijado en que era un hombre peligrosamente atractivo.

Además, había notado que él estaba tan sorprendido como ella. Aquella no era una situación especialmente cómoda para ninguno de los dos. Ella sabía que había un barracón en el que vivían los vaqueros y que Jake era la única persona que vivía en la casa. Sabía que había una cocina aparte y que los hombres comían en un comedor adyacente. Su padre le había recalcado aquellos detalles y le había dicho que podía comer con los hombres o prepararse sus propias comidas en la casa. Su consejo final había sido que, sobre todo, se relajara y disfrutara.

Se volvióó para contemplar los pacíficos campos verdes que se extendían a lo largo de innumerables millas en todas direcciones, alcanzando por el Oeste los pies de las colinas y finalmente las montañas. Habría que buscar mucho para encontrar un lugar mejor en el que relajarse, pero algo le dijo que le habría costado mucho menos conseguirlo si Banyon hubiera tenido veinte años más y hubiera sido calvo y patizambo.

No le gustaba nada su inesperada reacción física hacia él. ¡Necesitaba más tiempo para recuperarse! Las heridas emocionales provocadas por su terrible farsa de matrimonio aún no se habían cerrado, y la mera idea de un nuevo romance le hacían estremecerse. El romance era una mera ilusión que los hombres utilizaban para conseguir tener a las mujeres donde querían. Solo empezaban a

mostrar su verdadera personalidad cuando lograban eso, y entonces, sus mujeres podían echarse a temblar.

Suspirando, apartó aquellos desagradables pensamientos de su mente y contempló a Banyon y al piloto mientras apartaban el equipaje del helicóptero. En aquel instante decidió que, por muy atractivo que encontrara a Banyon, este nunca llegaría a saberlo, sobre todo porque ella no iba a permitir que algo tan intrascendente como una atracción física le hiciera perder el sentido común. Sabía a ciencia cierta que aún no estaba preparada para mantener más que una amistad muy distante con cualquier miembro del sexo opuesto.

Tras estrechar la mano de Banyon, el piloto se despidió de Carly y subió a la cabina del helicóptero. Carly se apartó del aparato y se acercó a su equipaje.

-Las maletas estarán bien aquí unos minutos -dijo .Jake-. Ahora podemos ir a la casa.

-De acuerdo -contestó Carly, sin mirarlo, y empezó a caminar cuando él lo hizo. El helicóptero despegó y la turbulencia provocada por la hélice agitó su pelo. Mientras se lo alisaba con una mano, miró rápidamente a Banyon-. Espero que esta visita no sea una intrusión -dijo.

-No te preocupes por eso.

-Pues tú lo pareces -espetó Carly, sin poder contenerse.

-¿Qué parezco?

-Preocupado. Pero no hace falta que lo estés. Prometo no darte la lata.

«Podrás hacerlo?», se preguntó Jake. «¿Serás capaz de entretenerte sin dar la lata a todo el mundo?» Lo dudaba. El rancho no iba a ser el mismo durante la visita de Carly, y era absurdo esperar lo contrario.

Pero eso era algo que ya sabía antes de que llegara. Lo que no había anticipado era el efecto que le iba a causar aquella mujer. Su cuerpo había reaccionado como si lo hubieran prendido en llamas. Pero se trataba de la hija de Stu, y aunque hubiera sido un mujeriego empedernido, y en otra época lo fue, nunca se le habría ocurrido tocar a la hija de su jefe. Respetaba demasiado a Stuart como para correr el riesgo de ofenderlo tratando de seducir a su hija.

Y al margen de todos aquellos sorprendentes sentimientos y pensamientos, consideraba su obligación esmerarse en conseguir que la hija de Stuart se sintiera bienvenida.

-Tu visita no supone ninguna lata, y no estoy preocupado por nada. De hecho, espero sinceramente que disfrutes de tu estancia en el rancho.

Carly no creyó una palabra. A veces, el tono de voz podía resultar

más revelador que las palabras, y el de Jake hacía pensar que acababa de comer uvas amargas. La verdad alcanzó a Carly en un repentino destello. Banyon había aceptado que fuera al rancho porque su padre lo había sugerido de un modo que no había podido rechazar.

-¿Qué tal ha ido el viaje? -preguntó Jake.

En opinión de Carly, aquella era una pregunta-que las personas hacían cuando no sabían qué decir. Pero al menos indicaba que Banyon trataba de ser amable, y ella no podía ser menos.

-Largo -dijo, en tono más seco de lo que le habría gustado. Entonces recordó que al final no había resultado tan aburrido-. El viaje en helicóptero ha sido bastante divertido, y quería hacerte una pregunta sobre algo que he visto cuando nos acercábamos. Dos hombres a caballo perseguían a un tercer caballo. 0 parecían perseguirlo. ¿Sabes qué estaba pasando?

Jake se detuvo repentinamente y le dedicó una penetrante mirada.

-¿El tercer caballo era negro?

Carly se sorprendió ante su reacción. Manteniéndose firme en su terreno, le devolvió la mirada, aunque él no pareció fijarse en ello.

-Sí, el tercer caballo era negro como el azabache y, probablemente, uno de los más bonitos que he visto en mi vida -contestó, preguntándose si esa sería la información que buscaba.

-¡Ese maldito semental! -el enfado de Jake era evidente-. Cada vez es más temerario. Espero que esos hombres que has visto lo hayan capturado.

-¿Ha escapado... o algo parecido? -preguntó Carly, confundida.

-¿Escapar? No. No pertenece al rancho. Que yo sepa, no pertenece a nadie. Es tan salvaje como un viento de marzo, y está robando nuestras yeguas.

Carly frunció el ceño.

-No comprendo. ¿Es que aún hay caballos salvajes por aquí?

-Solía haberlos. Hace unos cien años, una unidad de caballería soltó unos cuantos caballos en esta parte de Wyoming. La manada se multiplicó durante una temporada, y luego empezó a extinguirse. Hace años que nadie ha visto uno de esos mustangs. Y de repente, ese semental negro ha salido de la nada y ha empezado a reunir un harén con nuestras mejores yeguas.

Jake volvió a caminar y Carly tuvo que avanzar rápidamente para ponerse a su altura.

-Sigo sin comprender -dijo-. He leído sobre caballos salvajes y he visto fotos de ellos, y ese semental no se parece en nada a los mustang de las fotos.

-Ya lo sé. Parece un caballo de más categoría, pero he tratado de

localizar a su dueño por todos los medios y no he podido. He llegado a la conclusión de que un mustang se apareó con una yegua de buen linaje y el resultado fue ese semental.

-Supongo que eso tiene sentido -murmuró Carly, intrigada por el misterioso caballo-. Y, como has dicho, está reuniendo un harén, ¿no?

-Ya se ha llevado cinco de nuestras yeguas.

-¿Se lleva también yeguas de otros ranchos?

-Que yo sepa, no.

La respuesta de Jake había sido tan brusca, tan seca, que Carly le lanzó una rápida mirada de curiosidad. Intuyó que prefería no hablar del problema del semental, pero le daba lo mismo lo que prefiriera. Su curiosidad se había despertado y quería saber todo lo que él sabía sobre el tema.

-Je da la impresión de que considera este rancho como su territorio? -preguntó.

-Solo Dios lo sabe -murmuró Jake.

-Este es un rancho muy grande. Puede que naciera aquí.

-Es posible.

Carly pensó que era evidente que aquel tema irritaba a Jake, así como su insistencia en hablar de él. Pero sus personalidades habían chocado nada más verse, así que, ¿por qué molestarse en suavizar las cosas a esas alturas? Banyon parecía tan indómito como aquella tierra. Probablemente era uno de esos «machitos» cuyos pasatiempos favoritos consistían en cortar troncos a toda prisa, tirar de tractores con soga y cosas parecidas.

Además, no le importaba si le caía bien o mal, y si quería decir algo, lo haría.

-Bueno, supongo que, al menos, el nombre del rancho es apropiado.

Jake le dedicó una mirada de evidente desagrado.

-Perder cinco buenas yeguas no tiene nada de divertido.

-No, pero es interesante. El rancho Caballo Salvaje asolado por un caballo salvaje. Sí, me parece bastante interesante. Si lográis capturarlo, ¿qué haréis con él?

-Algunos hombres piensan que deberíamos matarlo.

Carly abrió los ojos de par en par, conmocionada.

-¡Ni hablar! ¿Está enterado mi padre de esto?

-Sí -habían llegado a la explanada de hierba que rodeaba la casa, y Jake ya había tenido suficiente conversación sobre el semental. De hecho, estaba deseando dejar a Carly en la casa para poder ir a averiguar en qué había quedado la persecución. Sería una suerte que lo hubieran capturado.

Pero, al parecer, Carly aún no había acabado con el tema.

-No puedo creer que mi padre esté de acuerdo en que matéis a un animal tan maravilloso solo porque resulta molesto -dijo,- en un tono de evidente desaprobación.

Jake dejó de andar y se volvió hacia ella.

-Deja que te aclare las cosas. En primer lugar, he dicho que «algunos» hombres piensan que deberíamos matarlo. No te he dicho lo que yo pienso al respecto. En segundo lugar, no solo resulta molesto, sino que es un ladrón, y mientras siga rondando por ahí su harén irá creciendo. ¿Crees que un ranchero puede ignorar la pérdida de unas yeguas tan valiosas? Tu padre no, desde luego, y yo tampoco -giró sobre sus talones y se encaminó de nuevo hacia la casa.

Carly volvió a alcanzarlo.

-Entonces, ¿no vas a matarlo?

-Tampoco he dicho eso -gruñó Jake, sorprendiéndose a sí mismo con un comentario que indicaba que tal vez decidiría matar al semental, cosa que en ningún momento se le había pasado por la cabeza. Nunca había sido un asesino de animales. Ni siquiera le gustaba cazar. Pero aquel semental lo estaba desquiciando. Como Carly, y rogó al cielo para que dejara el tema de una vez.

Carly intuyó lo que quería Jake, cosa que le sorprendió, pues no se consideraba especialmente hábil leyendo las mentes de otros. Pero el enfado de Banyon era muy obvio. De hecho, parecía estar sufriendo, como si ella o algún ente invisible le estuviera clavando agujas.

Pero nadie iba a disparar a aquel caballo mientras ella estuviera allí, y más valía que Jake Banyon lo supiera desde el primer momento. Además, no le gustaba el tono que estaba usando con ella, como si nadie excepto él tuviera derecho a dar su opinión sobre el semental.

-Tal vez yo también debería aclarar las cosas -dijo, con calma-. No he venido aquí con la intención de cuestionar tu autoridad o ningún aspecto del funcionamiento del rancho. Pero no pienso quedarme sentada mientras tú o algún otro dispara a un caballo que solo está siguiendo sus instintos naturales.

Habían alcanzado las escaleras del porche delantero. Jake se detuvo una vez más y se volvió a mirar a Carly con los ojos entrecerrados. ¡De manera que aquella mujer sí pensaba entrometerse y dar la lata! Pero, por molesto que fuera reconocerlo, tenía derecho a hacerlo. 0 lo tendría algún día, cuando heredara el rancho.

Entretanto, él solo aceptaría órdenes de su padre, en las raras ocasiones en que este las daba, y más valía que Carly entendiera de una vez por todas que no estaba dispuesto a aceptar intromisiones suyas, ni de ningún otro, en lo relacionado con el rancho.

-Y, exactamente, ¿qué harías si decidiera eliminar al semental? -preguntó en tono retador.

Carly no esperaba ser tan abiertamente retada, y su corazón se encogió. Pero enseguida alzó la barbilla. Era desconcertante tener un enfrentamiento con Banyon a los quince minutos de su llegada, pero si no se mantenía firme en su terreno parecería una mujer débil de carácter y sin convicciones. Así era como se

había comportado durante su matrimonio, y había ju

rado no volver a permitir que un hombre la avasallara.

Pero Jake Banyon no se parecía nada a su ex marido. De hecho, no se parecía a nadie que hubiera conocido, y tal vez no fuera prudente enfrentarse abiertamente con él.

¿Pero debía pasar por alto aquel asunto solo porque Banyon tuviera una personalidad abrumadora?

Finalmente, decidió mantenerse en su terreno y, en un tono tan retador como el de Jake, respondió:

-Estoy segura de que hay leyes que no permiten matar animales de los que uno no es dueño.

-También hay leyes que permiten a los rancheros proteger a sus animales de los depredadores -espetó Jake. La furia que sentía lo alarmó, y tuvo que preguntarse qué la estaba causando, si el tema del que estaban hablando o el bonito rostro y la palpable sexualidad de Carly. No se merecía aquello. Hacía años que vivía como un monje y lo último que necesitaba era que le recordaran que llevaba tanto tiempo viviendo sin sexo. Y viviendo satisfecho, por cierto. Pero en aquel mismo instante su cuerpo parecía estar despertando de un prolongado letargo.

Se dijo que debía tranquilizarse. Debía decirle a Carly que nunca había planeado matar aquel caballo, zanjando así aquella ridícula controversia. Pero cuando abrió la boca, se oyó decir:

-Tengo mucho trabajo esperándome. Entremos y terminemos con esto de una vez.

Carly estuvo a punto de dar un grito. La grosería de Banyon era insultante, y tuvo que respirar profundamente para reprimir el torrente de palabras furiosas que le habría gustado soltar. Pero aunque controló su lengua, no pudo evitar lanzarle una mirada envenenada y decir:

-Te aseguro que no necesito tu ayuda para entrar en la casa. Hace mucho que no vengo por aquí, pero no soy tan tonta como pareces pensar -pasó junto a Jake, subió las escaleras del porche y entró en la casa con paso decidido.

Jake se quedó mirándola. No había duda de que aquella mujer

tenía genio, pensó, mientras trataba de controlar el suyo. Pero apenas se había alejado unos metros de la casa cuando sintió un repentino e intenso arrepentimiento. Había sido una forma realmente estúpida de comenzar su encuentro con Carly, sobre todo después de haber decidido que debía llevarse bien con ella. Probablemente, debería volver a la casa a disculparse.

0, tal vez, debería ser ella la que se disculpara, decidió al instante siguiente, sin dejar de avanzar hacia el establo. Esperaba que los dos hombres que había visto Carly hubieran capturado al caballo. Maldijo entre dientes. Sabía que la presencia de una mujer en el rancho solo serviría para alterar su paz, y así había sido.

Pero, en aquellos momentos, tener razón no le hizo sentirse mejor, y la expresión de amargura no desapareció de su rostro mientras seguía caminando hacia los establos.

Dentro de la casa, Carly estuvo a punto de olvidar por completo la existencia de Banyon. Era la casa de sus recuerdos de niña, pero estaba tan deteriorada que se le encogió el corazón. Pasó de un cuarto a otro de la planta baja, tocando nostálgicamente los objetos, la mecedora cercana a la chimenea en la que su abuelo solía sentarse, el piano de cola en el que su abuela tocaba alegres melodías.

Deslizó la mirada por el gastado papel de la pared y el viejo mobiliario. ¿Cómo había permitido su padre que la casa se deteriorara de aquella manera? ¿Acaso no significaba nada para él?

Pero, después de lo que ella había hecho, ¿tenía derecho a criticar lo que hiciera o dejara de hacer su padre con el rancho? A pesar de todo, ella era solo una adolescente cuando decidió no volver a Wyoming, y no entendía cómo le había permitido su padre tener un comportamiento tan caprichoso.

Suspiró. En realidad sí sabía por qué le había permitido casi siempre salirse con la suya mientras crecía. Su madre murió cuando ella era aún una niña, y su padre trató de compensarla de ese modo.

Mientras caminaba por la casa comprobó que ni siquiera estaba limpia. Había polvo y manchas debajo de todos los muebles, y daba la sensación de que hacía años que nadie abría las ventanas.

-Es evidente que Banyon podría vivir en una pocilga sin sentirse incómodo -murmuró mientras entraba en la anticuada cocina. Convencida de que en la nevera solo habría algún resto de comida mohosa, abrió la puerta y se sorprendió al encontrarla llena de comida fresca.

-Extraño -dijo, mirando la leche, los vegetales y la carne. Lo más probable era que su padre hubiera pedido a Jake que aprovisionara la nevera para que ella pudiera comer allí si lo deseaba. Eso debía ser.

No podía imaginar a Banyon tomando una iniciativa como aquella.

Mientras bebía un vaso de agua, empezó a sentirse inquieta. Sabía que a su padre no le habría gustado enterarse de que había discutido con Banyon nada más conocerlo ¿Pero acaso debería haber acallado su opinión respecto a aquel semental? Matarlo sería un crimen terrible, y aún se sentía dispuesta a hacer lo que fuera para evitarlo.

Habría querido hablar de aquello con su padre y averiguar qué pensaba al respecto, pero eso sería comportarse como una chivata.

Frunciendo el ceño, decidió que, fueran cuales fuesen los problemas que pudiera tener con los métodos de ,Jake para dirigir el rancho, no debía crear una brecha entre este y su padre. Sería muy egoísta por su parte permitir que se estropeara una relación que había funcionado perfectamente durante cuatro años.

Suspirando, se encaminó hacia las escaleras que llevaban a la segunda planta. Se hallaba a medio camino cuando decidió repentinamente bajar a llamar a su padre. Dejó un mensaje en el contestador.

-Hola, papá. Soy yo. Estoy en el rancho y todo va bien. Espero que tu viaje de negocios a Londres vaya bien, aunque supongo que acabas de llegar. En cualquier caso, llámane cuando quieras, pero no te sientas obligado a hacerlo. Hablaremos cuando tengas tiempo. Te quiero. Adiós.

Capítulo 3

Jake estaba decepcionado y más que un poco enfadado. Los dos hombres que habían perseguido al semental tenían toda una historia que contarle.

-Lo habríamos atrapado si ese maldito helicóptero no hubiera asustado a nuestros caballos -dijo Artie Campbell, molesto.

-Es cierto -asintió Joe Franklin enfáticamente-. En dos segundos ese diablo estaba en el bosque. Lo hemos seguido, pero ha sido una pérdida de tiempo. Puede correr entre los árboles y los matorrales con más rapidez que un rayo.

-¿Habéis visto alguna de las yeguas? -preguntó ake, tenso. La culpa de todo aquello era de Carly Paxton. Sin duda, el piloto del helicóptero se había limitado a hacer lo que le había dicho.

-No -contestó Artie-. Debe haberlas escondido en algún sitio.

Jake asintió, serio.

-De acuerdo. Sé que habéis hecho lo que habéis podido. Puede que tengamos más suerte la próxima vez que aparezca. Voy a prepararme para cenar. Hasta luego.

Se encaminó hacia la casa, tratando de controlar la irritación y el resentimiento que se habían apoderado de él. Carly Paxton era una auténtica pesadilla. Sin su intromisión, había muchas posibilidades de que hubieran podido capturar al caballo.

Entró en la casa por la puerta trasera y permaneció en la cocina para tratar de calmarse. Por mucho que deseara arremeter contra Carly por el desaguisado que había causado, debía tratarla cordialmente. La situación no le gustaba, pero iba a tener que soportar la presencia de aquella mujer en el rancho durante quién sabía cuánto tiempo.

Suspiró pesadamente. Si no fuera la hija de Stuart...

Pero lo era, y más le valía mostrarse amable con ella, por mucho que le costara. Gruñendo, salió de la cocina, echó un vistazo por la planta baja para comprobar si Carly estaba allí y luego subió a la segunda.

Había cuatro dormitorios en aquella planta, incluyendo el que usaba él, y empezó a llamar a las puertas.

-¿Carly?

Carly estaba deshaciendo su equipaje cuando oyó que Jake la llamaba. Fue hasta la puerta del dormitorio que había elegido y la abrió.

-¿Sí? -preguntó con frialdad.

Jake hizo un esfuerzo por sonreír y mostrarse relajado.

-¿Ya te has instalado?

-Estoy en ello.

Mirar los preciosos ojos verdes de Carly puso nervioso a Jake, y apartó la vista. Aún estaba enfadado con ella, pero, en el fondo, sabía que ese enfado no era la causa de su incomodidad. No quería sentirse atraído por una mujer a la que apenas conocía, pero los impulsos sexuales que Carly despertaba en él eran innegables.

Apartó aquellos molestos pensamientos de su mente y se aclaró la garganta.

-Hay algunas cosas que debería haberte dicho cuando has llegado.

Carly notó que Jake se sentía incómodo, pero no le apetecía mostrarse bondadosa con aquel hombre dominante y autoritario.

-Dímelas ahora -dijo, sin ninguna calidez.

-Muy bien. He comprado algunas cosas que están en la nevera por si no te apetece comer con los hombres en el comedor. Puedes hacerlo, por supuesto, pero eso depende de ti. El cocinero, Barney, hará sonar el timbre en quince minutos.

-Papá me comentó lo mismo sobre las comidas. Gracias por las compras -agradecérselo fue un reflejo automático. Carly creía haber interpretado bien la actitud de Jake: solo la estaba aguantando porque era la hija de su jefe. Había mentido abiertamente al decirle que su presencia allí no suponía ninguna molestia.

-De nada. El otro asunto que había olvidado mencionarte es el transporte. Hay un coche en el garaje que puedes usar cuando quieras. Las llaves están colgando en la cocina y...

-¿El coche es tuyo? -interrumpió Carly.

-No, es tuyo. Me refiero a que lo compró tu padre y...

Carly volvió a interrumpirlo.

-En ese caso pertenece al rancho. Lo usaré, pero con una condición: si vas a necesitarlo me lo dirás con antelación para que no me lo lleve algún día y te deje colgado.

Jake frunció el ceño. Tal vez era cierto que Carly no tenía intención de entrometerse. Su actitud respecto al coche era razonable y nada egoísta, a pesar de que él apenas lo usaba.

-De acuerdo. Eso era todo -dijo, sin convicción-. Te veo luego.

«¡De eso nada!», pensó Carly. Ya que había comida en la cocina, se prepararía algo y comería sola. No estaba de humor para comer con un montón de desconocidos, especialmente, con un montón de hombres desconocidos. Lo cierto era que ya apenas le gustaban los hombres. Ya había tenido suficiente con su ex esposo, y si alguno de los hombres del rancho intentaba lo más mínimo con ella, lo abofetearía.

Tras cerrar la puerta, se acercó a la ventana. Tal vez no le gustara el capataz, pero no encontraba ningún problema en el rancho en sí. Aparte de la casa, que, si no otra cosa, al menos necesitaba una limpieza a fondo.

Pero el paisaje que divisaba desde la ventana resultaba tranquilo, pacífico y muy hermoso.

Sin embargo, por tranquilo que resultara aquel lugar, también tenía aspectos inquietantes. Por ejemplo, el semental. ¿Había hablado lo suficientemente claro como para hacer comprender a Banyon que no estaba dispuesta a admitir que ni él ni ninguno de sus hombres matara al caballo?

Nuevamente inquieta, supo que no descansaría hasta que supiera con certeza que Banyon la había tomado en serio.

Decidida, salió del dormitorio y fue a llamar a la puerta de Jake. Este abrió unos instantes después... chorreando agua y con tan solo una toalla rodeando su cintura.

El corazón de Carly se detuvo un instante. Debería haber supuesto que Jake tomaría una ducha antes de cenar.

-Lo... lo siento -balbuceó, mirando a todas partes excepto a él. Pero lo que había visto en el primer instante había quedado grabado en su cerebro. Sin duda, aquel era el hombre más sexy que había visto en su vida. Empezó a retirarse-. Siento haberte interrumpido. Iba... iba a decirte algo, pero puede esperar.

Sujetándose la toalla a la cintura, Jake salió al pasillo.

-¡Espera un momento! Si tienes algo que decirme, dímelo.

Carly no podía hacerlo. No con Jake semi desnudo ante ellas despertando en su interior sentimientos que ya creía muertos y enterrados.

-Mañana -dijo, mientras avanzaba rápidamente hacia su dormitorio-. Hablaremos mañana -cerró la puerta con el corazón en la garganta-. Maldición -murmuró, muy afectada por la pequeña escena.

Jake permaneció en el pasillo hasta que ella cerró su puerta. Luego se miró a sí mismo y no pudo evitar reír. Evidentemente, su escasa vestimenta había desorientado a Carly.

Pero la diversión se esfumó en cuanto imaginó que hubiera sido ella la que le hubiera abierto la puerta semi desnuda.

Frunciendo el ceño, volvió a entrar en su dormitorio y cerró la puerta. La próxima vez que alguien llamara a su cuarto más le valía recordar quién podía ser.

Hordas de gente desfilaron por los sueños de Carly esa noche: su ex marido, varios amigos y... Jake Banyon. Todos sus sueños fueron inquietantes, pero el de Jake fue el peor; en su sueño ni siquiera

llevaba una toalla, ¡estaba completamente desnudo!

Despertó empapada en sudor, jadeando. Saltó de la cama y corrió a la ventana a tomar aire. Se repitió una y otra vez que no se sentía atraída por Banyon. Soñar con él desnudo era una perversión. ¿Qué le sucedía?

-Oh, no -susurró cuando los detalles del sueño empezaron a aclararse en su mente. Banyon estaba totalmente excitado y caminaba hacia ella con los ojos entrecerrados. Ella estaba igualmente excitada y... y...

Se cubrió el rostro con las manos, gimiendo. ¿Por qué ideaba su mente un sueño tan erótico sobre un hombre que ni siquiera le gustaba?

Al día siguiente, vestida con botas y vaqueros y el pelo sujeto en una larga trenza, Carly dio un paseo por las cuadras y los corrales. Todos los hombres debían estar trabajando fuera, porque no vio ninguno por los alrededores. Se detuvo en un corral para acariciar a una bonita yegua palomino y pensó en dar un paseo en ella. La yegua parecía dócil y respondió a sus caricias con evidente afecto.

¿Pero dónde se guardaban las sillas? Debía haber un cuarto para los arreos en algún establo, y se dirigió al más cercano.

Estaba a punto de entrar cuando oyó música. Se detuvo a escuchar para averiguar de dónde procedía.

-De la cocina -murmuró, y cambió de dirección para ir a echar un vistazo. Dentro había un espacioso comedor con varias mesas. Cruzó el comedor, fue hasta la cocina y se detuvo en el umbral. Un hombre mayor con un delantal blanco estaba pelando patatas en el fregadero.

-¿Barney? -dijo.

El hombre se volvió y sonrió.

-¿Señorita Paxton?

Devolviéndole la sonrisa, Carly avanzó hacia él y le tendió la mano.

-No sabes cuántas veces he oído a mi padre alabar tus comidas.

Barney apagó rápidamente la radio, se frotó la mano en el delantal y estrechó la de Carly.

-Es muy agradable oír eso, señorita, realmente agradable. Su padre es un buen hombre.

-Sí, lo es, Barney y, por favor, llámame Carly.

-Gracias, señorita, lo haré.

Carly tuvo que volver a sonreír.

-Huele muy bien.

-Eso es porque tengo algunas tartas en el horno. Todo el mundo sabe que llegaste ayer; ¿pero qué hiciste? ¿Comer sola en esa casa

grande y vacía?

-Sí. La verdad es que me apetecía estar sola.

-Cuando no quieras compañía para comer, ven a la cocina y yo te serviré un buen plato para que te lo lleves a casa. Ni siquiera tienes por qué pasar por el comedor si no quieres. Como verás, la cocina tiene su propia puerta.

-Eres muy amable, Barney, gracias. Probablemente acepte tu oferta

-Cuando quieras, señorita, cuando quieras.

-Bueno, sé que estás ocupado. Ha sido un placer conocerte.

-El placer ha sido mío, señorita.

Carly se volvió para salir, pero enseguida se detuvo.

-Barney, ¿sabes cómo se llama la yegua que está en el corral grande?

-Esa es Goldie. Es bonita, ¿verdad?

-Muy bonita. Bueno, te dejo seguir con tu trabajo

-Carly salió por la puerta de la cocina. Barney era encantador, y se alegró de que al menos hubiera una persona en el rancho con la que poder hablar sin tener que preocuparse por cómo se tomara lo que dijera. Aquel pensamiento la inquietó. ¿Realmente le preocupaba cómo pudiera tomarse Banyon lo que dijera?

-Ni hablar -mumuró con firmeza. Banyon podía ser el mandamás allí, pero no la amedrentaba en lo más mínimo.

¿Aunque estuviera semi desnudo? Un cosquilleo recorrió su espalda ante la imagen que evocó aquel pensamiento. ¡Pero no pensaba dejarse amedrentar por aquel hombre arrogante aunque paseara completamente desnudo ante ella!

Avanzó a grandes zancadas hasta el establo, entró y enseguida localizó el cuarto de los arreos. Eligió una silla y la llevó al corral. La yegua era tan dócil como parecía, y no tuvo ninguna dificultad en ensillarla.

Unos momentos después se alejaba del rancho montada en ella, sintiéndose realmente eufórica mientras salía a campo abierto.

Jake y tres de sus hombres regresaron al mediodía. Los demás se habían llevado la comida, pues estaban trasladando ganado de un pasto a otro en la zona sur del rancho.

Cuando pasaban junto al corral grande, Jake detuvo su montura y frunció el ceño.

-¿Ha cambiado alguien a Goldie de corral?

-No que yo sepa, Jake -contestó uno de los hombres, y los otros dos asintieron.

Jake miró el corral vacío y tuvo una inquietante premonición. Pero fue una premonición indefinida, y no sabía qué la estaba causando,

excepto el hecho de que no había dicho a nadie que trasladaran a Goldie. Era una yegua muy valiosa y estaba en celo. La había puesto en aquel corral precisamente para tenerla controlada. Cuando llegara el momento adecuado, pensaba aparearla con Caesar, un pura sangre rubio.

-Puede que el semental salvaje la haya robado -dijo uno de los hombres-. Cada vez se vuelve más audaz. Tal vez ha venido esta mañana y se la ha llevado mientras todos estábamos fuera.

Jake observó la alta valla del corral y negó con la cabeza.

-Lo dudo mucho -dijo-. Voy a hablar con Barney. Puede que él sepa algo -mientras se dirigía hacia la cocina oyó a los tres vaqueros intercambiando ideas sobre lo que podía haberle pasado a Goldie. Pero ninguna de sus teorías le parecieron razonables.

En cuanto entró en la cocina fue directo al grano.

-¿Has oído algo raro esta mañana, Barney?

-¿Raro? ¿Como qué, Jake?

-Goldie no está en su corral. ¿Ha vuelto alguno de los hombres y la ha trasladado?

Barney negó con la cabeza.

-Que yo sepa, no ha vuelto nadie, y tampoco he oído nada raro. Aunque eso no es extraño, porque tenía la radio puesta.

-De acuerdo, gracias -Jake se volvió para irse.

-Oh, espera un momento, Jake. Carly Paxton ha pasado por aquí a charlar unos minutos. Es una señorita realmente encantadora y agradable. Como su padre. El caso es que me ha preguntado si sabía cómo se llamaba la yegua del corral. Se lo he dicho, por supuesto.

El estómago de Jake se contrajo al instante.

-¿Ha dicho que se iba a llevar a Goldie de paseo?

-No, no ha dicho nada de eso. Jake... Jake? ¿No quieres comer algo? -preguntó Barney, mientras Jake salía corriendo.

-Comeremos más tarde -gritó Jake por encima del hombro, dirigiéndose hacia la casa.

Una vez dentro fue de habitación en habitación como un torbellino, llamando a Carly a voces. Tras comprobar que no estaba allí, volvió con los otros tres vaqueros, que seguían discutiendo sobre la misteriosa desaparición de Goldie. Cuando vieron la seria y tensa expresión de Jake se quedaron en silencio.

-Quiero que vayáis a buscar a los demás hombres. Luego tenéis que dispersaros para buscar a Carly Paxton y a Goldie. Estoy seguro de que ha salido a cabalgar con la yegua.

-Dios santo -murmuró uno de los hombres-. ¿No sabe que Goldie está en celo? Si el semental salvaje olfatea a la yegua, quién sabe lo

que pueda pasar.

La expresión de Jake se tornó más oscura.

-En marcha -ordenó, y subió a su caballo. Ni siquiera sabía en qué dirección empezar a buscar a Carly y a Goldie, pero no podía limitarse a estar preocupado.

Los cuatro hombres espolearon sus caballos y se alejaron del rancho.

«Goldie se comporta como una dama», pensó Carly, extremadamente satisfecha consigo misma por haberse animado a salir a cabalgar. Los campos abiertos, iluminados por un brillante sol, estaban cubiertos de florecillas silvestres. El ganado pastaba sin prestarle atención, y Carly experimentó una maravillosa sensación de serenidad que echaba de menos en su vida desde hacía tiempo.

Su padre había hecho muy bien sugiriéndole ir allí. Mientras cabalgaba, prometió una vez más no volver a darle motivos de preocupación, y no pudo evitar recordar que él le recomendó que no se casara con Burke Stenson. La reputación de este preocupaba a Stuart.

-Es un jugador, Carly. Por favor, no creas que puedes cambiarlo -dijo.

Pero ella estaba locamente enamorada y hacía caso omiso de cualquier cosa que le dijeran sobre Burke. Fue la única vez en su vida en que desafió abiertamente a su padre, y lo lamentaba. Burke no era solo un jugador. De hecho, ese era su lado bueno, y, probablemente, ella habría podido sobrellevarlo. Pero Burke también abusó de ella física y emocionalmente, y Carly no fue capaz de vivir mucho tiempo con los ojos morados, el cuerpo lleno de moretones y el corazón destrozado. Su matrimonio duró tres años y, mirando atrás, no comprendía cómo pudo soportarlo tanto tiempo.

Apartó de su mente aquella fase de su vida porque odiaba pensar en ella. Además, si iba a pensar sería sobre lo que iba hacer cuando volviera a Nueva York. Antes de casarse trabajaba en el mundo de la publicidad, y sabía que podía volver a hacerlo. Aún no había encontrado su camino, pero lo haría.

Pero en aquellos momentos no quería pensar en nada serio, y siguió alejándose tranquilamente del rancho, canturreando, dejándose llevar por el maravilloso día que hacía.

Se acercaban a los pies de una colina cuando, de pronto, Goldie sacudió la cabeza y relinchó, sorprendiendo a Carly. Esta palmeó el cuello de la yegua, murmurando palabras tranquilizadoras, pero Goldie aún parecía inquieta.

-¿Qué sucede, chica? -preguntó Carly, buscando con la mirada algo

que pudiera haber asustado al animal. ¿Una serpiente, tal vez? Pero lo único que vio fue hierba y un pequeño rodeor que corrió a refugiarse en su guarida. No creía que un ratoncillo pudiera asustar a la yegua, pero tampoco la conocía tan bien como para saberlo.

Instó a Goldie a seguir y la yegua obedeció. Carly volvió a relajarse. Las colinas parecían interesantes. Podía ver pinos y creyó escuchar el sonido de un arroyo. Goldie podía beber, pensó, guiando a la yegua hacia los árboles.

«Oh, esto es delicioso». Hacía mucho más fresco bajo los árboles, y el sonido del arroyo era más fuerte. Se preguntó si ella podría beber ese agua. Debería haberse llevado una cantimplora. La próxima vez que saliera a cabalgar no lo olvidaría.

Dejaría que Goldie bebiera un poco y luego emprendería el camino de regreso. De pronto, su corazón estuvo a punto de detenerse. A menos de diez metros, en medio del sendero, se hallaba el semental negro que había visto el día anterior desde el helicóptero. Era tan magnífico como le había parecido desde el aire, pero su actitud no resultaba en lo más mínimo amistosa. Notó la boca mucho más seca que unos momentos atrás.

El semental pateó.el suelo, echó_ la cabeza atrás y resopló poderosamente. Goldie empezó a hacer cabriolas y a mover la cabeza mientras relinchaba suavemente.

-Oh, Dios mío -susurró Carly mientras el miedo se apoderaba de ella. ¡El semental quería añadir la yegua a su harén, y ella estaba respondiendo a su llamada!

El caballo se encabritó y su relincho sonó como un grito. Aturdida, y muy asustada, Carly trató de calmar a Goldie, pero, en su estado de agitación, la yegua era mucho más caballo de lo que ella podía dominar. Cuando se encabritó, Carly trató desesperadamente de sujetarse a ella, pero lo siguiente que supo fue que había caído al suelo.

Lo último que vio antes de desmayarse fue a la yegua corriendo hacia el semental.

Capítulo 4

Carly permaneció inconsciente solo unos minutos. Cuando abrió los ojos miró el cielo azul a través de los árboles y comprendió que casi tenía miedo de ponerse en pie, o de intentar hacerlo. ¿Qué haría si se había roto un hueso en la caída?

Con el corazón latiéndole poderosamente en el pecho, comenzó a comprobar la movilidad de su cuerpo. Fue un alivio poder mover las piernas y los brazos sin sentir más que un poco de dolor. Cautelosamente, se puso en pie y se sujetó a un árbol hasta que pasó el mareo.

Tras pensar un momento en lo que había pasado, se preguntó a qué distancia estaría de la casa y cuánto le llevaría regresar andando. Creía saber en qué dirección debía avanzar, pero sintió un brote de inquietud al mirar a su alrededor y comprobar que todo era muy parecido.

«Por ahí», pensó, pero enseguida cambió de opinión. «No, por ahí». Si no estuviera entre los árboles... Si se hubiera quedado en campo abierto...

Respiró profundamente para tratar de tranquilizarse. Debía enfrentarse a los hechos. La caída la había desorientado; no sabía qué dirección debía seguir para salir de los árboles. Un detalle impidió que sufriera un ataque de pánico: solo había cabalgado por el bosque unos veinte minutos. Miró su reloj. Si caminaba veinte minutos en cualquier dirección y solo veía árboles, debía volver al punto de partida para intentarlo en otra.

Sí, eso tenía sentido. Marcaría aquel lugar para reconocerlo por si tenía que regresar.

Ignorando los dolores de su cuerpo, amontonó varias piedras a modo de señal y luego se puso en marcha.

Para las cuatro de la tarde, Jake estaba empapado de sudor. Se había cruzado varias veces con algunos de sus hombres, y ninguno había visto nada.

En determinado momento había decidido reorganizar la búsqueda y había hecho que varios hombres volvieran al rancho a cambiar sus caballos por vehículos todo terreno. Había un montón de caminos que cruzaban el rancho, y debían comprobarlos todos.

Pero él permaneció en su montura, porque la mayoría del terreno solo podía ser recorrido a caballo. Su pensamiento más consolador era que Carly solo se hubiera perdido y estuviera tratando de encontrar el camino de vuelta.

Pero en algunos momentos, mientras cabalgaba sin dejar de mirar

en todas direcciones, sentía una intensa furia. ¿Cómo se había atrevido a irse sin avisar a nadie y en un caballo que no conocía? Debería haber puesto al tanto a Barney de lo que pensaba hacer. El cocinero le habría dicho que no debía montar a Goldie y todo aquello no habría sucedido. Si encontraban a Carly sana y salva, pensaba decirle con toda claridad lo que pensaba de su comportamiento. Si quería, que llamara a su padres se chivara, porque a él le daba lo mismo.

Hacia las cinco de la tarde, Jake se hallaba a los pies de las colinas. Detuvo su caballo y observó el pinar que ensombrecía las laderas. ¿Habría sido Carly tan tonta como para perderse en el bosque? Sintió que se le encogía el corazón. Si estaba allí, podía llevarle días encontrarla. Miró hacia el sol; aún le quedaban dos horas de luz y una de atardecer.

Entonces, el pensamiento que había tratado de mantener apartado durante muchas horas afloró a la superficie: si Carly se había topado con el semental podía estar seriamente herida, o algo peor. La idea de tener que llamar a Stuart para darle aquella noticia le produjo un escalofrío. Espoleó el caballo y lo condujo hacia el bosque.

Carly ya había regresado varias veces a su montón de rocas, mientras un creciente temor se iba apoderando de ella. Estaba agotada y debía descansar un rato antes de intentarlo en otra dirección. Se sentó con la espalda contra un árbol y cerró los ojos.

Estaba tan enfadada consigo misma que no podía pensar en otra cosa. «Estúpida cretina. ?Cómo has podido meterte en un lío como este? Lo más probable es que nadie te haya echado de menos en el rancho. Todos los hombres estaban trabajando fuera cuando te has ido, y seguro que áun siguen fuera».

Pero cuando volvieran se fijarían en que Goldie había desaparecido. Banyon era lo suficientemente listo como para deducir que se la había llevado ella.

¡Qué mema había sido! Era evidente que la yegua estaba en celo y que su olor había atraído al semental. Cuando este la había encontrado no había demostrado el más mínimo temor hacia el humano que cabalgaba sobre ella, y Goldie se había librado de su carga sin contemplaciones.

Estaba segura de que Banyon tendría muchas cosas que decirle sobre aquel desaguisado cuando volviera... si es que volvía.

De pronto, los ojos de Carly se llenaron de lágrimas. Estaba atardeciendo. Pronto sería de noche, y estaba allí sola, hambrienta, sedienta y dolorida por la caída. Nunca había tenido miedo de la oscuridad, pero tampoco había pasado nunca una noche a solas y a la

intemperie en un bosque. ¿Habría animales grandes por allí? ¿Osos, o lobos? Su ignorancia sobre aquel lugar le hacía imaginar todo tipo de cosas.

Se frotó las lágrimas del rostro con la manga de la blusa. Tenía que tratar de caminar en otra dirección; no podía quedarse allí sentada esperando a que anocheciera y a que algún animal voraz decidiera que podía convertirse en su cena.

Estaba poniéndose en pie cuando oyó algo. ¿Era una voz? Volvió a oírla. ¡Alguien estaba gritando su nombre!

-¡Estoy aquí! -chilló, tan alto como pudo.

-¿Carly? -volvió a gritar la voz.

-¡Sí! ¡Sí!

-¡Quédate donde estás!

-¡De acuerdo! -Carly sintió que las rodillas se le doblaban debido al alivio, pero se sujetó al árbol para no caer.

Finalmente, Jake la divisó entre los árboles. El alivio que sintió también le produjo una intensa sensación de debilidad. Carly estaba de pie, de manera que lo más probable era que no estuviese herida. Pero no vio a Goldie por allí, y apretó los labios mientras la momentánea debilidad que había sentido era sustituida por la furia más intensa que había sentido en su vida. Supo al instante lo que había pasado como si lo hubiera atestiguado. Aquel maldito semental había robado a Goldie; ¡una más de las mejores yeguas del rancho había pasado a formar parte de su harén!

Cuando Carly vio quién era su salvador, se puso de inmediato a la defensiva. No esperaba que Banyon se mostrara precisamente agradable respecto a lo sucedido. Y aunque se mereciera todo lo que fuera a decirle, no pensaba aceptar dócilmente su reprimenda.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Jake mientras desmontaba.

Carly no pensaba admitir ante él que le dolía todo el cuerpo.

-Sí -contestó, secamente, ignorando el ceño fruncido de Jake.

-Me alegra que estés bien, pero no voy a dejar de decirte lo que pienso sobre lo que has hecho hoy. En primer lugar, has puesto a todo el rancho en danza. Todos los hombres están buscándote, y ni siquiera han podido comer nada desde esta mañana. ¿Qué diablos te hace creer que puedes irte por tu cuenta sin avisar a nadie? Y llevarte a Goldie ha sido lo más estúpido que podías haber hecho. Y ahora ha desaparecido, ¿verdad? Te has topado con el semental, la yegua te ha tirado y se ha ido con él. Por si te interesa saberlo, vale al menos cincuenta mil dólares y hay muchas probabilidades de que no la recuperemos. Me pregunto cómo se tomará tu padre la noticia.

-¡Mi padre se sentirá aliviado cuando sepa que no he resultado

herida, miserable! ¡A diferencia de ti, el dinero no es lo único en lo que piensa!

-¡Si yo sólo pensara en el dinero, nadie habría venido a buscarte, cría mimada! Y ahora súbete a mi caballo y vámonos de una vez. Mientras tu descansas en el rancho, yo tendré que ir a buscar a todos los hombres para decirles que te he encontrado. Probablemente me llevará media noche.

-¡Espero que te lleve toda la noche! -Carly estaba tan enfadada que lo habría abofeteado-. Puede que sepas cómo llevar un rancho, pero eres la persona más desconsiderada que he conocido. Pero eso papá no lo sabe, ¿verdad? Con él siempre eres muy amable. Pues deja que te diga algo: ¡puede que sea fácil llevarse bien con mi padre, pero antes o después averiguará cómo eres realmente, farsante!

La furia de Carly conmocionó ajake. ¿Cómo se atrevía a insultarlo y a actuar como si nada de lo sucedido fuera culpa suya? Debería haberla dejado pasar la noche sola en aquellos bosques; seguro que a la mañana siguiente se habría mostrado mucho más dócil.

Con expresión granítica, dijo:

-Cállate de una vez y sube a mi caballo. Me voy contigo o sin ti.

Carly lo creyó. Dedicándole una mirada venenosa, se apartó del árbol. Inesperadamente, sus piernas cedieron al dar el tercer paso y estuvo a punto de caer. Tambaleándose, alargó las manos para sujetarse a algo y lo único con lo que se topó fue con Banyon. Este la ayudó a erguirse.

-¿Por qué no me has dicho que estabas herida? -gruñó, sonando como un oso enfadado.

Sus brazos rodeándola resultaban sólidos y seguros, pero su actitud acusadora era intolerable.

-Solo estoy un poco débil -replicó Carly, secamente-. Ayúdame a subir al caballo y estaré bien.

Sujetarla estaba produciendo un efecto peculiar a Jake. Aquella mujer había sido un problema desde que había llegado, y sospechaba que seguiría siéndolo hasta que se fuera, pero era una experiencia increíblemente sensual tenerla entre sus brazos. La sensación de sus pechos grandes y suaves presionados contra el de él le nublaban la mente y hacían que su enfado se disolviera. De pronto, deseó besarla y, sin pensárselo dos veces, acercó su boca a la de ella.

El grito de sorpresa de Carly se quedó a medio camino en su garganta, y comprendió lo indefensa que estaba en aquellos momentos. Apenas le quedaban energías para tratar de apartarse.

Pero aún más desconcertante que la sorpresa de ser besada fue la casi instantánea respuesta de su cuerpo. Un increíble estremecimiento

la recorrió, acumulándose ardiente en la boca de su estómago.

Pero la conmoción de Carly no era mayor que la de Jake. No esperaba sentir tal explosión de deseo al besarla, ni emociones tanto tiempo negadas que casi había olvidado que existieran. Su reacción lo asustó, y estaba tan decepcionado consigo mismo por haber tocado a Carly que casi se mareó.

Ocultando cualquier sentimiento tras una expresión pétrea, alzó la cabeza.

-Lo siento -murmuró-. Ha sido un error.

Carly abrió los ojos de par en par. Jake había disfrutado besándola, los dos habían disfrutado, y la irritó que se disculpara tan caballerosamente por algo que aún le estaba afectando a ella. ¡No podía permitir que tuviera la última palabra sobre aquello!

-Pues asegúrate de que no vuelva a suceder -espetó.

Jake sintió que se ruborizaba, y para ocultar su bochorno recurrió de nuevo al enfado.

-No eres tan irresistible, así que no dejes que tu imaginación se desboque -a continuación sorprendió a Carly tomándola en brazos.

-¡Puedo caminar! -protestó ella.

-¡Haz el favor de callarte de una vez! -dijo Jake, y se encaminó hacia el caballo.

-¡No pienso callarme! -protestó Carly, furiosa-. Diré lo que piense cuando me plazca. No me asustas, así que no te molestes en seguir intentándolo.

-No trato de asustarte, pequeña tonta -replicó él, sentándola en la grupa del caballo, justo detrás de la silla.

-Tú eres más tonto que yo cualquier día de la semana -era una respuesta inane, pero fue la única que se le ocurrió a Carly.

-Y tú eres una desagradecida.

-¡Eso no es cierto! Ni siquiera me has dado la oportunidad de darte las gracias. No has dejado de meterte conmigo desde el instante en que me has encontrado -«¡y me has besado», añadió para sí. «¿Cómo te atreves a besarme como si te perteneciera y luego actuar como si nunca hubiera pasado?»

-Con razón -gruñó Jake, y subió al caballo-. Sujétate a mí -ordenó.

En aquellos momentos, Carly prefería morir en el bosque que tocarlo, pero no tenía otro sitio al que agarrarse, de manera que apretó los dientes y apoyó las manos en sus costados.

Quería contestarle como se merecía, pero el agotamiento y el dolor se estaban apoderando de ella. Ni siquiera sentía hambre o sed. Solo podía pensar en meterse en la cama y dormir. Dio una cabezada y comprendió que podría dormirse allí mismo. Luchó por evitarlo, pero,

finalmente, su frente acabó apoyada sobre la fuerte espalda de Banyon.

Jake se puso tenso en cuanto la sintió. Llevaba cuatro años viviendo una vida decente, y nadie podría convencerlo de que lo habría logrado si no se hubiera alejado por completo de las mujeres. Ahora, una de ellas había invadido su territorio y le estaba recordando con demasiada claridad que había pocas alegrías terrenales en llevar una vida de monje.

Pero se trataba de la hija del dueño del rancho, y lo único que podía hacer para evitarla era dejar su trabajo. Solo pensar en esa posibilidad casi destruyó a Jake.

Entonces, por algún motivo, empezó a lamentar haberle gritado. Debería haber manejado todo aquel asunto con más delicadeza. Sin duda, Carly era responsable de la pérdida de una de las yeguas más valiosas del rancho, y también era la culpable de los pensamientos eróticos que asaltaban su mente cada dos por tres, pero eso no justificaba que hubiera sido tan áspero con ella. Habría sido mejor que la hubiera subido de inmediato en su caballo y la hubiera llevado de vuelta al rancho. Al día siguiente podría haberle hablado de un modo razonable sobre lo peligroso que resultaba actuar impulsivamente en un territorio salvaje como aquel, especialmente en un rancho de aquel tamaño. De hecho, casi era un milagro que la hubiera encontrado antes del anochecer.

Debido al peso, Jake condujo al caballo al paso, y mucho antes de llegar pudo sentir todo el peso de Carly contra su espalda. Al parecer, había renunciado a mantener la distancia entre sus cuerpos.

-Maldición -murmuró para sí al volver a sentir la suave presión y la calidez de sus pechos. Le gustara o no, debía enfrentarse a la verdad. Deseaba a Carly. Quería tumbar a la hija de su jefe sobre la hierba para desvestirla y... y Y no solo una vez -añadió.

Pero no pensaba tumbar a ninguna mujer sobre la hierba, y menos aún a la hija de Stuart, se dijo con firmeza.

Asqueado con su repentinamente activa libido, Jake no dejó de reprenderse durante el resto del trayecto. Entre Carly y él no iba a suceder nada que ella no pudiera contarle a su padre. Cuando volviera a ver a Stuart podría mirarlo directamente a los ojos, como siempre había hecho.

Cuando por fin llegaron al rancho sintió un gran alivio.

-Ya estamos en casa, Carly -dijo con suavidad.

Ella se estiró y murmuró:

-¿En casa?

-Sí. Voy a bajar del caballo y luego te ayudaré a hacerlo a ti.

Sujétate a la silla.

Solo despierta a medias, Carly obedeció las órdenes de Jake como un autómata. Dejó que la bajara del caballo y no puso la más mínima objeción cuando la tomó en brazos y la llevó hasta el dormitorio.

Registró vagamente que la dejó en la cama, y ya estaba profundamente dormida cuando Jake le puso una manta encima.

Él la miró unos instantes, lamentando de nuevo cómo la había tratado. Pero su pesar se transformó abruptamente en deseo. Cargado de tensión sexual, prácticamente huyó del dormitorio.

Carly durmió hasta bien entrada la mañana. Cuando fue a levantarse notó que le dolía todo el cuerpo, pero un baño caliente y un par de analgésicos sirvieron para restablecerla.

En cierto modo, el día anterior parecía irreal. Hasta que recordó el enfado y el beso de Jake. Aquello había sido muy real, y pensar en ello la irritaba. Aquel hombre no tenía derecho a besarla, y tampoco tenía derecho a gritarle. Nunca lo perdonaría por haberla llamado «cría mimada». Y si creía que la animosidad existente entre ellos le iba a hacer abandonar el rancho, más le valía esperar sentado. Pensaba quedarse allí todo el tiempo que le apeteciera, y el podía aceptarlo o aguantarse.

Bajó a la cocina y se preparó el desayuno. Tras comer, se sirvió una segunda taza de café y contempló el complejo del rancho desde la ventana de la cocina. No había ningún hombre a la vista. Banyon y sus vaqueros habían vuelto a salir.

Suspiró. El silencio de la casa resultaba oprimente. ¿Qué iba a hacer todo el día?

«Dar un paseo en coche», dijo una voz dentro de su cabeza, y Carly asintió. Sí, un paseo hasta Tamarack, la población más cercana, serviría para animarla.

Aclaró rápidamente la vajilla que había utilizado y la metió en el friegaplatos. Luego fue al garaje, donde encontró fácilmente la llave del coche. Cuando volvía a por su bolso recordó la reprimenda de Jake por no haber avisado a nadie el día anterior de lo que pensaba hacer. Por muy mal que le cayera aquel hombre y su autoritaria actitud, ya había tenido una desagradable experiencia de primera mano por haberse comportado de un modo impulsivo.

A pesar de que iba contra sus principios informar sobre sus actividades como si fuera una niña pequeña, le diría a Barney que iba a dar una vuelta en coche. Se encaminó hacia el barracón del comedor y fue directamente a la cocina.

Barney sonrió al verla.

-¿Cómo te encuentras esta mañana?

-Estoy bien, Barney. Gracias por preguntar.

-Todo el mundo estaba preocupado por ti ayer. Te aseguro que hoy sentimos un gran alivio.

Por primera vez, Carly sintió auténtico remordimiento por lo sucedido.

-Siento haberos preocupado, Barney. Prometo que no volverá a suceder.

-Viste de cerca al semental, ¿verdad? Supongo que te dio un buen susto, pero siento verdadera curiosidad por él. ¿Qué aspecto tiene de cerca?

-Es el caballo más bonito que he visto. Su pelo negro parece casi de seda, y cuando se encabritó sus músculos se movieron como corrientes marinas. Es magnífico, Barney. Esa es la palabra que mejor lo describe.

-Puede que acabe viéndolo yo mismo. Jake se ha llevado a todos los hombres para atraparlo. Cree que su refugio está a los pies de las colinas, y está dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperar a las yeguas, especialmente a Goldie.

El corazón de Carly se detuvo un instante. ¿Incluiría «cualquier cosa» matar al semental? Un repentino pánico se apoderó de ella. ¡Tenía que hacer algo! Salir de paseo en aquellos momentos estaba fuera de lugar. No disfrutaría teniendo aquello en la cabeza.

-Barney, ayer debí consultarte y no lo hice, pero ahora voy a hacerlo. ¿Hay algún caballo seguro que pueda montar?

El cocinero pareció sorprendido.

-¿Quieres volver a cabalgar hoy? ¿No te asustó la caída de ayer?

-No lo suficiente.

-Bueno... hay algunos caballos castrados en el pasto de los caballos -dijo Barney, evidentemente reacio.

-¿Dónde está ese pasto? -la desaprobación de Barney era evidente, pero Carly no estaba buscando la aprobación de nadie. Si había alguna posibilidad de evitar que Jake matara al semental, debía aprovecharla.

-Detrás del establo pequeño. Pero no estoy seguro de que debas montar después de la caída de ayer. Y tal vez deberías decirme a dónde piensas ir, por sí Jake regresa y quiere saberlo.

-Con un poco de suerte, Jake me verá personalmente.

-Vas a ir a buscarlo? -Barney estaba claramente asombrado-. Ha salido por lo menos hace tres horas. No lo encontrarás.

-Tal vez no, pero tengo que intentarlo. ¿Puedes prestarme una cantimplora?

-Sí, pero... -Barney parecía reacio a implicarse en aquello, ni siquiera prestándole una cantimplora.

-Por favor, Barney -dijo Carly con suavidad. Había prometido no preocupar a nadie más en el rancho y cinco minutos después estaba preocupando a aquel hombre tan agradable-. Estaré bien, Barney. Te lo prometo

El cocinero frunció el ceño unos momentos, pero luego se volvió y fue hasta un armario del que sacó una cantimplora.

-Si te sucede algo, Jake la tomará conmigo -murmuró mientras se la entregaba.

-No va a suceder nada malo, Barney, te lo aseguro -alzando la cantimplora, Carly añadió-. Gracias y hasta luego.

Salió a toda prisa de la cocina y fue a la casa para preparar algunas cosas que el día anterior no tuvo la precaución de llevarse: un sándwich, un sombrero de paja para protegerse del sol y, por supuesto, agua para la cantimplora.

Veinte minutos después cabalgaba sobre un enérgico caballo en dirección a las colinas.

Si no llegaba a tiempo de evitar la muerte del semental, o incluso si no localizaba a Banyon y a sus hombres, al menos lo habría intentado

Capítulo 5

Carly encontró con facilidad el lugar en que el día anterior cayó del caballo. Evidentemente, había recuperado su sentido de la orientación, que perdió parcialmente tras la caída.

Como esperaba, encontró docenas de huellas de cascos en el lugar. Allí era donde Banyon y sus hombres habían empezado la búsqueda del semental. Sería sencillo seguir las huellas de tantos caballos y alcanzarlos.

Se puso en marcha pensando que viajaría más deprisa que ellos, pues su rastro era muy fácil de seguir y ellos habrían tenido que detenerse a menudo para localizar el de Goldie y el semental.

Pero también sabía que Banyon y sus hombres eran rastreadores profesionales y, sin embargo, para ella era una nueva experiencia seguir un rastro. Si se estaban moviendo tan rápido como ella, resultaría imposible alcanzarlos. A menos que hubieran encontrado al semental y se hubieran detenido a hacer su trabajo sucio.

«Ni siquiera pienses en esa posibilidad», se dijo. Debía evitar a toda costa que mataran al caballo. No había nadie más para hacerlo.

Siguió cabalgando, atenta a cualquier indicio de un cambio de dirección. El caballo que montaba obedecía sus más mínimas órdenes. Era un caballo maravilloso, y se sentía orgullosa de haberlo elegido entre los demás. Banyon debería ser igual de dócil, pensó, sonriendo burlonamente.

Pero su sonrisa se desvaneció al encontrarse de pronto cabalgando sobre un terreno plagado de pequeñas rocas. Frunciendo el ceño, detuvo al caballo. Miró su reloj. Llevaba un buen rato siguiendo el rastro de Banyon y sus hombres y, de pronto, este había desaparecido.

¿Hacia dónde habrían ido desde allí? Las rocas formaban una especie de sendero hacia atrás y hacia adelante. Debía encontrarse en el lecho seco de un río.

¿Qué debía hacer? Se mordió el labio mientras se concentraba en el problema y luego dio un largo trago a su cantimplora. El caballo movió la cabeza arriba y abajo, como animándola a tomar una decisión.

«De acuerdo», pensó Carly. Banyon y los demás también habrían llegado a aquel lecho seco, o lo que fuera, y no era probable que hubieran seguido su curso durante mucho tiempo. Cabalgaría por la orilla hasta volver a encontrar su rastro.

Una hora después aún no había encontrado nada, y empezaba a sentirse preocupada y desanimada. Aquel retraso podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte del semental.

Debía recapacitar. Desmontaría, comería su sándwich y trataría de decidir cuál debía ser su siguiente movimiento. Apartó al caballo de las rocas y lo condujo hasta la sombra de un árbol. Desmontó, sujetó las riendas a una rama, tomó la cantimplora y el sándwich y fue a sentarse en la hierba, bajo la sombra de otro árbol cercano.

Se comió el sándwich en un santiamén; evidentemente, tenía hambre. Tras dar un sorbo de agua, apoyó la espalda contra el árbol y se puso a pensar. ¿Debía continuar buscando el rastro, o debía renunciar y volver al rancho? Solo Dios sabía que dirección habría tomado Banyon y, aunque ella empezaba a sentirse más segura en aquel terreno, no sentía aún la suficiente confianza como para arriesgarse a perderse de nuevo. Además, no estaba dispuesta a volver a recibir una reprimenda de Banyon.

Sentía la cabeza y los párpados pesados; le estaba entrando sueño. Pensando en cerrar los ojos unos minutos, se tumbó sobre la hierba y utilizó el sombrero a modo de almohada. Estaba segura de que una breve siesta renovaría sus energías.

La despertó el sonido de unos cascos en la roca. Abrió los ojos y se irguió, segura de que Banyon y sus hombres volvían al rancho. Sorprendida al no ver a estos, sino al semental y a dos yeguas que venían desde el rancho, se escondió tras el árbol más cercano para que los animales no la vieran.

Miró a su caballo y vio que alzaba la cabeza para obsevar a los otros, pero enseguida perdió todo interés en ellos y siguió pastando. El semental y las yeguas tampoco mostraron ningún interés por él.

Carly sintió que los latidos de su corazón se intensificaban. Aquello era increíblemente excitante. También tenía cierta gracia. Banyon y sus hombres habían pasado por allí hacía horas en busca del semental, y mientras, este, más inteligente que el ladrón medio, había ido al rancho a llevarse otras dos yeguas.

-Pero a dónde las llevas exactamente? -susurró Carly, y se puso en pie para observar a los caballos mientras se alejaban por el cauce seco del rio. Entonces, cerca de un promontorio de rocas blanquecinas, desaparecieron, y Carly parpadeó como si estuviera teniendo alucinaciones.

Corrió a su caballo, lo montó y galopó hasta el promontorio. En aquel lugar, el suelo era tan compacto que no había ninguna marca de cascos. El semental debía saberlo, pensó, asombrada. ¡Debía comprender que él y sus damas no estaban dejando rastro! Y Banyon y los demás vaqueros debían haber pasado por allí varias veces sin verlo. Aquello era fantástico. Pensar que sabía algo que Banyon desconocía le hizo reír de excitación.

Ansiosa, impulsó al caballo a adentrarse en el bosque. Ocasionalmente, y encantada por ello, distinguía alguna señal en el terreno que solo podía haber sido hecha por el casco de un caballo.

Llevaba media hora siguiendo el rastro cuando algo le dijo que estaba muy cerca de la guarida del semental, y su cuerpo palpitó de emoción. Detuvo su caballo al llegar al borde de los árboles. Ante ella se desarrollaba una emotiva escena. En un claro del bosque, brillantemente iluminado por los rayos del sol, pastaba un pequeño grupo de yeguas. Entre ellas distinguió a Goldie.

Desmontó silenciosamente y se ocultó tras un árbol para observarlas.

Incluso el mal humor de Banyon se aplacaría cuando le contara aquello. Aún estaba disfrutando ufanamente de aquella idea cuando la cabeza del semental surgió repentinamente de entre las yeguas, como si estuviera olfateando el aire.

«¡Oh, no, sabe que estoy aquí!» Carly se pegó al suelo y esperó unos minutos antes de volver a mirar. El semental estaba caminaba en círculos en torno a las yeguas, moviendo la cabeza de un lado a otro. «¡Está protegiendo a sus damas!», pensó Carly, emocionada. «Es un ejemplar magnífico. Nunca he visto otro igual».

Su siguiente sentimiento fue de conmoción; ¡el semental empezó a galopar hacia ella!

En lugar de volverse y salir corriendo, Carly permaneció muy quieta. Por algún motivo, no tenía miedo. «No va a hacerme daño. Lo sé».

El semental se detuvo a unos tres metros del bosque y la miró directamente. El pulso de Carly se aceleró salvajemente, pero se mantuvo en su terreno y le sostuvo la mirada. Entonces tuvo una sensación muy extraña, como si entre ella y aquel maravilloso animal estuviera sucediendo algo místico.

Entonces, el semental se volvió, alzó sus cascos traseros y corrió hacia sus yeguas.

Carly soltó el aliento. Nunca en su vida había experimentado nada parecido. Sentía una extraña e intensa euforia, y supo en el fondo de su alma que en su momento podría llegar a ser amiga de aquel semental.

Cuando, finalmente, montó su caballo y emprendió el regreso al rancho, había tomado una decisión. No iba a decirle a Banyon una palabra sobre su descubrimiento. Las yeguas estaban a salvo y ella no estaba dispuesta a ser el instrumento a través del que Banyon localizara el claro para recuperarlas y matar al semental.

Sintiéndose especialmente animada, Carly decidió cenar esa noche

con los hombres. Evitarlos solo porque eran hombres ya no le parecía razonable. Además, ya era hora de que se enfrentara al hecho de que no todos los hombres eran unos mezquinos abusones como lo fue su marido durante su matrimonio.

Cuando entró en el comedor, todas las miradas se volvieron hacia ella. Carly sonrió y saludó a todos en general. Varios hombres le devolvieron el saludo mientras ella iba a llenar un plato en una mesa en la que estaba la comida para que cada uno se sirviera lo que quisiera. Luego buscó con la mirada una silla libre.

Había una relativamente cercana a Banyon, pero la ignoró y ocupó otra que había entre dos hombres. Estos asintieron y sonrieron y ella les devolvió la sonrisa.

-¿Os importa que me siente aquí? -preguntó.

-Claro que no, señorita -replicó uno de los hombres. Luego añadió-. Conozco a su padre. Es un buen hombre.

-Sí que lo es -asintió Carly.

Jake la observó mientras hablaba con sus hombres, y su expresión le hizo pensar que se parecía mucho al gato que acababa de comerse al canario. ¿Qué había pasado para que tuviera una expresión tan petulante?, se preguntó, entrecerrando los ojos. Fuera lo que fuese, estaba seguro de que no le gustaría averiguarlo. Barney le había dicho que había vuelto a salir a cabalgar. «Ha salido a buscaros a ti y a los hombres, Jake. ¿No os la habéis encontrado?»

Jake no estaba precisamente de buen humor al volver al rancho. Habían seguido las huellas del semental y de Goldie durante horas y, de pronto, habían perdido el rastro. No había duda de que aquel semental era un caballo muy astuto. Daba la sensación de que sabía que sería muy difícil seguir sus huellas en el lecho rocoso y seco del viejo rio.

Pero Jake también podía pensar, y estaba bastante seguro de que la guarida del caballo se hallaba cerca de esa parte del río. El problema era que se extendía millas y millas y abarcaba mucho territorio. No podía permitirse utilizar a todos los hombres a dirario para encontrar al semental, pero enviaría dos o tres a diario a aquella zona. Antes o después obtendrían resultados.

Unas risas procedentes de la mesa en que estaba sentada Carly llamaron la atención de Jake. ¿Por qué diablos habría decidido ir a buscarlos? ¿Para volver a perderse?, se preguntó, indignado. Nunca había conocido a una mujer más irritante.

Pero también era una mujer muy bella y sensual, y no pudo evitar recordar el beso del día interior y la intensa reacción física y emocional que le produjo.

Siguió comiendo rápidamente, molesto por aquel recuerdo. El buen humor que estaba manifestando Carly lo estaba fastidiando tanto que cuando terminaron de cenar y ella salió, él la siguió.

-¡Carly! -llamó.

Ella se detuvo, se volvió y esperó a que Jake la alcanzara.

-¿Me has llamado? -preguntó.

Su tono burlón hizo que la irritación de Jake se acrecentara.

-Tengo que hablar contigo.

Carly se encogió de hombros y empezó a caminar de nuevo hacia la casa.

-Pues habla.

Jake avanzó junto a ella.

-¿Dónde has estado hoy?

Carly rio despectivamente.

-No creo que eso sea asunto tuyo. Por si no te has dado cuenta, no soy uno de tus vaqueros. Jake se ruborizó, furioso.

-¡Sé muy bien quién eres! A veces me pregunto si tú lo sabes.

Habían llegado a la casa, y Carly entró primero. Jake cerró la puerta.

-Hoy has vuelto a salir a caballo -dijo, mirándola con expresión acusadora-. Barney me ha dicho que has salido a buscarme.

-¿Y qué? -preguntó Carly, retándolo con la mirada-. No eres mi guardián, Banyon. Saldré a cabalgar cuando me apetezca. Pero no te preocupes -añadió, con exagerada dulzura-. Me limitaré a montar los percherones.

-Sí, ayer aprendiste por el camino más difícil que debes mantenerte alejada de las yeguas -dijo Jake-. ¿Pero se te ha pasado en algún momento por la cabeza que pueda sentirme responsable de tu seguridad mientras estás en este rancho?

-Me parece una tontería, pero puedes sentir lo que quieras -replicó Carly en tono ácido-. Mientras, yo haré lo que quiera.

-Incluyendo volver a perderte.

-Oh, déjalo ya. No voy a volver a perderme. De hecho, cada vez conozco mejor el terreno -Carly no podía ocultar por completo la satisfacción que sentía por su descubrimiento, y le habría encantado poder contárselo a Banyon para ver la expresión de su rostro. Pero sí podía decirle otra cosa-. Hoy he encontrado y seguido fácilmente tu rastro y el de tus hombres hasta lo que me ha parecido el lecho de un río seco. Ahí os he perdido y he vuelto al rancho.

La expresión de Jake se ensombreció.

-¿Has vuelto a las colinas después de lo que sucedió ayer?

-Ahí es donde has ido tú, ¿no? No te molestes en contestar. Habéis

empezado a buscar al semental en el lugar en que me encontraste ayer. No he tenido ningún problema en localizarlo.

-¿Y por qué has salido a buscarnos? -preguntó Jake, enfadado.

-Para evitar que mataras al semental -replicó Carly en tono beligerante-. Porque si lo hubieras encontrado ya estaría muerto, ¿verdad? Pero deja que te diga algo, Banyón: si se te ocurre matar a ese caballo, lamentarás haberlo hecho. Te aseguro que formaré tal escándalo que creerás que el cielo se te ha venido encima.

Jake abrió la boca para decirle que nunca había tenido intención de matar al semental, pero la cerró enseguida. No recordaba haber estado tan enfadado con alguien en su vida. ¿Cómo se atrevía Carly a lanzarle ultimatums? Por otro lado, le agradaba la idea de que se preocupara por algo que nunca iba a suceder.

-No me digas lo que tengo que hacer o dejar de hacer en este rancho -dijo, en un tono de voz mortalmente calmado-. Puede que seas la hija de Stu, pero eso no te da ningún derecho a dar órdenes por aquí. Eres una invitada, nada más. Trata de no olvidarlo.

Carly sintió una explosión de rabia. Debería recordarle a aquel cretino que solo era un empleado. Pero algo le impidió ir tan lejos.

-Ypuede que tú seas amigo de papá, ¡pero esa relación no te da derecho a darme órdenes! ¡Trata de no olvidarlo!

Se encontraban a escasos centímetros uno del otro, mirándose con expresión iracunda y desafiante. Jake pensó en decirle que hiciera su equipaje y se marchara de inmediato del rancho, pero no podía olvidar a Stuart en aquel drama; no podía ofenderlo. Tenía las manos atadas en lo concerniente a Carly Paxton, y esa era una píldora amarga de tragar.

-¿Y bien? -dijo Carly, ácidamente, preguntándose si la discusión habría acabado o si Banyon aún tenía un arsenal de órdenes que darle.

La desafiante actitud de Carly hizo que Jake viera de pronto todo rojo. Sin pensarlo, dio un paso hacia ella y la tomó por los hombros.

Ella dio un gritito y trató de liberarse.

-¿Qué crees que estás haciendo?

-Esto -espetó Jake y la atrajo hacia sí para besarla con dureza.

¡Estaba volviendo a besarla! ¿Qué le pasaba a aquel hombre? Carly hizo lo que pudo para apartarse. Lo empujó y trató de darle patadas en las espinillas. Pero todo fue inútil. Jake siguió besándola con aspereza, posesivamente. Carly siguió luchando, prometiéndose romperle la cabeza en cuanto se librara de él. ¿Por qué diablos volvía a besarla si apenas podía soportar hablar con ella?

Entonces se dio cuenta de que la cabeza empezaba a darle vueltas. Y cuando el beso se suavizó y se volvió más sensual, su aturdimiento

creció. Algo se agitó en la boca de su estómago y, antes de darse cuenta de lo que pasaba, se encontró devolviéndole el beso.

Como el día anterior, Jake se sintió golpeado como por un rayo por el deseo que explotó entre ellos. Interrumpió el beso para tomar aire, pero de inmediato reclamó de nuevo los labios de Carly. Deslizó las manos por su espalda hasta sus caderas y la atrajo hacia la dolorosa palpitación que sentía tras la bragueta de sus pantalones. Carly dio un gritito ahogado, como oponiéndose a tal intimidad, pero enseguida se arrimó a él, permitiendo a la vez que penetrara con la lengua en su boca. Lo rodeó con los brazos por el cuello y entrelazó los dedos en el pelo de su nuca.

Se estaban besando tan frenéticamente que Jake supo con exactitud a dónde les iba a llevar aquello. Pero no le importó. Estaba demasiado excitado como para pensar en otra cosa que en llevar aquella salvaje pasión a su conclusión lógica.

Tiró de la camisa de Carly para sacarla del pantalón y deslizó una mano debajo para soltarle el sujetador. A continuación, colocó la mano entre sus cuerpos para acariciarla como quería. El placer de tocar y sostener sus pechos desnudos, de sentir cómo se endurecían sus pezones, le hizo gemir.

Carly también gimió. Quería más... mucho más.

Quería tener a Jake desnudo y... y...

Por algún motivo, la realidad se impuso repentinamente y en esa ocasión, cuando empujó a Jake este se tambaleó hacia atrás.

-Carly -susurró él con voz ronca, en tono de súplica.

Carly lo miró fijamente, preguntándose qué se había apoderado de ella. ¡Ya ni siquiera le gustaban los hombres, y lo último que pretendía era acostarse con uno! Las piernas le temblaban y tuvo que sujetarse al respaldo de una silla.

-¿Cómo te atreves? -espetó, y deseó que su voz no sonara tan reveladoramente ronca. No había duda de que Jake le había afectado, pero prefería morir antes que admitirlo ante él.

Excitado hasta el extremo de sentir dolor, Jake solo podía pensar en lo preciosa que estaba con el pelo revuelto, los ojos brillantes, la respiración agitada y la blusa fuera de los vaqueros. Pero algo lo tenía muy confundido. ¿Por qué se había mostrado Carly tan dispuesta, para luego echar el freno?

Entonces, su cerebro registró finalmente la degradante pregunta de Carly y empezó a enfriarse.

-¿Que cómo me atrevo? ¿Y qué me dices de ti?

-¡Te has aprovechado de mí! -exclamó ella-. Como ayer. ¿Se puede saber qué diablos te pasa?

Jake pensó que no podía estar en desacuerdo con su acusación. A pesar de todo, ella tampoco era completamente inocente.

-De acuerdo, no debería haberte tocado. Pero no olvides que tanto ayer como hoy me has devuelto el beso.

-Por supuesto que pienso olvidarlo -dijo Carly en tono desdeñoso. Empezaba a recuperar las fuerzas y se apartó de la silla-. Si tu enorme ego te hace creer que unos pocos besos significan algo para mí, más vale que lo pienses de nuevo. Y no se te ocurra volver a tocarme, especie de... ¡cavernícola! Puede que aquí los hombres tengan por costumbre comportarse así, ¡pero no donde yo vivo!

Carly sabía que estaba atacando a Jake porque estaba enfadada consigo misma por haberle devuelto el beso. Pero no podía evitarlo. Además, si alguien se merecía un buen bofetón, ese era Jake Banyon.

En cuanto aquella idea entró en su mente, se abalanzó hacia él para abofetearlo. Pero Jake le sujetó ambas manos con tal velocidad que la dejó desconcertada. Sus ojos parecían dos ascuas cuando la miró.

-No te aconsejaría que volvieras a intentarlo -dijo, en tono helado.

-¿Serías capaz de devolverme la bofetada? -lo retó Carly, aunque un escalofrío recorrió su espalda. Su ex marido la había abofeteado en numerosas ocasiones; indiscutiblemente, aquel había sido el factor más destructivo de su deteriorado matrimonio. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para tratar de abofetear a un hombre como Banyon? ¡Dios santo!

-Nunca he pegado a una mujer, pero no estoy dispuesto a tolerar ese comportamiento de nadie, sea hombre o mujer.

El estómago de Carly se encogió. Jake tenía razón. No volvería a intentar nada parecido. La violencia estaba totalmente fuera de lugar. Pero seguía enfadada y tenía que decir algo.

-No creas que no me di cuenta desde el primer momento de que no me querías aquí, Banyon. Has sido desagradable conmigo desde el instante en que bajé del helicóptero. Supongo que no puedes evitarlo porque así es tu personalidad. Eres aburrido, Banyon. Hay otras cosas en el mundo aparte de este rancho, pero supongo que nunca se te ha ocurrido pensarlo,

¿verdad?

-No digas estupideces Jake le soltó las manos y se volvió hacia la puerta.

-¡Cretino! ¡Yo no soy ninguna estúpida!

-En ese caso, deja de comportarte como si lo fueras -Jake abrió la puerta y salió de la casa.

Carly permaneció en la penumbra de la cocina, con los ojos llenos

de lágrimas. ¿Por qué le había devuelto el beso? ¿Por qué? ¿Y por qué tenía aquel hombre el poder de sacarla tan fácilmente de sus casillas?

Si no fuera por aquel semental y su afán por mantenerlo vivo, regresaría a su casa, pensó, resentida. ¡Maldito Jake Banyon! ¿Cómo tenía el valor de besarla de aquel modo y luego llamarla estúpida?

«Eres estúpida», se dijo. «¿Cómo has tenido el valor de comportarte como una mujer hambrienta de sexo y luego acusarlo de haberse aprovechado de ti?»

Subió lentamente a la segunda planta. Tras tomar una ducha, se metió en la cama. Yya que el sueño sería lo único, que erradicaría a Jake Banyon de su mente, rezó para que llegara el bendito olvido.

Afortunadamente, estaba lo suficientemente cansada, y unos minutos después se quedaba dormida.

No oyó a Jake cuando volvió a la casa, ni siquiera cuando permaneció unos momentos tras su puerta, preguntándose si debería intentar hacer las paces con ella. Estuvo a punto de llamar, pero dejó caer la mano y continuó estoicamente hacia su dormitorio. Carly Paxton y él nunca serían amigos; más le valía hacerse a la idea.

El problema era que quería de Carly mucho más que una mera amistad. Por primera vez en varios años deseaba a una mujer, y no a cualquier mujer. Deseaba a la hija de su jefe. La maldijo interiormente. Carly Paxton estaba destruyendo la paz mental que tanto le había costado conseguir. No era justo.

Capítulo 6

Jake pasó una mala noche. Se despertó a cada rato, pensando en Carly, acostada al otro lado del pasillo. ¿Con qué dormiría? Seguro que con algo de seda… o tal vez sin nada. La imagen resultaba tan inquietante que masculló unas maldiciones y aporreó su almohada.

Odiaba a aquella mujer porque había alterado su paz, porque le había hecho revivir su pasado, porque había despertado en él un deseo casi incontrolable.

Cuando supo que Carly iba a ir al rancho le preocupó que pudiera causar problemas, pero en ningún momento se planteó que el gran problema pudiera ser aquel.

¿0 sí? ¿Sabía su subconsciente que reaccionaría así ante cualquier mujer razonablemente atractiva después de haber pasado tanto tiempo sin sexo? ¿Era así como su subconsciente veía a Carly, como una compañera para un buen revolcón en la cama?

Gimiendo, se puso la almohada sobre la cabeza. ¿Cómo diablos iba a sobrevivir a su visita?

¿Y podía hacer algo para acortar esa visita sin ofender a Stuart?

Pensar en Stuart hizo que se despejara aún más. Retiró lentamente la almohada de su cara. Carly le había dicho que pensaba hacer lo que le diera la gana en el rancho. Evidentemente, creía que él le recomendaba que tuviera cuidado solo para demostrar su superioridad.

¿Y si acababa herida a causa de su beligerante testarudez? Un escalofrío recorrió la espalda de Jake al pensar en tener que contarle a Stu algo parecido. Esperaba una llamada de su jefe cuando regresara de Londres.

No estaba dispuesto a permitir que la tozuda hija de su jefe corriera el riesgo de resultar herida por hacer lo que le diera la gana.

Y sabía cómo impedir que Carly volviera a cabalgar por su cuenta, yendo solo Dios sabía dónde y arriesgándose a montar caballos que no conocía. No le gustaría, pero eso estaba claro.

Sintiéndose un poco mejor, se volvió de costado y cerró los ojos.

Tras despertar a la mañana siguiente, Carly permaneció un rato en la cama, pensando. Aún creía que podía hacerse amiga del semental, pero eso no sucedería de repente, y no sabía cuánto tiempo pasaría antes de que alguien descubriera el claro del bosque. Si al menos supiera cómo hacerse amiga de un caballo… ¿Pero a quién podía pedir consejo sin resultar sospechosa? ¿A Barney? ¿A alguno de los vaqueros? ¿A Banyon?

Casí rompió a reír al imaginar la situación. Banyon la descubriría

de inmediato si empezaba a hacerle preguntas sobre cómo hacer buenas migas con un caballo. Y tampoco quería darle la oportunidad de besarla de nuevo. Y hablar a solas con él podía dar pie a ello, pensó, a la vez que una cosquillearte y cálida sensación la dejaba sin aliento.

-¡No! -susurró, conmocionada. ¡Unos simples besos robados no significaban nada! No podía sentirse aturdida y caliente solo por el recuerdo.

¡Pero cómo besaba aquel hombre!

Reprendiéndose mentalmente, salió de la cama y fue directamente al baño. Se quitó el camisón, abrió el agua fría de la ducha y entró en la bañera.

-¡Uy yy! -exclamó cuando el agua fría cayó sobre su piel.

Pero funcionó. Sus pensamientos dejaron de ser ardientes.

Carly desayunó en casa mientras planeaba lo que iba a hacer ese día. Si quería hacerse amiga del semental, no podía perder el tiempo. Cabalgaría hasta el claro y comprobaría cómo reaccionaba al verla. Parecía un primer paso razonable, aunque no sabía qué haría a continuación.

Vestida para cabalgar, y cargando con una pequeña bolsa de manzanas, por si servían para suavizar al semental, salió de la casa por el porche trasero.

Un hombre saltó de una silla, sonrió y se llevó una mano al sombrero.

-Buenos días, señorita.

Carly lo miró con cautela. Era uno de los vaqueros de mayor edad del rancho, con el pelo y el bigote canosos. ¿Pero qué hacía sentado en el porche en lugar de estar trabajando?

-Buenos días -contestó. Pensó en preguntarle directamente qué hacía allí, pero decidió que en realidad no le importaba. Lo que hicieran o dejaran de hacer los hombres allí era cosa de Banyon. Que se preocupara él.

Bajó los escalones y empezó a andar, pero enseguida notó que el vaquero la seguía. Se detuvo y se volvió.

-¿Me estás siguiendo?

-Sí, señorita.

Carly miró al hombre con expresión incrédula.

-¿,Y por qué me estás siguiendo?

-Ordenes de Jake, señorita.

-¡Ni hablar! -exclamó Carly, enfadada-. ¿Dónde está Jake ahora?

-No lo sé, señorita.

Carly miró a su alrededor, exasperada. Luego miró de nuevo al

vaquero.

-¿No lo sabes, o no quieres decírmelo?

-Se lo diría si lo supiera, señorita. ¿Por qué no iba a hacerlo?

-Oh, por favor, deja de llamarme «señorita» -dijo Carly, irritada-. Y ahora escúchame. No sé que pretende Jake haciendo que me sigas, pero no pienso aceptarlo. ¿Comprendes?

-Sí, señorita.

Carly esperó a que el vaquero se fuera, pero este permaneció donde estaba.

-Da lo mismo lo que te diga, ¿verdad? Solo obedeces las órdenes de Jake, ¿no?

-Sí, señorita. ¿Quiere saber cómo me llamo, señorita?

Carly estuvo a punto de gritar, «por qué diablos iba a querer saber tu nombre?», pero se contuvo y, en lugar de ello, dijo:

-Sí, por supuesto.

-Deke Johnson, señorita.

-De acuerdo, Deke. Vamos a llegar al fondo de esto. ¿Cuándo te dijo Jake que me siguieras?

-Esta mañana, señorita. Después del desayuno.

-Carly. Me llamo Carly. No más «señoritas», por favor. ¿Te ha dicho Jake por qué quiere que me sigas? ¿Acaso teme que dinamite un establo o algo parecido?

Deke frunció el ceño. Era obvio que no había captado el sarcasmo de Carly.

-¿Dinamitar un establo? No ha dicho nada de dinamita, señorita. Solo ha dicho que me quede con usted todo el día. Si sale a cabalgar, yo salgo a cabalgar. Si sale a pasear, yo salgo a pasear. Creo que solo quiere asegurarse de que se encuentra bien.

Carly sintió que todo su cuerpo se tensaba de frustración. No podía ir al claro con Deke pisándole los talones. Jake quería asegurarse de que no volviera a perderse, y de que no hiciera nada sin que él se enterara.

-No necesito un guardaespaldas -espetó, pero enseguida trató de calmarse. Sería injusto que la tomara con Deke, aunque le hubiera gustado tener delante a Banyon para desahogarse. Aunque hirviendo por dentro, logró dedicar una sonrisa razonablemente normal a Deke.

-Voy a entrar en la casa. Hasta luego.

Cada vez que se asomaba por la ventana trasera, allí estaba Deke. Incluso vio que Barney le llevó el almuerzo, cosa que la sacó de quicio. Probablemente, todos los hombres se estarían riendo por el ingenioso modo que Jake había encontrado para mantener vigilada a la hija del jefe.

Pero mientras caminaba de un lado a otro de la casa echando pestes y planeando lo que iba a hacerle ;r Banyon cuando lo viera, se encontró preguntándose una vez más por qué habría dejado su padre que la casa se deteriorara tanto.

Pero, tal vez, lo que necesitaba era una buena limpieza a fondo. Con jabón, agua y un cepillo se podía eliminar gran parte del grisáceo tono general, y un poco de cera haría milagros con el mobiliario. Las alfombras también estaban sucias, pero no irreparablemente dañadas.

No pudo evitar intentarlo, y buscó detergente y todo lo necesario para limpiar en la cocina y en el cuarto de la lavadora. Encontró una antigua aspiradora que creaba más polvo del que absorbía, pero tras examinarla comprobó que lo único que necesitaba era un cambio de bolsa. Pero, por supuesto, no había ninguna, y las botellas de detergente que encontró estaban prácticamente secas o vacías. Para limpiar aquella casa iba a necesitar los mejores productos de limpieza del mercado, aunque tendría que conformarse con lo que hubiera en Tamarack.

-De acuerdo -dijo, impaciente-. Espero que te guste ir de compras, Deke Johnson, porque nos vamos al pueblo.

Tras subir a por su bolso, tomó las llaves del coche cíe la cocina y salió de la casa. Deke se puso en pie de inmediato. Carly le sonrió con dulzura.

-Voy a conducir a Tamarack a hacer unas compras -sin esperar a ver cómo se tomaba la información, bajó del porche y se encaminó al garaje.

Sin duda, era su turno de reír, pero se contuvo. Evidentemente, Jake no había sugerido a Deke aquella posibilidad, y el pobre no sabía qué hacer. Al parecer, decidió que debía acompañarla, pues un segundo después Carly lo oyó correr tras ella.

Riendo para sí, entró en el garaje por la puerta lateral. Dentro, buscó un botón o algún interruptor que sirviera para abrir la pesada puerta, pero acabó descubriendo que había que abrirla a mano.

Deke se asomó al garaje por la puerta lateral.

-¿Vamos a Tamarack, señorita?

-Carly -insistió ella, dedicándole una mirada de enfado por el nuevo «señorita»-. Yo voy a Tamarack. No sé a dónde vas tú, si es que vas a algún sitio -se acercó a la puerta, encontró una manija cercana al suelo y se agachó para abrirla. Parecía pesar una tonelada-. Dios santo -murmuró, molesta-. Alguien debería ocuparse de modernizar este lugar. Al menos, Banyon podía contratar a una persona para que limpiara la casa de vez en cuando.

-Sí, señorita -dijo Deke, que parecía bastante confuso con el giro de

los acontecimientos.

Carly se sentó tras el volante y bajó la ventanilla.

-Si vas a venir conmigo para obedecer las órdenes de Banyon, más vale que subas -no pudo evitar reír al ver que Deke práticamente echó a correr para entrar en el coche-. Y ponte el cinturón de seguridad. A veces me pongo a pensar en otra cosa y tiendo a conducir un poco deprisa. No querría que resultaras herido -Carly disfrutó con la cautelosa mirada que le dedicó Deke. Casi nunca superaba el límite de velocidad conduciendo, pero no podía evitar meterse con él, aunque solo fuera un inocente peón de Jake Banyon-. ¡Allá vamos! -exclamó tras poner el coche en marcha-. Sujétate el sombrero, Deke.

Para su diversión, Deke hizo precisamente eso.

Jake estaba pasando de un establo a otro cuando vio salir el coche del garaje a toda velocidad. Frunciendo el ceño, se encaminó hacia este. Echó a correr al ver que Carly se detenía para salir y volver a cerrar la puerta del garaje, pero volvió a entrar de inmediato y él estaba aún demasiado lejos como para hacer otra cosa que gritar su nombre. Si lo oyó, no le prestó atención, y un instante después se alejaba hacia la carretera.

-Al menos está con Deke -murmuró Jake-. Así no se meterá en demasiados problemas.

Mientras observaba cómo se alejaba el coche sintió algo realmente peculiar: deseó ser él quien fuera con Carly en lugar de Deke.

Gruñendo y reprendiéndose interiormente por sentir algo tan absurdo, se volvió y empezó a caminar como un hombre con un firme propósito.

-Cuánto tiempo llevas trabajando en el rancho? -preguntó Carly mientras conducía tranquilamente por la autovía.

-Unos diez años.

-Más que Banyon -murmuró Carly-. ¿Lo conoces bien?

-No. Nadie lo conoce. Jake es un hombre muy reservado.

-¿Me estás diciendo que ninguno de los hombres del rancho sabe nada sobre él? ¿De dónde vino? ¿Qué hacía antes de trabajar para mi padre? cHa estado casado alguna vez?

-No me gusta cotillear, señorita.

-Me llamo Carly. Si no empiezas a llamarme por mi nombre, voy a empezar a llamarte señor.

Deke rio.

-Eso es gracioso.

-Di mi nombre -insistió ella.

-Pero señorita, usted es la hija de Stu Paxton.

-¿Y qué? De todos modos tengo un nombre y quiero que lo uses.

Deke suspiró.

-De acuerdo.

-Muy bien. Y ahora, cuéntame lo que sepas sobre Banyon -Carly sonrió antes de añadir-: Intercambiar información no es cotillear, Deke.

-¿Desde cuándo? -preguntó el vaquero en tono irónico.

Carly no pudo evitar reír. Pero aún quería sonsacarle a Deke lo que pudiera. No podía evitar sentir curiosidad por un hombre que la afectaba tanto con sus besos. Había ido al rancho convencida de que tendría que pasar mucho tiempo para que volviera a sentir algo que no fuera desdén por un hombre y, en un par de días, Banyon se había metido bajo su piel. Cuando dejó de reír, dijo:

-Entonces, ¿qué sabes de Banyon?

Deke permaneció pensativo unos momentos.

-Supongo que a Jake no le gusta mucho la gente, porque nunca he visto indicios de que tenga amigos. Al menos, nadie ha venido nunca al rancho a verlo.

Carly se preguntó si eso significaría que tampoco tenía novias. Por algún absurdo motivo, aquello la animó.

Pero, al instante siguiente, sus pensamientos derivaron hacia el semental. Antes o después, alguien encontraría el claro del bosque en que tenía su refugio, y con Deke pisándole los talones no iba a poder impedir el horrible fin que Banyon planeaba para el magnífico animal.

-Deke -dijo, con calma-. ¿Te ha dicho Jake que mañana también tienes que seguirme?

-No. Solo me ha ordenado que me quede con usted hoy, señorita.

-Ya veo -murmuró Carly, aunque lo cierto era que en esos momentos solo veía rojo. ¿Cómo se atrevía Banyon a decidir que necesitaba un guardaespaldas, o que él necesitaba un espía? Sin poder apartar al caballo de su mente, preguntó-: ¿Has visto alguna vez a ese fabuloso semental?

-¿Se refiere al salvaje?

-Sí. ¿Lo has visto?

-No, no lo he visto.

-Sin embargo, le dispararías si Banyon te ordenara

que lo hicieras, ¿no;

Deke la miró con expresión desconcertada.

-No hay duda de que hace preguntas muy duras, señorita. Lo siento -añadió, al ver la expresión de desagrado de Carly-. Quería decir su nombre.

-Ninguna pregunta es dura si tiene respuesta, Deke. ¿Dispararías al caballo si Jake te ordenara que lo hicieras?

Deke permaneció un momento pensativo.

-Jake no ordenaría a nadie que hiciera algo así sin un buen motivo. Así que supongo que la respuesta es sí.

-¡Pero eso es abominable! ¡Deberías sentirte avergonzado de ti mismo!

Deke se encogió en el asiento. Era evidente que no esperaba aquello y que Carly lo había asustado. Ella apretó los labios, decidida a no volver a dirigirle la palabra. ¡Hombres! No había duda de que todos eran una criaturas viles, violentas y desagradables.

Cuando volvieron al rancho, Deke ayudó a Carly a llevar las compras a la casa. Luego salió y se sentó en el porche.

Suspirando, Carly empezó a guardar las cosas. Pronto sería la hora de cenar, y Deke iría al comedor con los demás hombres. Ella se libraría por fin de su vigilancia, pero ya sería demasiado tarde como para cabalgar hasta el claro. Y también era demasiado tarde como para empezar a limpiar la casa.

De pronto, sus pensamientos cambiaron de dirección. ¿Qué habría hecho Banyon ese día? ¿Habría encontrado al caballo?

La frustración y el resentimiento que había controlado a lo largo del día afloraron de nuevo y empezó a dar portazos a diestro y siniestro a la vez que maldecía en voz alta mientras guardaba las compras.

Cuando acabó, se sentó en una mesa de la cocina a refunfuñar y preocuparse. Maldijo una y otra vez a Banyon por haberle puesto un guardaespaldas y pensó en el placer que le daría estrangularlo con sus propias manos.

Pero le daría aún más placer burlarse de él demostrándole que era más lista.

Entrecerró los ojos, pensando que lo que debía hacer era jugar a su juego. Ese día había ganado él, pero el siguiente sería de ella.

Y sería tan fácil, pensó, sonriendo ufana mientras un plan sencillo pero efectivo tomaba forma en su mente. De pronto, ni siquiera estaba enfadada.

Pero debía aparentar estarlo cuando Banyon volviera a ducharse antes de cenar, o podría sospechar.

Veinte minutos después oyó voces de hombres y supo que Jake había llegado y estaba hablando con Deke antes de entrar. Fue deliberadamente hacia la ventana del fregadero para que Banyon pudiera verla y puso la expresión más furiosa que pudo a la vez que le lanzaba cuchillos con la mirada.

Le encantó comprobar que parpadeó un par de veces cuando la vio, de manera que siguió mirándolo y fue recompensada con

evidentes muestras de nerviosismo.

-Bien -susurró para sí. Al parecer, Jake esperaba que estuviera enfadada, de manera que, ¿por qué decepcionarlo?

Finalmente, Deke se fue y Jake avanzó hacia la puerta de la cocina. Carly se apartó rápidamente de la ventana, apoyó una cadera contra la encimera y se cruzó de brazos en actitud beligerante.

Jake entró y se detuvo en seco. Nunca había visto un retrato más claro de la furia que el que proyectaba Carly en aquellos momentos, y no pudo evitar preguntarse si se habría excedido un poco.

Carly habló con fuego en los ojos.

-Sin duda alguna, eres el peor caso de subdesarrollo mental con el que he tenido la desgracia de toparme. ¿Cómo te has atrevido a estropearme el día poniéndome un canguro?

Jake frunció el ceño.

-¿Un qué?

-Acaso crees que soy una niña que necesita que la vigilen constantemente? Si alguien en este rancho necesita una niñera, eres tú, no yo, Banyon. Haz que Deke te siga todo un día y luego cuéntame qué te ha parecido. Juro que si mañana vuelvo a ver su cara gritaré tan alto que me oirán hasta en Tamarack -alzó la barbilla con gesto retador y añadió-: Puede que me oigan hasta en Londres.

Jake había asumido la reprimenda como justificable hasta la última parte. Furioso por la amenaza, avanzó hacia Carly y la tomó con firmeza por los brazos.

-Crear problemas entre Stuart y yo sería muy fácil para ti -dijo, en un tono peligrosamente calmado-. Pero te aconsejaría que no lo hicieras, sobre todo teniendo en cuenta que solo estaba pensando en tu seguridad cuando le he dicho a Deke que se quedara contigo.

Entonces sucedió algo. Carly no dijo nada. Jake no dijo nada más. Permanecieron quietos, mirándose. Entre ellos pasaron emociones volátiles, no expresadas verbalmente pero tan densas que podrían haberse cortado con un cuchillo.

Carly sentía que se estaba hundiendo en las profundidades de los ojos más azules que había visto en su vida, y temió que hacerlo resultara más peligroso que caer en aguas infestadas de tiburones. Notaba los labios extrañamente resecos, y se los humedeció con la punta de la lengua.

Mientras Jake la miraba como hipnotizado, ella recuperó finalmente la voz.

-Qué... qué estamos haciendo? -preguntó, con voz ronca.

-Creo que estamos luchando contra la naturaleza -la voz de Jake sonó aún más ronca-. Y me temo que estoy perdiendo la batalla -

gimiendo, se arrimó a Carly y susurró contra su pelo-: Parece que no puedo mantener las manos alejadas de ti. ¿Acaso me lanzaste un embrujo cuando bajaste del helicóptero? Esta agonía empezó en el instante en que te vi.

Carly tenía las caderas apoyadas contra la encimera y Jake estaba apoyado contra ella. Percibía con toda claridad el contorno de todo su cuerpo, y de pronto se vio poseída por una anhelo y una insatisfacción física que nunca antes había experimentado. Sabía lo que quería Jake y lo que ella quería, y fue tal sorpresa querer hacer el amor que no se le ocurrió intentar detener aquello antes de que se le fuera de las manos.

Empezó a moverse contra él, buscando lo que su cuerpo anhelaba, y él respondió apresuradamente, desabrochándole los vaqueros y bajándoselos por las caderas y las piernas junto con las braguitas. Luego la alzó como si no pesara nada, la sentó en la encimera y le quitó rápidamente los zapatos para terminar de sacarle los pantalones y las braguitas.

A continuación le hizo separar las piernas y se colocó entre ellas. Entonces empezó a besarla, y en el trance de la pasión más desbocada que había experimentado en su vida, Carly sintió que la atraía hacia sí y completaba su unión.

Gimió y apartó su boca de la de él, pues no conseguía obtener suficiente aire a través de la nariz. El corazón le latía tan deprisa y los estremecimientos de placer de su cuerpo se estaban sucediendo con tal rapidez que se hizo consciente de algo importante para su vida: nunca había sentido tanto con un hombre como sentía con Banyon. Nunca había sentido que ardía como en esos momentos, mientras Jake salía y entraba en ella a la vez que la besaba en el cuello y, tras desabrocharle la blusa y el sujetador, en los pechos. Oyó los jadeos de Jake mezclados con los suyos y, aturdida, lo rodeó por las caderas con las piernas.

Y entonces, tan rápido como había empezado, todo acabó. Gritaron juntos, y el placer final fue tan intenso para Carly temió desmayarse. Apoyó la cabeza contra el pecho de Jake y aspiró el aire a bocanadas, esperando a que su cuerpo se calmara.

El primer pensamiento sensato de Jake fue que aquella era la hija de Stu. Dios santo, ¿dónde tenía la cabeza?

Se apartó de ella tan rápido que Carly estuvo a punto de caerse. Tuvo que agarrarse al borde de la encimera mientras él se agachaba para subirse los pantalones con una expresión de auténtico terror en el rostro. Su actitud no podría haber sido más insultante, y Carly supo en ese instante que la experiencia podía haber sido increíble para ella,

pero que para él solo había sido, a lo sumo, rutinaria.

Herida en lo más íntimo, saltó de la encimara, recogió sus cosas del suelo y salió corriendo de la cocina.

Se sentía como si su corazón estuviera sangrando.

Capítulo 7

Tras ducharse y vestirse, Carly se sentó en la cama de su dormitorio. Temblando como una hoja al viento, se preguntó por qué se sentía tan desolada. Después de todo, aquella no era la primera bofetada emocional que recibía de un hombre. Podría escribir un libro con lo que había tenido que pasar durante su matrimonio.

Pero en esa ocasión se sentía afectada de un modo distinto. ¿Se debería su estado a lo increíble que había sido hacer el amor con Banyon? Había oído hablar de la perfección sexual entre dos personas, pero ella no la había experimentado hasta ese día. De hecho, nunca había sido especialmente dada al sexo, y durante años había aceptado en sí misma un empuje sexual más bien bajo. Su ex marido solía meterse con ella llamándola frígida o diciéndole que carecía de pasión, y ella no tenía defensa contra aquellas maliciosas acusaciones, pues con él eran ciertas.

Pero con Jake se había hecho consciente por primera vez de que era una mujer tan sensual como cualquier otra. Evidentemente, hasta ese momento no había dado con el hombre adecuado. Frunció el ceño ante aquel pensamiento, preguntándose cómo era posible que ese hombre fuera Jake Banyon. ¿Qué había hecho él que no hubieran hecho los escasos hombres con los que se había acostado a lo largo de su vida?

Y lo que más le dolía preguntarse era cómo había podido ser una experiencia tan increíble para ella y no para él. No olvidaría ese día durante el resto de su vida.

Gimió y se cubrió el rostro con las manos. Habían hecho el amor sin protección, pero esa era solo una ligera preocupación en el fondo de su mente. Temía haber entregado demasiado a un hombre que no la quería. No solo su cuerpo, sino también su corazón, su alma, su mente. Y eso a pesar de haber jurado solemnemente no volver a hacerlo.

Pero eso fue antes de conocer a Jake Banyon. Aquel hombre tenía un ecanto fatal, un magnetismo sexual al que ella nunca se había visto expuesta. ¡Y cuando todo había acabado la había mirado como si fuera basura!

El pánico atenazó su garganta. Debía salir corriendo de allí. Debía hacer su equipaje, ir a por el coche y conducir a… a… cualquier sitio en el que no tuviera que ver a Banyon bastaría.

Entonces, sin previa advertencia, su humor cambió radicalmente. ¡Si alguien tenía que irse del rancho era Banyon, no ella! Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, pensando en aquello.

Unos minutos después había tomado varias decisiones. No pensaba ir a ningún sitio, y tampoco iba a sugerir a Banyon que se fuera él. De hecho, no pensaba dejarle ver cuánto daño le había hecho ese día. Iba a quedarse en el rancho para proteger al semental, y pensaba hacerlo ante las narices de Jake Banyon. Y si volvía a intentar algo con ella, lo pondría en su sitio tan deprisa que la cabeza le daría vueltas.

Creyó oír el ruido de la ducha en el dormitorio de Jake. Tras comprobar el estado de su pelo y su maquillaje en el espejo del tocador, salió del dormitorio y bajó las escaleras. Fue al cuarto de estar, se sentó frente al piano y empezó a tocar una sonata de Beethoven.

Con el pelo aún húmedo por la ducha, Jake salió del dormitorio y se detuvo en el pasillo al oír el piano. Carly no era una gran pianista, y de vez en cuando se equivocaba de notas, pero su forma de tocar tenía pasión y emoción y afectó a Jake. ¡Aquella maldita mujer lo afectaba! No era cualquier mujer, y estaba claro que significaba algo para él.

Una gran debilidad se apoderó de él y tuvo que apoyarse contra la pared para superarla. ¿Se estaba enamorando de Carly? Si era así, se trataba de la conmoción del siglo. ¿Pero acaso no había arrojado los dados hacía un momento en la cocina? En cuanto a ofender a su jefe, Jake siempre había visto a Stuart Paxton como un hombre razonable. Era posible que Stuart diera su bendición a una relación entre su hija y el capataz de su rancho.

Masculló una maldición. Estaba racionalizando porque ya volvía a desear a Carly. Solo pensar en cómo habían hecho el amor en la cocina le hacía excitarse de nuevo. Debía controlarse y ver cómo eran las

cosas, no cómo le gustaría que fueran. Lo único que

podía ofrecer a Carly Paxton era su trabajo, y trabajaba para su padre. «Oh, sí», pensó irónicamente, también tenía sus ahorros en el banco de Tamarack, no porque fuera ahorrativo y práctico, sino porque raramente salía a gastarse su paga.

No, no tenía nada que ofrecer a una mujer que siempre había tenido todo lo que podía comprar el dinero. Aceptando aquella conclusión como definitiva, se apartó de la pared y bajó las escaleras. Fue directamente al cuarto de estar, porque quería aclarar las cosas con Carly.

Ella notó su presencia a sus espaldas y dejó de tocar.

-¿Carly?

-Qué?

-¿Te encuentras bien?

Carly se volvió a mirarlo.

-Claro que me encuentro bien. ¿Por qué no iba a encontrarme bien?

-Er... porque... bueno, por lo que ha pasado entre nosotros -balbuceó Jake.

-¿Piensas que debería estar disgustada por el incidente de la cocina? -preguntó Carly con frialdad-. ¿Qué crees que debería sentir, Jake, y por qué te preocupa lo suficiente como para sacar el tema a relucir? Supongo que no habrás desarrollado de repente sentimientos de culpabilidad, ¿no? Tal vez en la ducha?

Jake se puso granate.

-Sabes muy bien de qué estoy hablando, ¿verdad? Lo que ha pasado no debería haber pasado. Tú sientes lo mismo. Resulta un poco embarazoso, pero...

-Para el carro, amigo -Carly alzó una mano para frenar las humillantes conclusiones de Jake-. En primer lugar, no siento ninguna vergüenza por haber hecho el amor contigo -dijo, abiertamente-. Si a ti te avergüenza, prefiero no saberlo.

Jake se quedó boquiabierto.

-Bueno... supongo que... que me he equivocado.

-Supongo que sí -espetó Carly.

-Más que sentirme avergonzado, lo que sucede es que preferiríaa que Stuart no... no se enterara -dijo Jake.

Carly se dio cuenta de que estaba disfrutando haciéndole retorcerse.

-¿Vas a decírselo tú?

Por un segundo, Jake pareció confundido. Luego frunció el ceño y dijo:

-¡Diablos, no! Me preocupaba que tú fueras a decírselo.

Carly hizo una mueca de desagrado.

-Oh, vamos, Banyon. Creo que la última charla que tuve con mi padre sobre sexo fue antes de ir a la universidad. Ha pasado mucha agua por debajo del puente desde entonces, y estoy segura de que no está más interesado ahora en mi vida sexual que yo en la suya. Así que ve a cenar y olvídate de lo sucedido. Para serte sincera, yo ya lo he relegado al cubo de la basura de mis pasadas indiscreciones, y si yo puedo olvidarlo tan fácilmente, estoy segura de que tú también.

Jake sintió como si algo o alguien acabara de cortarle el suministro de aire. ¿Carly ya lo había olvidado? ¿Lo había relegado al cubo de basura de sus pasadas indiscreciones? ¿Acaso lo hacía con cualquier tipo que se lo proponía? Si le apetecía, claro.

-Sí, puedo olvidarlo -dijo, dedicándole una oscura mirada-. No hay problema.

-Estaba segura de que no lo habría -replicó Carly, aunque pensando: «¿por qué tienes que ser el tipo más sexy que he conocido en mi vida? ¿Por qué no te vas de una vez? ¡Sal de aquí y déjame sola!

-¿Por qué no vienes conmigo al comedor? -dijo Jake, tratando de sonar desenfadado, aunque sin conseguirlo-. También tienes que comer.

-No, gracias. No tengo hambre, y hay comida en la nevera. Pero tú vete. Lo más seguro es que Barney y los demás estén preguntándose qué te está reteniendo, y no queremos que saquen conclusiones equivocadas, ¿verdad?

-De acuerdo. Hasta luego -Jake salió de la casa medio mareado.

Medio mareada, Carly permaneció largo rato sentada en el taburete del piano, tratando de racionalizar lo sucedido. Pero al final no pudo encontrar nada razonable en ello y, suspirando, se levantó y fue a la cocina.

Obviamente, seguía siendo la peor juez del sexo opuesto que había existido. Al parecer, su destino la condenaba repetidamente a enamorarse del hombre equivocado y a verse atrapada en relaciones que causaban su desgracia.

Pero, en el caso de Banyon, ¿debía preocuparse? Lo único que le preocupaba a él era cómo reaccionaría Stuart si averiguara que se estaba acostando con su niñita.

Pero hacía tiempo que ella no era una niñita, y la forma de hacer el amor de Banyon la había vuelto loca. Y no tenía ningún problema en admitirlo. ¿No sería para reírse conseguir que volviera a hacérselo a pesar de sus objeciones y sus «vergüenzas»?

Rio un poco, pero enseguida sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Jake caminó una hora después de cenar, esperando que para cuando volviera a casa Carly ya estuviera en su habitación. Se sentía como si ese día hubiera tenido lugar una tragedia irremediable y él hubiera sido el causante. Con aquel pensamiento se mezclaba la preocupación de que Stuart llegara a enterarse de lo sucedido. Sin duda, Carly lo culparía de haberla seducido.

¿Pero era cierto que él la había seducido? ¿Acaso no se había mostrado ella tan dispuesta como él a tener relaciones? ¿Había dicho en algún momento que no, o había protestado? No. Se había mostrado tan ardiente y hambrienta de sexo como él, y aún podía sentir su lengua en la boca, y sus piernas rodeándolo por las caderas y atrayéndolo más y más profundamente hacia los placeres de su cuerpo.

Odiaba no poder dejar de pensar en ello, pero tampoco lograba

dejar de desear que las cosas fueran distintas, que pudiera entrar en la casa, subir al dormitorio de Carly y meterse con ella en la cama.

Verse en aquella encrucijada, sufriendo de nuevo por una mujer, le producía una furia casi incontenible. Finalmente, renunció a sus intentos de sutileza y tacto y entró en la casa por la puerta trasera.

Solo había dado unos pasos cuando oyó la voz de Carly procedente del despacho. Su corazón se encogió, porque enseguida quedó claro que estaba hablando con su Stuart.

-En serio, papá. ¿Por qué me permitiste no venir al rancho cuando era pequeña? Es un lugar maravilloso, y ahora me doy cuenta de lo que me perdí.

Jake se acercó a la puerta y se apoyó contra el quicio. Carly alzó la mirada.

-Jake acaba de llegar. Creo que ya hemos hablado de todo, así que le paso el teléfono. Adiós, papá. Vuelve a llamar cuando puedas.

Jake tomó el teléfono.

-¿Cuándo has vuelto, Stu?

-Hace un rato, Jake. Carly parece contenta, y quiero agradecértelo.

-No creo que sea gracias a mí.

-Estoy seguro de que algo tienes que ver en ello. Siento no haberte llamado desde Londres, pero entre la diferencia de horario y lo liado que he estado no he podido hacerlo.

-No te preocupes, Stu.

-Qué tal van las cosas por ahí? ¿Has atrapado ya al semental?

-Ojalá pudiera decir que sí, pero lo cierto es que ese diablo es muy escurridizo.

Carly sabía que debería levantarse y dejar el asiento tras el escritorio a Jake, pero desde donde estaba podía oler su loción para el afeitado, podía sentir su calor, podía mirarlo, observarlo de pies a cabeza, recordar sus besos y lo que había sentido teniéndolo dentro.

Una oleada de calor comenzó en la boca de su estomagó e irradió por todo su cuerpo. Lo deseaba... ¡oh, cómo lo deseaba! Se imaginó a sí misma bajándole la bragueta y acariciándolo allí mismo mientras hablaba por teléfono. ¿Tendría Banyon una erección de inmediato o se cortaría por su impúdico comportamiento?

Su deseo se aplacó en parte ante aquella posibilidad. No quería volver a recibir el desdén que había visto en el rostro de Jake después de su «encuentro» en la cocina. Frunció el ceño mientras trataba de recordar con exactitud su expresión. Ya no estaba tan clara en su mente como lo había estado, y ni siquiera estaba segura de que hubiera sido de desdén. Ni de asco. Ni de decepción.

Entonces, ¿de qué había sido?

Al darse cuenta de que su padre y Jake estaban hablando sobre el semental, apretó los labios. Si Banyon decía una sola palabra sobre matar al caballo le arrancaría el teléfono de la mano y le diría a su padre lo que pensaba al respecto.

-Tenemos una idea aproximada de dónde puede estar su guarida, Stu, pero no es una zona precisamente pequeña. Pero acabaremos por dar con él. Es solo cuestión de tiempo.

-¿Se ha llevado más yeguas?

-Hace un par de noches que no. De hecho, hace unos días que no lo ve nadie.

-Puede que se haya llevado las yeguas fuera del rancho.

-Lo dudo. No te preocupes, Stu. Lo atraparemos -Jake miró a Carly cuando dijo aquello para comprobar su reacción y se fijó en que las solapas de su bata estaban lo suficientemente abiertas como para permitirle ver gran parte del comienzo de sus pechos. No pudo apartar la mirada y tuvo que humedecerse los labios antes de volver a hablar.

Carly bajó la vista para comprobar qué estaba mirando tan atentamente y dejó las solapas de su bata como estaban. «Que mire», pensó. «Que desee... que recuerde».

Finalmente, Jake se despidió de Stu y colgó.

-Llevas la bata abierta -dijo, con cierta brusquedad.

-¿Y? -la expresión de Carly era todo un reto. Entonces, Jake dijo algo que la dejó anonadada.

-No me hagas esto -susurró-. No me tientes, Carly. No puedo volver a tocarte -añadió, y salió de la habitación.

Carly permaneció un rato sentada, desconcertada. Luego se levantó y se ajustó la bata. No había duda de que Banyon era un tipo muy extraño, y tal vez no era conveniente que anduviera tonteando con un hombre de naturaleza tan impenetrable.

Pero no podía negar que tentar a Jake Banyon resultaba realmente excitante.

¿Qué haría si entrara en su dormitorio, se quitara la bata y se metiera desnuda en su cama?

« ¡Volvería a hacerlo, idiota! », se reprendió. «Te haría el amor solo porque te tendría a mano, y luego te insultaría dedicándote una patética mirada de arrepentimiento. ¿Por qué te haces esto a ti misma? ¿Cuánto más dolor de corazón vas a poder soportar en tu vida?»

Asqueada consigo misma, apagó las luces de la planta baja y subió a su dormitorio.

Jake permaneció despierto largo rato, debatiendo consigo mismo algo que podría haberse titulado Ventajas y Desventajas de Mantener

una Relación Personal con la Hija de tu jefe.

Pero por muchas ventajas que encontrara en ello, había una desventaja que sobresalía entre todas: las relaciones personales eran algo totalmente impredecible, e incluso aunque él y Carly decidieran ir en serio y Stuart lo aceptara, algo podía ir mal en el último minuto. ¿Quién sabía mejor que él que una mujer podía cambiar de opinión respecto a un hombre cinco minutos antes de la boda?

Y ese sería el fin de su trabajo y del modo de vida que tanto se había esforzado en conseguir en el Caballo Salvaje.

Si era cobarde por su parte no querer arriesgarse, pues era un cobarde, pensó con amargura

Maldiciendo el día en que Carly había bajado de aquel helicóptero, apartó las sábanas, salió de la cama y fue hasta la ventana. Mientras contemplaba las luces del patio, una gran melancolía se apoderó de él y sintió el ardor de las lágrimas en los ojos.

¿Cómo podía haber sido tan estupido como para abrir aquella caja de truenos?, se preguntó, maldiciendo entre dientes.

Carly apagó el despertador sin apenas darle tiempo a sonar. Eran las tres de la madrugada, al menos una hora antes de la que se solía levantar Jake.

Había dejado todo preparado la noche anterior, y se vistió en la oscuridad haciendo el menor ruido posible. Tras recoger la linterna y las demás cosas que pensaba llevar consigo salió sigilosamente de la casa.

Había llegado la hora de su venganza, y no pudo evitar sonreír al pensarlo; de momento, su plan marchaba como la seda. Miró hacia los barracones y no vio ninguna luz en ellos. Los vaqueros seguían dormidos, pero Barney no tardaría en levantarse para empezar a trabajar en la cocina, de manera que más le valía darse prisa.

Esa mañana, Deke Johnson, o el hombre que Jake decidiera ponerle de guardaespaldas, podía irse a volar una cometa. Y también Jake. Ella pensaba ir al claro del bosque a mirar al semental y a sus yeguas, y nadie sabría a dónde había ido. ¿Y no sería increíble que el semental volviera a acercarse a ella de nuevo? En esa ocasión iba preparada con manzanas y zanahorias que ofrecerle, y también llevaba un par de sándwiches y una cantimplora para ella.

Oh, sí, iba a ser un día maravilloso.

Jake despertó sobresaltado, y permaneció en la cama, escuchando. Algo iba mal, algún sonido o movimiento fuera de lugar. Entonces comprendió. ¡El semental! El diablo aquel debía estar cerca del corral de las yeguas, tratando de convencer a alguna para que se uniera a su harén.

Saltó de la cama y se vistió a la velocidad del rayo. Bajó las escaleras de tres en tres y no paró de correr hasta que estuvo en el establo en el que guardaban las yeguas en celo.

Pero no encontró nada fuera de lugar. Frunciendo el ceño, salió al corral, donde tres yeguas lo miraron con expresión de curiosidad.

Pero no vio indicios del semental ni percibió ninguna agitación entre las yeguas.

Estaba empezando a pensar que todo había sido un sueño cuando oyó el sonido de unos cascos al galope. Procedía del pasto de los percherones. Corrió tan rápido como pudo desde el corral hasta los pastos.

Algunos caballos estaban dando vueltas sobre sí mismos, como si algo los hubiese alterado. ¿Pero qué? Un semental nunca se interesaba por los percherones. Aunque podía haber pasado entre ellos para ir a donde quería. Jake entrecerró los ojos y trató de ver más allá del pasto, pero estaba demasiado oscuro y tuvo que desistir al cabo de unos minutos.

Mientras regresaba a la casa trató de pensar racionalmente en lo sucedido. De lo único que estaba seguro era de que había oído el sonido de unos cascos alejándose al galope. El resto, lo que lo había despertado, por ejemplo, probablemente permanecería para siempre en el misterio.

Pero en realidad no había ningún misterio, pensó, irritado. Con aquel semental suelto y buscando constantemente nuevas yeguas, ¿quién con un poco de sentido común iba a cuestionarse unos ruidos nocturnos?

Capítulo 8

Carly regresó al rancho poco antes de las diez de la mañana, muy decepcionada. El semental y las yeguas no estaban en el claro. Había huellas de ellos por todas partes, pero se habían trasladado. Pero lo que de verdad le decepcionaba era su papel en la pérdida del rastro de aquellas valiosas yeguas. Si le hubiera hablado a Jake del lugar en que las había visto, ya las habrían recuperado. Y ella podría haber chantajeado previamente a Jake para que no mataran al caballo.

Sí, podría haberlo hecho todo mucho mejor. Arrastrando cansinamente los talones, entró en la casa y dejó la linterna, el morral y la cantimplora en la mesa. Estaba preparando la cafetera cuando Jake entró en la cocina.

Carly dio un respingo y él también.

-Dios santo, haz algún ruido, o algo -protestó ella-. No aparezcas así de repente. Pensaba que estabas fuera.

-Y yo pensaba que estabas en tu cuarto, dormida. ¿Dónde has ido?

-No es que sea asunto tuyo, pero he salido a cabalgar -Carly terminó de preparar la cafetera y la encendió.

-Pues debes haber salido realmente temprano para estar ya de vuelta -Jake recordó de pronto lo sucedido esa madrugada, cuando despertó al oír algo raro-. ¡Así que tú hiciste el ruido que oí esta mañana!

Carly lo miró directamente a los ojos.

-Me he ido temprano para que no pusieras a nadie siguiéndome los pasos como si fuera una criminal o algo parecido.

-No seas tan melodramática. Sabes muy bien por qué le pedí a Deke ayer que te hiciera compañía.

Carly sonrió con dulzura.

-¿Para salvarme de mí misma?

-Maldita sea, Carly. Si te sucediera algo mientras estás aquí, ¿cómo iba a explicárselo a tu padre?

-¿Es que lo único que te preocupa es lo que pueda hacer o decir mi padre? Cambia de canción, Banyon.

-Resulta que respeto a Stuart Paxton -dijo Jake en tono helado-, y él me respeta a mí. Puede que eso no signifique nada para ti, pero para mí significa mucho.

-Claro, y ese es el motivo por el que sedujiste a su hija a los pocos días de conocerla.

Jake se puso rojo como la grana, y Carly gimió internamente. ¿Por qué abría a veces la boca sin pensar?

-Lo siento -dijo, rápidamente-. Tú no fuiste más culpable que yo.

Jake no creyó en la sinceridad del intento de Carly de compartir la culpa con él. Él había sido el único culpable de lo sucedido. No fue precisamente ella quien tomó la iniciativa.

-Sé que lo que hice no estuvo bien, y lamento lo sucedido -dijo, secamente-. Pero te aseguro que no volverá a suceder.

Aquella declaración, o promesa, o lo que fuese, no gustó nada a Carly. Observó a Jake mientras salía de la cocina y supuso que esa mañana debía estar trabajando en el despacho.

-Cretino -murmuró, mientras esperaba a que el café saliera. De manera que lamentaba lo sucedido. .Lamentaba haber hecho el amor con ella.

«Pero te aseguro que no volverá a suceder».

El humor de Carly fue cambiando según recordaba las palabras de Jake. De manera que no iba a volver a suceder... Habría apostado lo que fuera a que podía lograr que volviera a suceder. Solo pensar en cómo habían hecho el amor hacía que todo el cuerpo le cosquilleara, y le asombraba que ella, una mujer que nunca había disfrutado demasiado del sexo, estuviera allí sentada planeando la seducción de un hombre que acababa de decirle, y no por primera vez, que ent re ellos no volvería a haber nunca nada personal o íntimo.

-Ah, ¿sí? -susurró, mientras un excitante escalofrío recorría su espalda. Se puso en pie, recogió sus cosas de la mesa y subió corriendo las escaleras a su dormitorio. Allí se desnudó, tomó su neceser, eligió su bata más bonita y entró al baño a darse una rápida ducha.

En diez minutos, vestida tan solo con la bata y oliendo deliciosamente, volvió a la cocina, sirvió dos tazas y las llevó al despacho. Jake, que se hallaba sentado al escritorio, alzó la mirada, sorprendido.

-He pensado que te apetecería una taza de café -ronroneó Carly, y se inclinó sobre el escritorio para apoyar una mano junto a la de Jake, sabiendo que el escote de la bata le ofrecería una buena visión de sus pechos.

-Uh... gracias -balbuceó él. Sus ojos se oscurecieron perceptiblemente debido al paisaje que Carly acababa de ofrecerle, pero enseguida supo lo que se traía entre manos y decidió que no iba a dejarle salirse con la suya. Aquella mujer era tan bella y sexy que ya estaba sufriendo, pero tenía que detener aquello como fuera. Carly no entendía que él estaba luchando por su vida; probablemente, para ella aquello no era más que un juego. Si era posible, actuaría con tacto, pero aquel iba a ser el final del asunto. Cuando volvió a hablar, no balbuceó en lo más mínimo-. Veo que también has traído café para ti, así que siéntate.

-Gracias -Carly apartó la silla que se hallaba ante la mesa, se sentó y cruzó las piernas. Por supuesto, la derecha asomó ampliamente por la abertura de la bata-. ¿En qué estás trabajando? -preguntó, en tono inocente.

Jake dio un sorbo a su café y se aclaró la garganta. Aquella bata y el modo en que Carly la llevaba podría volver loco a cualquier hombre.

-Solo me estoy ocupando del papeleo -dijo, tan despreocupadamente como pudo-. Lo típico.

-¿Lo «típico» significa pagar recibos?

-Sí, eso es lo típico -contestó Jake. Había visto sus pechos, de manera que no llevaba sujetador. ¿Significaría eso que tampoco llevaba braguitas? Pensar que estaba totalmente desnuda bajo la bata resultó tan provocativo que temió perder la batalla si no conseguía sacarla rápidamente de la oficina-. ¿Por qué llevas una bata? -preguntó-. Hace un momento estabas completamente vestida.

-He tomado una ducha y me he puesto esto para tomar mi primer café de la mañana. Entonces he pensado que tal vez te gustaría tomar uno.

-Ya veo. No se te ha ocurrido traerme el café hasta después de ducharte y ponerte la bata sin nada debajo -Jake miró a Carly con dureza-. Estás mintiendo. Te has puesto esa bata a propósito para excitarme.

-¿En serio? -dijo ella con irónica calma.

-Sí, en serio. Y te has inclinado sobre el escritorio para que te viera los pechos. Ahora estás sentada con una preciosa pierna expuesta, y no trates de hacerme creer que es algo accidental. ¿Te importaría si te dijera lo que estoy pensando?

-En absoluto -murmuró Carly seductoramente.

-Muy bien. Si abrieras la bata y separaras las piernas en la silla vería todo lo que tienes. Por mí no hay problema. ¿Qué piensas tú?

Carly se quedó boquiabierta.

-No hablas en serio.

-Pruébame. Si tú me enseñas lo tuyo, yo te enseñaré lo mío -Jake sabía que la había desconcertado; eso era lo que pretendía. Pero a él le desconcertó que ella no saltara de inmediato de la silla y saliera corriendo. ¿No se sentía insultada por su cruda propuesta?

Entonces fue él quien se quedó boquiabierto, porque Carly había empezado a soltarse el cinturón de la bata. Fue él quien saltó de la silla para sujetarle las manos.

-No lo hagas, Carly. No lo decía en serio. Ella ladeó la cabeza y lo miró a los ojos.

-Pero te gustaría, ¿verdad?

Jake tuvo que humedecerse los labios.

-Esa no es la cuestión. Trata de entenderme, Carly. No puedo hacer esto. No pienso poner en peligro mi relación con tu padre por una aventura veraniega.

-Una aventura veraniega -repitió Carly-. Sí, supongo que eso es todo lo que podría llegar a ser. Pero deja que te diga algo, Jake. Nunca había disfrutado realmente del sexo antes, pero disfruté haciéndolo contigo. ¿Cómo voy a olvidar lo que me hiciste sentir? Si yo me conformo con una aventura veraniega y papá no se entera, aunque estoy segura de que no le importaría si se enterara, ¿qué daño habría en ello? Tú y yo dormimos solos en la casa. De hecho, nadie viene nunca por aquí, ni siquiera de día. Piensa en el verano que podríamos pasar.

Jake sintió que su determinación comenzaba a desmoronarse. Carly estaba hablando de ¡contables gozos, de hacer el amor cuando y donde les apeteciera. Podría abrirle la bata en aquel mismo instante y tomarla allí mismo...

Haciendo un esfuerzo supremo, se irguió y se apartó de su silla.

-No -dijo, con aspereza-. Y ahora, ve a vestirte y búscate algún otro idiota al que fastidiar.

Carly se levantó lentamente.

-Tú si que eres idiota, Banyon -dijo, haciendo una mueca de desprecio-. No me extraña que seas la persona más miserablemente infeliz que he visto -añadió, y a continuación salió del despacho.

Jake se quedó mirando la puerta con expresión de perplejidad. Él no era miserablemente infeliz. ¿Por qué habría dicho Carly algo así?

Carly siguió con la bata solo para demostrarle a Jake que iba a hacer lo que le diera la gana. Sacó el aspirador, le cambió la bolsa y se dedicó a limpiar el cuarto de estar. Para las cuatro de la tarde relucía. Sólo le faltaba una mano de pintura.

Jake debía haberse ido de la casa en algún momento, pero ella había hecho todo lo posible por no pensar en el.

En lugar de ello, se concentró en el semental y las yeguas. ¿Dónde estarían? ¿Seguirían en el rancho?

Tenía que volver a encontrarlos. Si Jake o alguno de sus hombres encontraban antes al semental, acabaría convirtiéndose en comida para perros.

Cuando Jake volvió a la casa esa tarde encontró una nota sujeta al marco de la puerta de la cocina. Evidentemente, Carly no quería que la pasara por alto. La tomó y la leyó.

Jake:

Mañana por la mañana saldré a cabalgar de nuevo. Prefiero hacerlo por la mañana y prefiero hacerlo sola, así que no hagas que me sigan. Si veo a alguien siguiéndome, armaré tal jaleo que lamentarás haber nacido.

Carly.

Jake masculló una maldición y arrojó el papel a una papelera. Miró su reloj y decidió que aún no era demasiado tarde como para llamar a Stuart. Este respondió enseguida.

-Espero no molestarte, Stu.

-En absoluto, Jake. ¿Se encuentra bien Carly?

-Perfectamente. Pero te llamo por ella. Me gustaría que alguien la acompañara cuando sale a cabalgar, pero ella insiste en que quiere ir sola. El otro día le dije a Deke Johnson que se pegara a ella y Carly se enfadó mucho. Me preocupa que algún día se aleje demasiado y se pierda. ¿Qué piensas? ¿Te parece que me estoy preocupando por nada?

-Yo no diría eso -dijo Stuart lentamente-. Me pregunto por qué quiere cabalgar sola. Supongo que ninguno de los hombres le habrá dicho nada inadecuado, ¿no?

-No -contestó Jake de inmediato-. Carly come con los hombres de vez en cuando y parece llevarse perfectamente con ellos. Y los hombres se muestran muy educados con ella, como debe ser.

-No sé cómo enfocar esto, Jake. Cuando he hablado con Carly me ha parecido más feliz y relajada que en mucho tiempo. La estancia en el rancho debe estar sirviéndole para relajarse. ¿Es posible que esté buscando por su cuenta al semental y no quiera que tú lo sepas? Siempre le han encantado los animales. Cuando era pequeña solía traer a casa a todos los gatos y perros extraviados que encontraba.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jake. Había dejado creer a Carly que tenía intención de matar al caballo cuando lo encontraran, y debería haberle aclarado aquello desde el primer momento. Debía decirle la verdad, y debía hacerlo enseguida.

-Puede ser. Será mejor que hable con ella antes de acostarme.

-Buena idea.

Tras colgar, Jake permaneció un rato sentado, pensando. Había cometido demasiados errores con Carly, y debía enmendarlos cuanto antes. Si estaba buscando al semental, podía sucederle cualquier cosa. ¿Y si se topaba con un oso? No había demasiados por aquella zona, pero de vez en cuando aparecía alguno.

Se levantó, subió a la segunda planta y se detuvo ante el dormitorio de Carly. Llamó a la puerta.

-¿Carly?

Carly estaba leyendo en la cama, y apenas podía creer que Jake estuviera llamando a su puerta.

-Qué? -preguntó, irritada. ¿Habría cambiado de opinión el muy bellaco? Cuando ella se había echado en sus brazos esa mañana la había rechazado sin contemplaciones. ¿Acaso creía que una mujer olvidaba algo así?

-Tengo que hablar contigo -dijo Jake-. Es importante.

-Lo dudo mucho -replicó Carly en tono sarcástico.

-¡Tengo que hablar contigo!

-¡Vete! Estoy en la cama.

-No me voy a ir. Voy a entrar.

-¡Ni se te ocurra! -la puerta se abrió y Jake pasó al dormitorio-. ¡Descarado! -exclamó Carly, y dejó a un lado el libro para cubrirse con las sábanas.

-Cálmate -dijo Jake, molesto-. Hoy has intentado todos los trucos posibles para seducirme y ahora me gritas porque entro en tu dormitorio. Es realmente difícil comprenderte.

-No te esfuerces en hacerlo; tu minúsculo cerebro no da para tanto. ¿Qué quieres?

-Tengo que decirte algo -Jake tomó una silla y la acercó a la cama-. Estoy seguro de que no te molesta que me siente a charlar un rato.

-Corta el rollo, Banyon. ¿Qué es tan importante que no puede esperar a mañana? ¡Y no se te ocurra decirme que Deke o alguno de tus hombres va a acompañarme, porque no va a ser así! Iré a cabalgar cuándo y a donde me plazca, ¡y nada va a detenerme!

-Puede que lo que tengo que decirte te haga cambiar de opinión.

-Qué? -dijo Carly, repentinamente suspicaz. Y cautelosa. ¿Qué podía tener que decirle Jake que fuera a hacerle cambiar de opinión? De pronto lo supo. El semental. Lo habían encontrado y lo habían matado. Empezó a sollozar histéricamente, pero logró espetar-: ¡Bastardo!

Jake se quedó boquiabierto.

-Por qué soy un bastardo? ¿A qué viene eso? ¿Y por qué estás llorando?

Carly no podía seguir quieta un segundo más y apartó las sábanas. Jake tuvo que tragar saliva al ver su brevísimo camisón, y cuando Carly bajó de la cama vio mucho más que eso: no llevaba braguetas. El corazón se le encogió a la vez que otra parte de su anatomía se expandía. ¿Cuánto podía soportar un hombre antes de desmoronarse por completo?

Carly rozó las rodillas de Jake al pasar junto a él para ponerse a caminar de un lado a otro de la habitación.

-No creas que vas a librarte de la justicia divina -dijo, sollozando.

Jake se puso en pie, exasperado.

-¿De qué estás hablando? Yo no he hecho nada, Carly. Solo he venido a hablar. ¿En qué diablos estás pensando?

-En el semental. ¡Has matado al semental!

-¡Eso no es cierto! ¿Quieres calmarte de una vez y escucharme al menos tres segundos? Nadie ha disparado al caballo. Hace días que nadie lo ha visto. He venido a tu dormitorio para disculparme por haberte dejado creer que existía la posibilidad de que decidiera matarlo. En realidad, esa opción nunca ha existido.

Carly lo miró un largo momento. Luego gritó:

-¡Estás mintiendo! Planeabas matarlo. Me lo dijiste el día que llegué.

-Solo porque estabas siendo muy irritante.

-¿Irritante? -repitió Carly, incrédula-. ¡Tú si que fuiste irritante! ¡De hecho, sigues siéndolo!

-Probablemente tengas razón. Pero contéstame a esto Carly: si tú me irritas tanto y yo te irrito tanto, ?por qué cada vez que nos miramos solo podemos pensar en el sexo?

-¡No es cierto! Al menos en mi caso.

-¿Y quién es el que miente ahora? Lo estás pensando ahora mismo -Jake supo que debía salir del dormitorio, pero era como si alguna otra persona controlara su cuerpo y, en lugar de irse, avanzó hacia

Carly.

Ella observó cómo se acercaba y se frotó rápidamente las lágrimas de los ojos.

-Sabes que no voy a decir no, ¿verdad? -dijo, roncamente-. Aunque yo no sé eso de ti, tú sí lo sabes de mí. No es justo, Jake. A ti te resulta tan fácil resistirme que yo debería poder hacer lo mismo. ¿Por qué no puedo?

-No creas que resistirme a ti ha sido fácil -Jake la tomó entre sus brazos y empezó a besarla. Era tan agradable dejarse llevar y hacer lo que había deseado desde el día que hicieron el amor en la cocina. Y el cielo sabía que tenía permiso de Carly para hacerlo. No podía haber sido más explícita que ese día en el despacho. Quería sexo con él, y lo quería a menudo.

Y él también, de manera que había llegado el momento de enfrentarse a su debilidad por Carly Paxton y de hacer lo que ambos necesitaban tan desesperadamente.

-Voy a hacerte el amor hasta dejarte sin sentido -susurró-. Cada mañana, cada noche, durante el día, en medio de la noche. Más vale que te traslades a mi dormitorio.

Carly abrió la boca para que él penetrara en ella con su lengua y gimió. Lo deseaba tanto que casi dolía. Jake había deslizado las manos bajó su camisón y le estaba acariciando las nalgas. Todo aquello era pura magia...

Excepto por una cosa. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, lo empujó para apartarlo de su lado. Él la miró con expresión aturdida, interrogante.

-No hasta que sepa con certeza que el semental sigue vivo -dijo, sin aliento.

-¿Cómo vas a saberlo? Solo Dios sabe dónde estará. Carly, los dos estamos ardiendo. Hoy has dicho que podíamos pasar un verano estupendo, y es cierto, corazón -Jake vio que la duda no desaparecía de la mirada de Carly-. Sigues pensando que he encontrado al semental y lo he matado, ¿verdad?

-Si no lo has hecho, ¿dónde está? -Carly se acercó a la puerta y la abrió-. Te he dicho que no podía decir no, pero puedo. Sal de mi dormitorio, por favor.

-Mañana vas a salir en busca del semental, y yo también. ¿Por qué no vamos juntos?

Carly dudó un momento. Luego dijo:

-No, no me fio de ti.

-¡Maldita sea! Ya te he dicho que nunca he tenido intención de matar al semental.

-Discúlpame, pero me cuesta superar mis dudas después de comprobar lo furioso que te pone que robe las yeguas del rancho.

-¡Sí, me pone furioso, pero eso no me convierte en un asesino de animales!

-¿No? No estoy segura de eso. Vete a la cama, Jake. Esta noche no vas a obtener nada de mí.

-Estás sentenciándonos a ambos a no obtener nada -le recordó él.

-¿Crees que no lo sé? Cuando aparezca el semental podremos jugar. De muchas formas. Vete a la cama y en lugar de contar ovejas imagina la cantidad de formas en la que un hombre y una mujer pueden hacerse mutuamente felices.

-Eres una mujer cruel, Carly.

-Fueron los hombres los que me enseñaron a ser cruel, Jake. Buenas noches.

Capítulo 9

Jake fue a su cuarto, pero no se metió en la cama. Estaba demasiado agitado como para intentar dormirse. Pero no era solo el deseo frustrado el motivo de su agitación. Para él, el deseo era algo sencillo. Se trataba de algo físico, que no implicaba al corazón. Pero aunque lo que estaba sufriendo por Carly era indudablemente físico, su corazón, su alma y sus emociones parecían unidas y agarrotadas en un gran nudo.

Trató desesperadamente de encontrar la clave para deshacer el nudo, porque apretaba tanto que incluso le costaba respirar. ¿Cómo había podido ser tan estúpido como para colarse por la hija de su jefe?

Pero a pesar de la testarudez de Carly y de todas las complicaciones que le estaba causando, no podía permitir que se moviera sola por los cuatro mil acres de terreno del rancho en busca de aquel maldito semental.

Entrecerró los ojos mientras una idea empezaba a tomar forma en su cerebro. Sí, esa podía ser la respuesta, pensó cuando la idea apareció ante él con toda claridad. Carly solo lo averiguría si tenía algún problema. Entonces descubriría que no había estado sola en ningún momento, y cuando alguien apareciera como por arte de magia para salvarla, en lugar de enfadarse se sentiría agradecida.

Salió resueltamente de su habitación y volvió a llamar a la puerta de Carly.

-tA qué hora piensas salir a cabalgar mañana? -preguntó.

Carly, que estaba tumbada en la cama mirando el techo, esperando a que se calmara su libido, frunció el ceño.

-¿Por qué quieres saberlo? -preguntó, suspicaz.

-Solo porque si vuelvo a oírte a las tres de la mañana no tendré que levantarme para asegurarme de que no se trata de un ladrón.

-Supongo que eso tiene sentido -concedió Carly--. No me levantaré hasta las cinco, así que supongo que me iré hacia las cinco y media.

-De acuerdo, gracias. Hasta mañana.

Carly volvió a fruncir el ceño. Al parecer, Jake había aceptado su decisión de cabalgar sola, a pesar de que ya sabía que lo que iba a hacer era buscar al semental. Resultaba muy irritante.

«Podrías haber pasado el día con él, ya lo sabes. Ha sugerido que unierais vuestras fuerzas para ir en busca del caballo».

-Oh, cállate -murmuró a su molesta voz interior, y a continuación apagó la luz.

Antes de salir de la casa, Jake pasó por el despacho y sacó de un armario una caja con varios transmisores receptores portátiles. Luego

fue a los barracones, donde los hombres que aún no se habían acostado lo miraron con curiosidad. Los demás se levantaron para averiguar qué quería.

-Mañana tenemos un trabajo especial -dijo Jake, y dejó la caja sobre una mesa-. Todos, excepto Barney. Cada uno de nosotros llevará un transmisor para permanecer en contacto -se acercó al mapa del rancho que se hallaba en una de las paredes del barracón-. Carly Paxton planea salir poco después de las cinco de la mañana. Nosotros saldremos una hora antes. Barney, necesitaremos unos sándwiches para el camino. Joe, quiero que tú te apostes en Logan Creek. Ocúltate tras los árboles. Pete, tú sube a esta colina y utiliza los matorrales para que la señorita Paxton no te vea -Jake fue señalando determinados puntos en el mapa y asignándolos a cada hombre-. Yo iré tras ella, lo suficientemente distanciado como para que no me descubra. Cada uno de vosotros me mantendrá informado de la ruta que siga.

Fue Barnye quien formuló la pregunta que todos tenían en la cabeza.

-¿Qué sucede, Jake? ¿Tienes miedo de que vuelva a perderse?

-Carly no ha estado cabalgando estos días por puro placer, Barney; ha estado buscando al semental. ¿Y si encuentra su rastro y decide seguirlo? Todos sabemos que el terreno es peligroso en muchas zonas del rancho, y ella no sabe con qué problemas puede encontrarse -mirando a cada hombre a los ojos, preguntó-. ¿Habéis entendido todos lo que vamos a hacer mañana? Y puede que no sea solo mañana. Voy a tratar de convencer a Carly para que deje de preocuparse por ese caballo, pero mientras no lo logre seguiremos protegiéndola.

-Sin que ella lo sepa -murmuró Deke Johnson.

-Exacto, Deke, sin que ella lo sepa. Creo que somos suficientes para hacerlo. ¿Alguna pregunta?

-No.

Jake salió del barracon satisfecho, seguro de que cada hombre cumpliría con su misión al día siguiente. En cuanto al trabajo regular del rancho, tendría que esperar. Lo más importante en aquellos momentos era la vida de Carly. Ella no sabía con qué se podía encontrar si volvía a perderse, y él no iba a permitir que eso sucediera. Y no estaba haciendo aquello por Stu; tal vez ni siquiera por Carly. Lo estaba haciendo por sí mismo. Se odiaría eternamente si Carly resultara herida, o algo peor.

Cuando el despertador sonó a la mañana siguiente, Carly se irguió y lo apagó. Mientras salía de la cama se preguntó si aquello era realmente necesario. ¿No sería más fácil creer que Jake no tenía intención de matar al semental? Podía dormir unas horas más y

levantarse a una hora razonable para seguir limpiando la casa.

Pero, ¿y si no debía creerlo?

Media hora después cabalgaba hacia las colinas. Se volvió en la silla de montar y miró hacia atrás. Aunque no había visto a nadie mientras ensillaba su caballo, tenía la peculiar sensación de que había alguien cerca.

-Extraño -murmuró, volviendo a mirar al frente. Tenía la absurda sensación de ser observada por docenas de ojos. Era una idea ridícula, por supuesto, causada probablemente por la semioscuridad y el silencio reinantes.

Diciéndose que no debía dejarse llevar por la imaginación, siguió avanzando.

Jake tenía el volumen de su transmisor muy bajo, de manera que apenas oía las voces de sus hombres.

-Se dirige al pie de las colinas, Jake.

-Está a punto de entrar por los pinares de Baker Hill.

-Está en el bosque, Jake. Ya no puedo verla. ¿Qué quieres que haga ahora?

-Quédate donde estás, Joe. Puede que de la vuelta. Yo voy a seguir su rastro. Creo que sé a dónde va. Corto y cierro.

Jake se preguntó por qué Carly no dejaba de ir al lugar en que el semental le robó a Goldie, pero la pregunta solo sirvió para hacerle comprender que no le había contado todo. Maldijo entre dientes.

Las mujeres eran criaturas realmente extrañas, difíciles de entender para un hombre.

-Por qué nos haría Dios tan diferentes? -murmuró.

Y entonces, por primera vez en muchos años, pensó en su madre. Fue una mujer dulce y sonriente, con una voluntad de hierro. Y su padre fue un hombre de hierro con una dulzura subyacente que pocos llegaban a atisbar. Y fueron felices juntos. De manera que la gente no tenía por qué ser igual para encontrar esa magia especial que podía mantenerlos unidos durante toda la vida.

Jake sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. Qué trágico que su madre muriera tan joven y que su padre tuviera que vivir sin ella durante tantos años.

-Pero quién dijo que la vida fuera justa? -murmuró, emocionado.

Cuando Carly llegó al claro lo encontró vacío, como el día anterior. El semental debía haber sentido el peligro y se había llevado a las yeguas a otro lugar más seguro. Decepcionada, cabalgó en círculos, preguntándose qué habría asustado al caballo. ¿Se habrían acercado demasiado a su refugio los hombres que Jake enviaba en su busca a dirario? ¿Qué podía haberlo asustado? ¿Un oso pardo? ¿Un puma?

Miró a su alrededor con repentina cautela y detuvo al caballo. Reinaba un silencio inquietante y sintió que se le ponía la carne de gallina.

Dio un sorbo a su cantimplora sin dejar de mirar a un lado y a otro. Algoo o alguien la estaba observando. ¡Aquella inquietante sensación no podía deberse solo a su imaginación! ¿Y si era un oso pardo?

-Oh, Dios -susurró, a la vez que hacía avanzar de nuevo a su montura. Pero enseguida se dijo que había tenido la misma sensación poco después de salir del rancho y allí no había ningún oso. Se estaba comportando como una chiquilla en la oscuridad.

Jake se preguntó qué estaría pensando Carly. El claro en el que estaba parecía interesante. No había duda de que algún animal grande había pastado allí recientemente. Pero hasta que Carly siguiera avanzando no iba a poder comprobar qué clase de animales habían utilizado aquel lugar para comer y refugiarse.

Mientras, Carly estaba dudando. Creía haber encontrado un rastro reciente en el lado más apartado del prado. Tal vez, el semental había llevado a sus yeguas al siguiente claro. Suponiendo que existiera tal claro, por supuesto.

Todo lo que tenía que hacer era seguir el rastro y mantenerse alerta. Podía hacerlo. ¡Sabía que podía hacerlo! Sin pensárselo dos veces, entró de nuevo en la penumbra del bosque.

-Carly, Carly -murmuró Jake en el otro extremo del claro-. ¿A dónde vas ahora?

El bosque se volvía más espeso en la zona por la que Carly se había adentrado. Tal vez había encontrado un rastro que le había hecho creer que se estaba acercando al semental y a sus yeguas.

En cuanto desapareció de su vista, Jake avanzó y se quedó asombrado con lo que estaba viendo. ¡De manera que aquel era el lugar en que el semental había tenido oculto a su harén! Y Carly lo había encontrado por su cuenta. Probablemente, habría visto al caballo con sus propios ojos y no se lo había dicho a nadie para protegerlo.

-¡Maldita sea! -exclamó, enfadado, recordando la noche en que Carly cenó con los hombres y la suspicacia que despertó en él su ufana expresión. Ese debió ser el día en que encontró el claro, y si él no hubiera sido tan patoso y le hubiera hecho creer que existía la posibilidad de que hiciera matar al semental cuando lo encontraran, ella le habría revelado su descubrimiento. Ya habrían recuperado a las yeguas y los hombres estarían ocupándose de sus tareas, y no siguiendo el rastro de Carly para asegurarse de que no se rompiera el

cuello.

Rabioso consigo mismo, apretó el botón del transmisor.

-¿Puedes oírme, Deke?

-Apenas, Jake.

-Es porque estoy en el bosque. Carly se dirige al sur. Si sigue así puede que salga cerca de la antigua mina. Quiero que llames a cada hombre y los situes de manera que vean bien el pie de las colinas. Quiero que me aviséis de inmediato cuando salga del bosque. Corto y cierro.

-De acuerdo, Jake. Corto y cierro.

Impulsando a su caballo con las rodillas, Jake se encaminó hacia el lugar por el que había desaparecido Carly.

El sol había desaparecido. Todo lo que Carly podía ver del cielo eran unos fragmentos de nubes altas que debían haberlo ocultado. Se dijo que no debía asustarse, pero lo cierto era que sin el sol se había quedado sin referencia direccional.

Al menos, estaba segura de que el rastro que seguía era el correcto. No dejaba de encontrar huellas de cascos y excrementos de caballo, y no podía darse la vuelta para deshacer el camino andado. Sabía que sería un milagro que volviera a encontrar al semental y a sus yeguas, pero podía suceder, y ella intuía que iba a suceder.

Pero no sería así si se asustaba y renunciaba en aquel momento crucial.

Le dolían la espalda y las piernas de llevar montada tantas horas. Eran las cuatro y media,, y los hombres se estarían preparando para comer en el rancho. Se preguntó si alguien la habría echado de menos.

-Probablemente no -murmuró. Ya que raramente aparecía por el comedor, ¿por qué iban a echarla de menos?-. Pero estarás de vuelta antes del anochecer -se dijo, valientemente. Era algo que no debía dejar de repetirse, porque sabía que se había alejado mucho.

De pronto, sin previa advertencia, se encontró en campo abierto. Ante ella vio un montón de maquinas y estructuras de extraño aspecto.

Enseguida dedujo que se trataba de una mina parada, pues la maquinaria estaba claramente oxidada.

Pero quienquiera que fuese el dueño de la mina, estaba claro que no quería extraños por allí, pues el lugar estaba lleno de carteles prohibiendo el paso.

De pronto, mientras se preguntaba si se hallaría al sureste o al suroeste del rancho, vio algo que la dejó sin aliento: el semental y las yeguas pastaban tranquilamente al otro lado de la mina.

Los había encontrado. ¡Era increíble! Sintiéndose como si hubiera

encontrado el puchero lleno de oro al final del arcoiris, desmontó y condujo su montura hacia uno de los edificios que formaban parte de la antigua mina, pero lo encontró cerrado.

Decidió dejar el caballo atado a un poste y caminó hacia otro edificio más pequeño que se hallaba a la derecha del primero. Avanzaba sobre unos viejos tablones cuando oyó un fuerte crujido a sus pies. Un instante después caía al vacío. Aterrizó con un golpe seco en el fondo de un profundo agujero, con el tobillo izquierdo retorcido bajo la pierna. Un intenso miedo se apoderó de ella.

-Oh, no -gimió al sentir una intensa punzada en el tobillo. Nadie la encontraría nunca allí. Ni siquiera tenía sentido ponerse a gritar, porque no había nadie cerca para oírla.

Jake había sido testigo de todo lo sucedido, y cuando vio que Carly desaparecía en el agujero, temió que su corazón dejara de latir. Pero no podía preocuparse por sí mismo. Carly podía estar seriamente herida.

Jake sabía exactamente dónde estaba, y al menos tres de sus hombres se hallaban cerca, porque se había mantenido en contacto con ellos y se había asegurado de que supieran dónde se encontraba. Avanzó con su caballo todo lo que pudo. Luego desmontó y corrió hacia el agujero en el que había desaparecido Carly.

Se arrodilló y se asomó al borde.

-¿Carly? ¿Te encuentras bien? ¿Puedes oírme? ¿Puedes hablar?

Carly alzó la mirada.

-¿Jake? ¿Qué haces aquí?

-Te lo contaré más tarde. ¿Estás herida?

-Creo que me he hecho un esguince de tobillo.

-¿Eso es todo? ¿No te has roto nada?

-No, no me he hecho nada más.

-¿Estás segura? No quiero moverte si existe la posibilidad de que...

-¡Ya te he dicho que estoy bien! -para demostrarlo, Carly se sujetó a una madera y se levantó, apoyándose tan solo en el pie derecho-. ¿Me crees ahora?

-Sí. De acuerdo. Voy a por mi lazo para sacarte. Solo tardo unos minutos, así que no te asustes, ¿de acuerdo?

-No estoy asustada -dijo Carly, impaciente-. Me interesa más saber qué haces aquí que mi tobillo. ¿A qué has venido aquí?

-A salvarte la vida, ¿a qué si no? -Jake se levantó y corrió de vuelta a su caballo. En lugar de tomar de inmediato el lazo que colgaba de la silla, tomó la radio.

-¿Estás ahí, Deke?

-Por supuesto, Jake. ¿Qué sucede?

-Estoy en la vieja mina. Carly también. Por cierto, el semental y las yeguas están pastando al otro lado de la mina, sin prestarme la más mínima atención.

-¿Bromeas? ¿Has encontrado al semental?

-Lo ha encontrado Carly. Yo me he limitado a seguirla -dijo Jake, en tono ligeramente cínico-. Carly y yo emprenderemos el regreso en unos quince minutos. Se ha torcido un tobillo, así que quiero que esté de vuelta en el rancho cuanto antes. Entretanto, reúne a tres o cuatro hombres y ocúpate de que recuperen las yeguas y las lleven al rancho. Tendréis que actuar con mucha cautela con el caballo. En cuanto vea a un hombre saldrá corriendo, así que atrapadlo si podéis, pero si no, no os preocupéis. Lo más importante ahora son las yeguas.

-Comprendo. ¿Algo más?

-Creo que no. Corto y cierro.

Tras guardar la radio, tomó el lazo y volvió rápidamente al agujero.

-Voy a lanzarte una cuerda, Carly. Átala en torno a tu cintura y yo tiraré de ti.

-¿Vas a tirar de mí hasta arriba? No creo que puedas. Peso bastante.

-Trata de hacerlo sin discutir, ¿de acuerdo? Si no funciona, bajaré a por ti. De un modo u otro te sacaré del agujero.

-Antes de que hagas nada -replicó Carly en tono beligerante-, quiero saber cómo es que has aparecido tan oportunamente por aquí.

-¡Haz el favor de cerrar tu sexy boca por una vez en tu vida y átate la cuerda a la cintura!

-¿Mi «sexy» boca? ¿Me has estado siguiendo todo el día, Jake?

-¡Dios santo! ¿Es que no vas a callar nunca? ¡Haz el favor de atarte la maldita cuerda en torno a la cintura.

Les llevó unos minutos pero, finalmente, Carly salió del agujero. Tambaleándose sobre su pie bueno, apoyó las manos en los hombros de Jake mientras él le soltaba la cuerda.

-Gracias -dijo-. Si no me hubieras seguido, quién sabe cuánto tiempo habría tenido que pasar ahí dentro. Pero aún no me has dicho porque has decidido pasarte el día siguiéndome. ¿Creías que sabía algo que tú no sabías?

Jake la miró directamente a los ojos.

-Y así era, ¿no? Sabías exactamente dónde se escondían el semental y las yeguas.

Carly le devolvió la mirada, pero no dijo nada. Luego, ambos miraron en dirección al lugar en que los caballos pastaban.

-¡Son tan bonitos! -dijo ella, emocionada.

-Sí -asintió Jake-. Lo son -volvió a mirar a Carly y, con voz ronca, añadió-: Tú sí que eres bonita.

Cuando ella vio el brillo de sus ojos supo exactamente en qué estaba pensando. Su pulso se aceleró al instante.

-Tú también eres... bonito -susurró. De pronto, se sintió tan llena de tensión sexual que si Jake le hubiera hecho la más mínima sugerencia se habría tumbado directamente en el suelo para ofrecerse a él.

Casi con pesar, Jake dijo:

-Vamos. Voy a llevarte hasta ese viejo banco para que puedas sentarte. Quiero examinar tu tobillo.

Carly dejó gustosa que Jake la tomara en brazos para llevarla hasta el banco. Luego, mientras él le examinaba el tobillo, dijo:

-El otro día te dije que no necesito un guardaespaldas, pero creo que me has demostrado que en este lugar sí lo necesito.

-Todo el mundo necesita contar con alguien en esta zona, Carly, y no es nada de lo que avergonzarse. Es a causa del aislamiento. Incidentes que no significarían nada en una zona poblada aquí pueden resultar desastrosos.

-Por ejemplo, mi caída en ese agujero.

-Exacto. Voy a dejarte la bota puesta porque, cuando te la quites, lo más probable es que el tobillo se te hinche bastante. Vamos a por tu caballo para que podamos regresar a casa. Necesitas un poco de hielo en el tobillo, y creo que deberías pasar al menos un día sin apoyar ese pie.

-Sí, doctor -dijo Carly, sonriendo-. Puedes ser tan agradable, Jake... No comprendo cómo puedes pasarte casi todo el día con el ceño fruncido.

Sin decir nada, Jake la tomó de las manos para ayudarla a levantarse, pero en lugar de ofrecerle su apoyo para conducirla hasta el caballo, la rodeó con los brazos por la cintura y la miró a los ojos.

-Un beso y nos vamos -murmuró, de un modo que hizo que el corazón de Carly se pusiera a galopar.

Ella le ofreció sus labios, entreabiertos, húmedos y sensuales, pero cuando Jake estaba a punto de besarla, un seco estruendo desgarró el silencio y la tranquilidad reinantes en la vieja mina. Sorprendió tanto a Carly que se apartó de Jake como si alguien estuviera disparando contra ellos.

Pero enseguida supo que ella no era la diana, ni Jake... ¡la diana era el semental!

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero pudo ver que el semental caía, se levantaba de inmediato y empezaba a correr. Las yeguas lo

siguieron, y en pocos segundos desaparecieron de su vista.

Cojeando, se volvió con ojos llorosos hacia Jake y exclamó:

-¡Bastardo! ¡Has hecho que le dispararan!

Capítulo 10

Carly estaba furiosa e inconsolable. No dejó que Jake la ayudara a llegar al caballo ni a montarse en él. Impulsada por su furia, logró hacerlo por su cuenta, y cada vez que Jake trató de hablarle durante el trayecto, lo interrumpió con algún exabrupto.

-Carly, te juro que...

-No empeores las cosas mintiendo.

-Pero no puedes condenarme sin...

-¡Claro que puedo! He visto la evidencia de tu traición con mis propios ojos. ¡Tienes el corazón de piedra! ¿Qué daño te hacía el semental? Tú no eres el dueño de las yeguas que se llevaba. ¡El dueño es mi padre! Quiero que encuentres a ese semental y quiero que lo cure un veterinario. ¡Te juro que si muere presionaré a mi padre hasta que despida a cada hombre del rancho, incluyéndote a ti!

Aquello colmó la paciencia de Jake. No estaba dispuesto a rogar más. Había rogado para que el caballo no estuviera fatalmente herido, no por el enfado de Carly, sino porque el incidente le había disgustado mucho. Uno de sus hombres había disparado, ¿pero cuál? ¿Y por qué?

Carly notó que Jake había dejado de tratar de justificarse y se preguntó con cuál de sus frases lo habría conseguido. Pero eso ya no importaba. ¿Cómo había podido pensar alguna vez que estaba enamorada de él? Cualquier hombre capaz de hacer lo que él había hecho no merecía el amor de una buena mujer.

-Que se pudra en el infierno -murmuró, pero sus ojos se llenaron de lágrimas al comprender que aún lo amaba-. Que Dios me ayude -añadió, decepcionada consigo misma.

A medio camino del rancho se encontraron con Deke y otros dos hombres.

-¿Quién ha disparado? -preguntó Jake con brusquedad.

-No lo sé, Jake. Hemos oído el tiro, pero no hemos visto quién ha disparado. ¿Ha hecho algún daño?

-Ha hecho que el semental y las yeguas salieran corriendo -dijo Jake, asqueado-. A estas alturas puede que ya estén en el siguiente condado. Voy a averiguar quién ha disparado, Deke, y cuando lo haga... -en lugar de concluir la frase, añadió-: Vamos, más vale que regresemos a casa.

Barney llevó una bolsa de hielo y un plato de comida al dormitorio de Carly. Esta se hallaba en la cama cuando el cocinero llamó a la puerta y preguntó si podía pasar.

-Sí, Barney, adelante.

Barney entró y dejó el plato en el tocador.

-Seguro que tiene mucha hambre -dijo, sonriendo-. Pero antes vamos a echar un vistazo a ese tobillo.

Carley sacó el pie de debajo de las sábanas y observó el rostro de Barney mientras le examinaba el tobillo.

-No está demasiado mal -dijo el cocinero al cabo de un momento-. Estará bien en un par de días. Pero conviene que lo tenga en alto. Alcánceme la almohada extra -Carly hizo lo que le decía. Él colocó la almohada bajo su pie y luego apoyó la bolsa de hielo contra este-. Hay que ponerle el hielo quince minutos de cada hora -sonriendo, añadió-: No queremos que se hiele, sino que la inflamación remita.

-Eres muy amable, Barney -dijo Carly, conmovida-. Gracias. Siento ser una molestia.

-Tonterías. No es ninguna molestia. Yahora, mientras come, yo bajaré a la cocina a por algo de beber. ¿Qué tal un buen vaso de leche? -Barney chasqueó los dedos-. Casi lo olvido. Enseguida vuelvo.

Salió y regresó casi de inmediato con una bandeja de cama.

-Jake la utilizó cuando se lesionó la espalda, hace dos veranos -la colocó a los lados de Garly-. ¿Qué tal?

¿Está cómoda? ¿Quiere que le ponga el plato?

Carly sonrió.

-Estoy muy cómoda, Barney. Gracias. Sí, ponme el plato y te agradecería que me trajeras un vaso de leche. Yhaz el favor de volver a tutearme.

Barney asintió y salió del dormitorio. Carly alzó la servilleta que cubría el plato y vio un filete, unas verduras de aspecto delicioso y un recipiente con macedonia de frutas.

-Eres un encanto, Barney -susurró.

El cocinero regresó unos momentos después con un vaso de leche y unas servilletas de papel.

-Las había olvidado -dijo-. También te he traído esto -de su bolsillo trasero sacó un pequeño artefacto negro que a Carly le pareció un móvil-. Es un emisor receptor -explicó-. Déjalo en el canal catorce. Así estaremos en contacto y podrás avisarme si necesitas algo.

Carly tomó la radio y la observó atentamente.

-¿Cómo se usa? Oh, ya veo. Se suelta este botón para escuchar, ¿no?

-Exacto. Eres una chica muy lista. Ya está encendida, y me gustaría que la dejaras así por si quiero saber cómo estás. ¿De acuerdo?

-No sé cómo darte las gracias por todo esto, Barney. No lo esperaba, desde luego.

-Jake me ha pedido que te cuidara, y ya sabes cuánto siente lo sucedido.

La sonrisa de Carly se esfumó.

-Solo porque lo he atrapado en un acto despreciable, Barney. Y ahora, buenas noches, porque en cuanto cene me voy a dormir.

-Uh, buenas noches.

Carly lamentó haber hablado con brusquedad a Barney en cuanto este se fue, pero era evidente que Jake tenía totalmente camelado al cocinero.

¡Y pensar que aquel miserable le había seguido los pasos todo el día! Debía haber deducido que ella sabía dónde estaba el semental, y había montado aquella persecución para que uno de sus hombres pudiera disparar a aquel precioso caballo.

-¡Deja de darle vueltas! -se reprendió, enfadada. Había sido un día horrible, pero no podía hacer nada al respecto esa noche. Dado el estado de su tobillo, ni siquiera podía bajar a llamar a su padre.

Finalmente, tomó su tenedor y empezó a comer. Acababa de terminar cuando oyó la voz de Barney en el transmisor.

-Je encuentras bien, Carly?

-No, la verdad es que no me encuentro bien -contestó ella-, pero hasta que se me cure el tobillo no voy a poder hacer otra cosa que quejarme. ¿Estás solo, Barney?

-Estoy solo en la cocina. ¿Quieres que te suba algo de postre?

-No, gracias. La verdad es que me siento tan sola aquí arriba que incluso hablaría con Jake si viniera, y eso es mucho decir, porque nunca podré perdonarle que ordenara a uno de sus hombres que disparara al semental. rHan vuelto todos los hombres a cenar?

¿Sabe alguno si el caballo resultó seriamente herido?

-Ninguno de los hombres ha venido a cenar, Carly. Jake tiene a todos buscando al semental. No me extrañaría que pasaran toda la noche fuera.

-Oh, no -gimió Carly-. Quieren asegurarse de que muera, ¿no? ¿Sabes si alguien tiene un teléfono móvil por aquí, Barney?

-Ninguna compañía de telefonía móvil cubre esta zona, Carly. ¿Necesitas un teléfono para algo?

-Sí.

-Hay uno en la habitación de Jake. ¿Quieres que vaya a ayudarte a llegar hasta allí?

-Gracias, Barney, pero creo que podré llegar por mi cuenta. Estoy bien, así que no te preocupes. Nos vemos mañana.

-Buenas noches y que duermas bien. Voy a llevarme el transmisor a la cama para que puedas llamarme si necesitas algo. Corto y cierro.

-Corto y cierro -repitió Carly. Luego se irguió y apartó las sábanas. Movió cuidadosamente el pie hasta el borde de la cama. Le dolió

mucho, pero estaba dispuesta a llegar a aquel teléfono aunque tuviera que arrastrarse.

Moviéndose tan cuidadosamente como un caracol, giró en la cama de manera que sus pies llegaran al suelo. Cuando la sangre llegó al tobillo herido sintió que el dolor se recrudecía.

Pero estaba decidida a llegar al teléfono, de manera que apretó los dientes y se irguió sobre su pie derecho. Pero saltar resultó ser peor que cualquier otra cosa para su pie.

«De acuerdo», pensó, «me arrastraré». Pero cuando se apoyó en el suelo sobre manos y rodillas comprobó que el camisón iba a resultar un impedimento casi insalvable para avanzar. « ¡Al diablo con él! No hay nadie en la casa para verme desnuda, así que voy a quitármelo». Tras hacerlo, comprobó que avanzaba mucho mejor.

Unos momentos después se hallaba ante la puerta del dormitorio de Jake. La abrió y se asomó al interior. Tenía que encontrar el interruptor de la luz, y utilizó el marco de la puerta para ponerse en pie de nuevo. Encontró el interruptor junto al marco y lo pulsó.

Sorprendida, vio que la cama de Jake estaba hecha. Pero lo que más le gustó fue ver el teléfono en la mesilla de noche.

Fue hasta la cama saltando, apartó la sábana y se dejó caer como un saco de patatas, exhausta. Tras cubrirse con la sábana, descolgó el teléfono y marcó el número de su padre en Nueva York. Respondió el contestador.

«Papá, me he caído en un agujero y me he hecho un esguince en el tobillo. Probablemente, voy a tener que pasar en cama días y días. Jake ha hecho que maten al semental, y tú no estás en casa, y yo no tengo a nadie con quien hablar, y... y... ¿por qué no estás en casa cuando te necesito?»

En lugar de aquello, Carly dijo:

-Hola, papá. Soy yo, y solo llamo para ver qué tal estás. Siempre se me olvida la diferencia de tres horas entre Wyoming y Nueva York. No hace falta que me llames enseguida. Solo quería saludar. Evidentemente, estás fuera, y espero que no todo sea trabajo. Buenas noches. Te quiero.

Tras colgar, apoyó la cabeza en la almohada. Cerraría los ojos un minuto y luego volvería arrastrándose a su dormitorio. No recordaba... haberse sentido nunca tan... tan agotada...

En cuanto subió, Jake vio que había luz en su cuarto y en el de Carly. Las puertas de ambos dormitorios estaban abiertas, pero, ¿por qué?

Avanzó sigilosamente hasta llegar al de Carly. La luz de la mesilla estaba encendida y la cama estaba vacía. ¿Dónde estaría?, se

preguntó, frunciendo el ceño. ¿Y por qué estaba encendida la luz de su dormitorio?

No, se dijo, ella nunca iría a su habitación. t0 sí?

¿Habría recapacitado y se habría dado cuenta de que lo había acusado injustamente? Esa sería una explicación perfectamente lógica de por qué había ido a su dormitorio. Aquello lo animó y hizo que su corazón empezara a latir más deprisa, porque si Carly estaba en su dormitorio, debía estar pensando en hacer el amor con él.

Caminó de puntillas por el pasillo, seguro de que Carly tenía alguna sorpresa reservada para él. Su excitación crecía con cada paso que daba.

-Carly, corazón -susurró mientras entraba en el dormitorio con una radiante sonrisa en los labios y suficiente sentimiento de anticipación como para llenar un furgón. Se detuvo nada más entrar y sintió que su sonrisa se desvanecía. Aparte de una deliciosa pierna y de su cabeza, Carly estaba totalmente oculta por la sábana.

No supo qué pensar ni que hacer, pero avanzó lentamente hasta el borde de la cama y retiró la esquina de la sábana para ver su rostro.

-¿Estás realmente dormida, corazón?

Carly no se movió y, por su respiración, Jake dedujo que estaba profundamente dormida. Suspiró con pesar, porque era evidente que había ido a su dormitorio con intención de esperar para que pudieran besarse y hacer las paces.

-Está bien, cariño -susurró, y empezó a desvestirse rápidamente-. Estás aquí, lo que significa que me has perdonado, y eso es suficiente. Te sostendré entré mis brazos y dejaré que duermas, y tal vez, por la mañana, cuando despertemos...

De hecho, creía que eso sería todo lo que pasaría si se metía en la cama junto a ella. Y no dejó de creerlo hasta que, tan solo con los calzoncillos puestos, apartó la sábana para acostarse y vio que Carly estaba completamente desnuda.

En ese momento su cuerpo se volvió loco. ¡Carly lo esperaba con intención de hacer el amor! Se quitó los calzoncillos, se tumbó junto a ella, apagó la luz y la rodeó con sus brazos.

Su primer sentimiento fue de profunda ternura. Aquella preciosa y apasionada mujer lo había devuelto a la vida. Llevaba cuatro años aletargado, creyéndose satisfecho, cuando en realidad no era así. Carly había cambiado por completo su perspectiva de la vida.

De acuerdo, también era descarada, obstinada y desafiante. Probablemente, hacía caso de lo que decía su padre, pero Jake estaba seguro de que Stuart era la única persona que podía impresionarla o influenciarla.

Sin embargo, estaba claro que también sentía algo por él, por Jake Banyon.

Negándose a estropear aquel precioso momento con pensamientos culpables respecto a Stuart, empezó a deslizar las manos por la sedosa piel de las caderas y los muslos de Carly. Luego, apoyando los labios sobre su frente, susurró:

-Puede que nunca llegue a ser capaz de decirte esto a la luz del día, cuando estés totalmente despierta y mirándome, así que te lo diré ahora. Te quiero. Te quiero más que a la vida misma, y es un milagro.

Carly estaba teniendo el sueño más increíble. Se parecía mucho al que tuvo la primera noche en el rancho, nada más conocer a Jake, solo que en más detalle y más erótico. Podía sentir sus manos sobre ella, y también su cuerpo desnudo. Su sexo estaba excitado y ardiente, y lo sentía sobre la parte baja de su vientre, y estaba susurrando palabras sobre su milagroso amor por ella.

Suspirando sensualmente, se concentró en el sueño para que no terminara.

-Hazlo -susurró-. Hazme el amor. Hazlo ahora. Te necesito tanto...

Y, en su sueño, su amante hizo exactamente lo que le pedía. Su boca la adoró con besos tan suaves y cariñosos que Carly sintió que se sumergía aún más profundamente en su sueño.

Luego, en el fondo de su mente, sintió cómo la penetraba y, por un instante, casi estuvo a punto de despertar. Nunca en su vida había tenido un sueño así, y ninguna de sus amigas le había contado nunca nada parecido. Todo el mundo tenía sueños eróticos, pero nadie que ella hubiera conocido había experimentado algo así.

Qué increíble. Qué fantástico. Parecía tan real... ¡Podía sentir a Jake dentro sin sentir su peso sobre ella! ¿Cómo era posible? Pero aquello era un sueño, y en los sueños todo era posible.

Y también era posible experimentar un clímax tan intenso y apabullante que todo se volvió oscuridad y hasta el sueño se desvaneció.

Jake alcanzó la cima de su placer y no pudo evitar gritar:

-¡Carly! ¡Nena!

Luego, debido a que Carly había vuelto a quedarse evidentemente dormida y a que él estaba agotado, la rodeó con un brazo, apoyó la cabeza en la almohada junto a la de ella y, unos segundos después, estaba profundamente dormido.

Capítulo 11

Jake despertó a las cinco menos diez y, después de permanecer unos minutos tumbado recordando los placeres de esa noche, besó la cálida mejilla de Carly con suma delicadeza para no despertarla y salió de la cama.

Ya entraba suficiente luz por la ventana como para permitirle sacar del armario ropa limpia. Salió de la habitación de puntillas y y fue a ducharse al baño de la planta baja para que Carly pudiera dormir todo lo que quisiera.

Carly empezó a moverse hacia las siete. Con los ojos aún cerrados, estiró las piernas y sintió una punzada en el tobillo izquierdo. «¡Casi no me duele! Gracias a Dios. Me habría vuelto loca si hubiera tenido que quedarme todo el día en la cama».

Abrió los ojos de repente y se puso rígida.

-Dios santo -gimió-. He dormido en la cama de Jake. Pero... pero...

De pronto sintió que todo el cuerpo le ardía. Aquello no había sido un sueño; había sido totalmente real. Jake había llegado tarde, la había encontrado en su cama y había asumido que estaba allí por... ¡por sexo! ¡Esperando a que regresara para hacer el amor con él!

¡Al parecer, no había dudado demasiado!, pensó, enfadada. Pero su enfado se disipó en gran parte cuando pensó que en realidad no sabía si había dudado o no. Apenas sabía lo que había sucedido esa noche, excepto por los tórridos recuerdos de un sueño que no había sido tal, sino la experiencia sensual más exquisita de su vida.

-Pero dijo que me amaba -susurró, y enseguida frunció el ceño porque no estaba totalmente segura de que eso fuera cierto.

¿Habría sido en parte un sueño y en parte real? Gimiendo, enterró el rostro en la almohada de Jake. El aroma de este invadió su nariz y se mordió con fuerza el labio inferior. ¿Cómo era posible que una mujer permaneciera dormida durante la experiencia sexual más excitante de su vida? Evidentemente, no había estado completamente dormida, pero mientras sucedía había creído que lo estaba.

¿Y qué había pensado Jake? Se ruborizó intensamente al recordarr sus caricias. Deseo que siguiera en la cama con ella y que volviera a hacerle todo lo que le había hecho la noche anterior. Se quedaría gustosa un par de días en la cama si Jake la compartiera con ella.

«¡Cretina!», exclamó su voz interior. «Lo único que ha hecho Jake ha sido aprovecharse de una situación que tú habías causado. ¿Ha tratado de despertarte para preguntarte qué hacías en su cama? No, no lo ha hecho. Se ha acostado, te ha acariciado todo el

cuerpo y... ¡y no tenía derecho a hacerlo! »

Carly se tumbó de espaldas y miró el techo casi con tristeza.

«Claro que tenía derecho», pensó. «En cualquier lugar, en cualquier momento, tiene derecho. Ningún otro hombre lo tiene, pero él sí. Si anoche hubiera estado totalmente despierta, no le habría dicho que no. Me hace sentir cosas que ni siquiera sabía que existían, y me hace sentir amor cuando creía que nunca volvería a amar».

-Así que -murmuró-, ¿dónde estás esta mañana, señor Banyon, y qué pensáis hacer hoy tú y tu banda de asesinos de caballos?

¿Habrían encontrado al semental? ¿Estaría muerto aquel magnífico animal?

El brillo de aquella soleada mañana desapareció repentinamente para Carly. Debía averiguar qué estaba pasando y, por muy profundos que fueran sus sentimientos por Jake, no creía que pudiera olvidar y perdonar si el semental había muerto. De hecho, su decepción sería tan profunda que, probablemente, ni siquiera lo intentaría.

Mientras Carly tomaba una ducha y se vestía, el tiempo cambió. El viento arreció y el cielo se cubrió de nubes, anunciando la típica tormenta veraniega de Wyoming.

Montado a caballo, Jake conectó su transmisor.

-Jake al habla. ¿Me oye alguien? -los transmisores tenían un alcance de un kilómetro.

Aquí Joe, Jake. Te oigo perfectamente.

-La tormenta avanza rápidamente, Joe. Yo voy a seguir, pero quiero que el resto de vosotros regreséis al rancho.

-Diablos, Jake, no estamos hechos de azúcar.

-Lo sé muy bien,, te lo aseguro -dijo Jake en tono irónico-. Pero me estoy acercando al cañón Shell y estoy bastante seguro de que el semental y la yeguas han entrado en él.

-Has visto sus huellas?

-He visto un montón de señales. En cualquier caso, solo hay un camino para salir y entrar del cañón, lo que significa que, si los caballos están ahí, será fácil atraparlos. Pero no durante la tormenta. No quiero que el semental se asuste y resulte más herido de lo que ya está. Todo lo que planeo hoy es echar un vistazo, y no necesito vuestra ayuda para hacer eso. Pero tampoco quiero que nadie se preocupe si no he regresado al anochecer. Tengo mi saco, algo de comida y agua, y hay muchas cuevas en el cañón, así que podré protegerme de la tormenta. Comunícaselo a los otros, Joe, y diles que vuelvan al rancho antes de que estalle la tormenta. Diles que es una orden.

-Tú eres el jefe, Jake, pero me gustaría ir al cañón contigo.

-Gracias, Joe, pero estaré más tranquilo sabiendo que todo el mundo está a salvo. Si no he vuelto para las diez de la mañana, envía

a un par de hombres al cañón. Entonces nos ocuparemos de los caballos. Eso es todo de momento. Corto y cierro.

-Corto y cierro -repitió Joe, y la conexión se interrumpió.

Jake estaba cabalgando en terreno blando, y las huellas de cascos eran inconfundibles. Aquel era el rastro más claro que había dejado el semental, pero Jake no podía sentirse demasiado contento porque, ocasionalmente, junto a las huellas había gotas de sangre. Sin duda, el caballo había resultado herido, pero aún no sabía cuál de sus hombres había apretado el gatillo. Los había interrogado el día interior, pero ninguno había reconocido su culpabilidad, probablemente porque Jake estaba tan enfadado que los había asustado. En retrospectiva, comprendía que su reacción al disparo había sido muy distinta a la que probablemente esperaba el hombre que había disparado. Dado su enfado, era natural que este hubiera temido ser despedido si confesaba la verdad.

Tampoco habría ser-.ido de nada revisar los rifles, porque el día anterior Jake había oído varios disparos distantes. Los hombres solían utilizarlos como señal cuando se alejaban del campo de acción de la radio.

Lo cierto era que, probablemente, nunca averiguaría quién había disparado al semental. A menos que el culpable hablara, el asunto permanecería en el máss absoluto misterio.

Mientras avanzaba hacia el cañón y el viento arreciaba, sus pensamientos volvieron a la noche que había pasado con Carly. Estar enamorado y tener aquella clase de recuerdos habría emocionado a cualquier hombre.

Pero no había manera de pasar por alto el hecho de que la mujer a la que amaba era la hija de su jefe. En muchos casos, eso no tenía por qué suponer un problema. Jake conocía varios casos de hombres que se habían casado con la hija de su jefe con la bendición de este.

Pero Stuart Paxton no era cualquier jefe. Era más rico de lo que Jake podía imaginar, y era un viudo que adoraba a su única hija desde que nació. Y aunque siempre lo había tratado como a un igual, Jake se sentía muy lejos de serlo. Ambos empezaron sus vidas como iguales, pero Jake había malgastado muchos años, y Stuart no había malgastado ni un minuto.

Algunos hombres eran así de tontos, pensó Jake, irritado consigo mismo.

¿Pero habría llegado a saber alguna vez eso de sí mismo si no hubiera conocido a Carly y se hubiera enamorado de ella?

Alicaído, se encorvó contra el viento mientras se acercaba a la entrada del cañón. Probablemente nunca tendría una oportunidad real

con Carly, al menos, de nada permanente, pero sí podía hacer una cosa por ella que sabía que nunca olvidaría. Podía atrapar al semental, contratar al mejor veterinario de la zona para que le curara la herida y luego dejar que Carly decidiera lo que quería hacer con él. Intuía que no votaría por la castración, aunque esa podía ser la decisión correcta. Pero estaría más seguro al respecto cuando pudiera echar un vistazo al caballo de cerca.

Pero decidiera lo que decidiese Carly, él lo aceptaría. Al menos, podía ofrecerle eso.

El transmisor que estaba en la cama de Carly empezó a sonar repentinamente. Preguntándose cómo podía haberlo olvidado, lo tomó y escuchó. Había mucho ruido estático de fonfo, pero pudo oír las palabras entrecortadas de un hombre.

Jake... el cañón Shell... semental... órdenes... ha dicho Jake... ¡no, maldita sea!... seguir sus órdenes... voy de camino... será mejor que hagas lo que ha dicho... corto y cierro.

El pulso se Carly se aceleró. Aquellas palabras le hicieron pensar que Jake y sus hombres estaban siguiendo al semental a un cañón llamado Shell. ¿Dónde estaría aquel lugar? ¡Probablemente era allí donde pensaban matarlo!

Se sentó en el borde de la cama y se puso la bota con cautela. Su tobillo no estaba completamente curado, pero el esguince no era tan malo como había temido. Le dolió ponerse la bota, pero una vez puesta sintió que incluso le vendría bien al tobillo. Se levantó y, tras caminar un poco, decidió que el dolor era soportable.

Unos minutos después se hallaba en la cocina. Mientras metía comida en su mochila, presionó el botón de la radio y dijo:

-¿Barney? ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme?

-Te oigo, Carly. ¿Te encuentras bien? ¿Estás lista para desayunar? Jake ha dicho que te dejara dormir, y ese es el motivo por el que no te he llamado. `Qué tal está tu tobillo esta mañana?

-Dónde está el cañón Shell, Barney?

-¿Has dicho el cañón Shell?

-Sí. ¿Dónde está?

-A unas siete millas al sureste de la vieja mina.

-Bien. Ya conozco la mina -dijo Carly mientras metía un poco de queso y pan en la mochila.

-¿Quieres desayunar ahora? -preguntó Barney-. ¿Te apetecen una tortitas de arándanos?

Carly supuso que Barney creía que aún seguía en la cama.

-Gracias Barney, pero estoy desayunando mientras hablamos. Estoy abajo, en la cocina.

-¿Tanto has mejorado? -preguntó Barney, sorprendido.

-Por lo visto, la torcedura no era tan mala como parecía -dijo Carly-. Para que no te preocupes luego, quiero que sepas que voy a ir a ese cañón, Barney. Pero voy a necesitar que alguien me ayude a ensillar el caballo.

-Dios santo -murmuró el cocinero, claramente disgustado-. Supongo que has notado que se avecina una fuerte tormenta. No deberías ir a ningún sitio.

-Voy a ir, Barney, con o sin tormenta. ¿Hay algún hombre disponible para ensillar mi caballo?

-Yo -contestó Barney, a regañadientes-. Iré a hacerlo ahora. ¿Algún caballo en particular?

-El percherón gris que he montado estos días, por favor. Y gracias, Barney. Déjalo en el corral grande. Me iré en cuanto tenga todo listo.

-Tienes una brújula? -preguntó el cocinero.

Carly se sintió conmovida al sentir su preocupación.

-No -contestó-. Sé que piensas que soy demasiado impulsiva, pero debo hacer esto, Barney. Si tú tienes una brújula y me la puedes prestar, déjala en la silla del caballo. Gracias por todo, Barney. Corto y cierro

Quince minutos después Carly salía de la casa. Estaba a punto de llegar al corral cuando el teléfono sonó en la casa, demasiado lejos como para que pudiera oírlo. Tras cuatro llamadas saltó el contestador. Stuart Paxton dijo:

-Hola, Jake. Hola, Carly. ¿Qué tal te va, cariño? Mañana voy al rancho. No os preocupéis por la hora de mi llegada, pero si todo va como es debido estaré ahí poco después del mediodía. Estoy deseando veros a los dos. Hasta mañana.

En el corral, Carly sonrió al ver la brújula sujeta al pomo de la silla. Barney no podía evitar ser un hombre encantador, pensó mientras aseguraba la cantimplora y la mochila a la parte trasera de la silla. Luego apoyó el pie izquierdo en el estribo y se alzó para montar. Su recompensa por tanto atrevimiento y coraje fue un dolor fuerte y punzante que le hizo apretar los dientes. Pero solo sabía montar por el lado izquierdo del caballo, y ya lo había hecho.

Impulsó al caballo con las rodillas, chasqueó la lengua y se puso en marcha.

El cielo estaba cada vez más oscuro. Jake había subido a unas rocas para echar un vistazo al interior del cañón, y el viento agitaba con violencia su pelo y su ropa. Con los prismáticos que había llevado consigo localizó al semental y a las yeguas al final del cañón. Parecían bastante tranquilos, amontonados y con los cuartos traseros al viento.

Jake enfocó directamente al semental.

-No hay duda de que eres una belleza -murmuró, y frunció el ceño al no ver indicios de ninguna herida en el fabuloso animal-. De acuerdo, amigo, gira para que pueda verte el otro lado -hizo falta un rato pero, finalmente, el animal giró lo suficiente como para que,Jake pudiera ver la herida. Era un desgarro en su grupa derecha, no especialmente agradable de ver, pero tampoco fatal. A menos que se infectara, por supuesto. Ese era el único peligro que corría. El veterinario le daría unos antibióticos, le limpiaría la herida y el semental quedaría como nuevo.

Aliviado, Jake fue moviendo los prismáticos de una yegua a otra y comprobó que todas parecían estar en buena forma. Luego estudió la entrada del cañón y consideró varios modos de llevar los caballos al rancho. Pero no podría hacerlo con aquel -viento, y le resultaría mucho más fácil contar con la ayuda de un par de hombres. Esperaría hasta la mañana siguiente.

Mientras bajaba de las rocas localizó una cueva que le vendría bien para pasar la noche. Tras llevar sus cosas y un montón de troncos al interior fue a buscar un sitio seguro en el que dejar su caballo. Unos minutos después encontró un lugar protegido del viento y con buena hierba para pastar. Luego volvió a la cueva.

De pie en la entrada vio los primeros relámpagos y oyó los subsiguientes truenos. No era una situación desagradable o inquietante para Jake. Siempre le había gustado acampar al aire libre, y por mala que fuera la tormenta, él estaría seco, a salvo y cómodo en la cueva.

Dejó de mirar los relámpagos para salir a recoger algunas rocas para proteger el fuego que iba a encender. Iba a agacharse para recoger una cuando captó un movimiento justo ante la entrada del cañón. Se fijó atentamente en el lugar, preguntándose qué habría visto. El viento agitaba violentamente las ramas de los árboles y el aire estaba lleno de hojas y de polvo.

Pero estaba seguro de que lo que había visto era algo distinto. ¿Sería un caballo?

En pocos segundos vio con claridad que se trataba de un caballo y un jinete. Un caballo gris y un jinete con el pelo largo, oscuro y agitado por el viento.

¡Era Carly!

Jake no pudo contener su enfado. ¿Qué hacía allí Carly? ¿Acaso se había vuelto loca?

Vio que lo estaba llamando, aunque el sonido de su voz fue engullido por el viento, pero eso demostraba que sabía que estaba allí.

Preguntándose cuál de sus hombres habría sido lo suficientemente estúpido como para haberle dicho dónde estaba, vio que Carly entraba en el cañón y detenía su montura para mirar a su alrededor.

-Eres la mujer más-testaruda e irritante que hay sobre la tierra -murmuró.

Pero algo cedió en su interior en ese instante y su enfado desapareció tan rápido como había llegado. Carly podía ser testaruda e irritante, pero él ni siquiera podía intentar negar sus sentimientos por ella. La amaba y siempre la amaría, y no había más que decir.

-¡Carly! -gritó al viento. Cuando ella empezó a buscar con la mirada el origen de la voz, añadió-: ¡Aquí arriba! ¡Mira a tu derecha!

Carly lo localizó.

-Qué haces ahí arriba?

-¡Luego te lo explico! ¡Espérame ahí! -gritó Jake-. Ahora bajo.

Carly no sabía si debía aceptar la más mínima sugerencia de Jake. Habrían encontrado él y sus hombres al caballo herido? ¿Habría llegado demasiado tarde para prevenir su ejecución?

Tras bajar de las rocas, y mientras avanzaba hacia Carly, Jake admiró su maravilloso pelo agitado por el viento. Era una mujer realmente preciosa, y su mente se puso a imaginar de inmediato la clase de noche que podían pasar en aquella agradable cueva. Estaban solos, aún más solos que en la casa del rancho.

Pero fue toda una conmoción encontrarse con la fría y severa mirada que le dirigió Carly cuando la alcanzó.

-Deja... deja que te ayude a bajar -dijo Jake, sin demasiada confianza. Si Carly estaba enfadada con él por algo, cosa difícil de creer después de la noche que habían pasado, ¿por qué estaba allí? ¿Acaso había hecho aquel trayecto con el tiempo que hacía solo para echarle en cara lo que fuera?

-No veo a nadie más -dijo Carly, mirando a su alrededor-. ¿Dónde están los demás hombres?

-¿Te importa si hablamos luego? -dijo Jake al notar que empezaba a llover-. Vamos. Deja que te ayude a bajar. Tengo mis cosas en una cueva. Estaremos a salvo en ella durante la tormenta.

Carly esperaba ver a casi todos los hombres en el cañón, y le desconcertó que no estuvieran allí. Pero la tormenta estaba empeorando por momentos, y aunque la mera idea de entrar en una cueva la asustaba, más aún la asustaba tener que quedarse allí sola.

De manera que soltó las riendas, apoyó las manos en los hombros de Jake y dejó que la bajara del caballo. Al apoyar el peso sobre su tobillo lesionado sintió una punzada de dolor que le hizo apretar los dientes, pero no dijo nada. Si Jake supiera que aún le dolía, le echaría

un sermón, y no estaba de humor para sermones, y menos aún de un hombre capaz de ordenar que dispararan a un caballo solo porque este suponía una molestia.

-Quiero que esperes aquí -dijo Jake-. Voy a dejar tu caballo con el mío y luego te llevaré a la cueva -miró a Carly a los ojos, esperando encontrar un poco de calidez, algún indicio que le dijera que no estaba enfadada con él, que se había enfrentado a los elementos solo para estar a su lado. Pero no vio nada consolador, y su corazón se encogió-. Enseguida vuelvo -añadió, tenso.

En cuanto Jake se alejó unos metros, Carly se apoyó contra una gran roca. Su tobillo palpitaba, y el viento era tan intenso que resultaba aterrador. Además, estaba empezando a llover, y la tormenta podía desatarse en cualquier momento con toda su violencia.

No debería haber ido. Se había comportado de un modo demasiado impulsivo y alocado. El semental ya debía estar muerto; de lo contrario, los hombres aún estarían allí. No entendía por qué seguía allí Jake, pero probablemente tendría algo que ver con las yeguas. ¿Pero por qué no se las habían llevado los hombres al regresar al rancho? El hecho de no haber encontrado un alma durante el trayecto al cañón no suponía ningún consuelo, porque lo más probable era que hubiera una docena de caminos diferentes para llegar allí.

¿Y dónde estaba la cueva que había mencionado Jake? Deseó poder quitarse las botas y tumbarse un rato allí mismo. El tobillo le dolía aún más que el día anterior, y la estaba matando. Debería haberse quedado en la cama. ¿Ysi causaba algún daño irreparable a su pobre tobillo por salir tras Jake y el semental?

Suspiró cansinamente.

¿Por qué no se había quedado en Nueva York, que era el único lugar en que realmente sabía desenvolverse?

Capítulo 12

Jake regresó con la cantimplora y la mochila de Carly.

-Vamos -dijo de inmediato-. El tiempo va a empeorar mucho antes de mejorar. Debemos ponernos a cubierto.

Carly temía apartarse de la roca en que se apoyaba pero, o subía a la cueva por su propio pie, o admitía que había actuado precipitadamente y que debería estar en la cama en lugar de allí.

-Bien -dijo, en un tono de voz que no reveló lo que estaba pensando. Sabía que el tobillo le iba a doler mucho cuando empezara a andar, y no quería que Jake se diera cuenta y empezara a regañarla al respecto. Solo era cuestión de aparentar calma, se dijo, y respiró profundamente para apartarse de la roca.

Jake ya había empezado a avanzar hacia la pared rocosa del cañón, y no vio la mueca de dolor de Carly mientras trataba de caminar sin cargar el peso sobre su pie izquierdo. No lo estaba haciendo muy mal, pero entonces vio la pared rocosa y frunció el ceño, tratando de divisar la cueva. ¡Esperaba que estuviera a nivel del suelo!

Jake se detuvo y se volvió.

-Ya he subido y bajado varias veces, así que el trayecto está muy claro. Mantente cerca de mí.

-Supongo que estás bromeando -dijo Carly, débilmente-. No esperarás que suba por esa pared vertical.

-No es vertical, y la cueva no está muy arriba -Jake la miró con suspicacia. Había un matiz extraño en la voz de Carly. No de miedo, ni de susto, pero algo no encajaba-. ¿Qué sucede? ¿Te dan miedo las alturas?

-Claro que no -espetó Carly. Le parecía lógico culpar a Jake por todas las incomodidades, preocupaciones e irritación que había sufrido desde su llegada a Wyoming. ¿A quién más podía culpar? De pronto, se puso furiosa- ¡Sigue subiendo! -gritó, más que nada para hacerse oír por encima del viento.

Jake frunció el ceño.

-¿Por qué estás tan enfadada ahora?

-¡Podrías acabar con la paciencia de un santo! ¡Haz el favor de seguir! Estoy cansada de luchar contra el viento.

Jake movió la cabeza, indignado. ¿Cómo podía querer a una mujer tan temperamental? Carly podía ser dulce como un pastel o ácida como un limón. En aquellos momentos parecía que le habría gustado ahogarlo, como si él tuviera la culpa de que se encontrara en medio de una tormenta y buscando una cueva. Se apartó de ella y empezó a

subir entre las rocas.

Carly volvió a respirar profundamente. De algún modo, debía seguirlo hasta la cueva. Además, ¿qué era un poco de dolor? Ya había soportado antes más dolor físico, y parte de la angustia mental que tuvo que soportar durante su matrimonio fue mucho peor que el dolor de su tobillo.

Jake subió con la seguridad de una cabra, sin preocuparse por si Carly lo seguía o no. Una vez en la boca de la cueva miró hacia atrás y se sintió como un miserable. Carly avanzaba con suma cautela entre las rocas. Evidentemente, su tobillo era un severo obstáculo. Probablemente le dolía mucho, pero era demasiado orgullosa como para reconocerlo.

-De acuerdo -murmuró-. Suficiente es suficiente -dejó caer la cantimplora y la mochila y empezó a bajar de nuevo.

Carly estaba tan concentrada en lo que hacía que no lo vio hasta que no lo tuvo delante.

-¿Qué? -gritó en tono beligerante.

-Te duele el tobillo, ¿verdad? -replicó Jake.

-Serio un poco -admitió ella a regañadientes-. Pero no te preocupes por mí. Voy bien.

-Y los cerdos vuelan. Voy a llevarte el resto del camino. Tú relájate y déjame hacer el trabajo, ¿de acuerdo?

-¡Ni hablar!

Ignorando la objeción de Carly, Jake se agachó ante ella y se la echó sobre el hombro izquierdo.

-¡Deja de retorcerte! -ordenó.

-¡Pues bájame! No soy un saco de patatas, ¡cretino!

-Sé muy bien que no eres un saco de patatas -riendo, Jake palmeó su bonito trasero.

Carly tenía la cabeza justo a la altura del dobladillo de la cazadora de Jake, y los brazos le colgaban en el aire. Se sentía como una idiota siendo acarreada como un saco de patatas, a pesar del comentario de Jake afirmando lo contrario. ¿Y cómo había sido capaz de aprovecharse de su indignidad palmeándole el trasero?

Entonces se dio cuenta de lo precaria que era su situación: Mirar hacia abajo resultaba aterrador. Sintió náuseas, cerró los ojos y rezó para encontrarse rápidamente en tierra firme. Si Jake tropezaba o perdía el equilibrio, ambos morirían.

Finalmente llegaron a la cueva. Jake rodeó un promontorio rocoso que protegía el interior de los elementos y dijo con suavidad:

-Voy a sentarte en esa roca..

Tras el ensordecedor viento del exterior, el silencio del interior

sorprendió a Carly. Abrió los ojos, vio el gris interior de la cueva y sintió que Jake la dejaba delicadamente en el suelo para luego ayudarla a sentarse en una roca.

-Sé que está oscuro, pero un fuego lo cambiará todo -dijo él-. ¿Estás bien ahí sentada?

-Estoy bien.

Jake asintió y se ocupó inmediatamente del fuego.

Carly permaneció callada un rato, pero en la cueva reinaba un silencio tan sepulcral que sintió la necesidad de oír una voz, aunque solo fuera la suya.

-¿Has... has utilizado esta cueva antes?

-No, es la primera vez que la utilizo -Jake encendió una cerilla y la acercó a su yesca. Un momento después el fuego estaba encendido.

-Es muy agradable -dijo Carly. El fuego proyectaba imágenes en las paredes de la cueva, y el aire empezó a calentarse rápidamente.

Jake se acercó a ella.

-Creo que tenemos que quitarte esa bota.

Carly pensó que ya no tenía sentido actuar como si todo fuera bien, de manera que habló sinceramente.

-Volverá a inflamarse.

-Seguro, pero vamos a pasar aquí la noche y vas a tener que darle un respiro a tu tobillo.

Carly se sorprendió visiblemente.

-Vamos a pasar aquí la noche? ¿Por qué? ¿Tan mala es la tormenta? -entonces recordó algunos pensamientos previos-. ¿Por qué estamos aquí, Jake? ¿Por qué estás aquí sin tus hombres? Y debería hacerte la pregunta que más me importa -dudó brevemente, temiendo lo que pudiera contestar Jake. Luego alzó la barbilla y lo miró a los ojos-. ¿Está. muerto el semental?

-¿Es eso lo que crees? ¿Es ese el motivo por el que has corrido el riesgo de estropearte definitivamente el tobillo cabalgando hasta aquí?

-Sí -replicó Carly con calma-. Y el hecho de que estés aquí solo resulta bastante revelador, porque si el semental siguiera libre aún tendrías a tus hombres buscándolo.

Jake entrecerró los ojos.

-Crees saberlo todo, ¿verdad? Me juzgaste y condenaste como asesino de caballos desde el instante en que bajaste de aquel helicóptero, y si vivieras treinta años en el rancho y el caballo también, seguirías pensando lo mismo. Pues deja que te diga algo...

-¡Para el carro! ¿Que yo te juzgué? ¿Por qué no rebobinas y recuerdas nuestra conversación sobre el semental el día que llegué? Te pregunté qué pensabas hacer con él cuando lo encontraras, y tú

contestaste con rudeza que alguien, bien tú o alguno de tus hombres, tenía intención de matarlo. Es lógico que me disgustara, y ya que...

-Al parecer -interrumpió Jake-, recuerdo la conversación mejor que tú. Lo que te dije fue que alguno de los hombres había sugerido que matáramos al caballo, y como te exaltaste tanto por ello, te expliqué que yo no tenía intención de matar ningun animal, y menos aún a un caballo.

Carly se quedó boquiabierta.

-¡Eso no es cierto!

-Sí lo es.

-¡No dijiste nada parecido! De hecho, te molestó tanto que quisiera hablar del asunto que fuiste cortante, desagradable y... y...

-No solo quisiste hablar del asunto, sino que te empeñaste en ello.

-¿Y qué tiene de malo? Acababa de ver al caballo desde el helicóptero y estaba muy impresionada -tras una breve pausa, Carly añadió-: Supongo que no podía creer que alguien se planteara matar algo tan bello. Fuiste una... una gran decepción. Papá siempre había hablado maravillas de ti y, prácticamente, las primeras palabras que salieron de tu boca fueron sobre la destrucción de un magnífico caballo.

Jake se arrodilló frente a Carly.

-¿Sigo siendo una decepción?

Ella miró las profundidades de sus increíbles ojos azules y un escalofrío recorrió su espalda. Jake era un amante increíble, y el recuerdo de los momentos que había pasado entre sus brazos borró en un instante su resentimiento y cualquier resto de decepción.

Pero no podía dárselo todo. El amor desestabilizaba por completo las emociones. Había momentos en que podía permitirse reconocer que estaba enamorada de Jake, pero reconocerlo ante él era otro asunto.

De manera que, en tono displicente, dijo:

-No me has decepcionado en la cama.

La mirada de Jake se oscureció. ¿Trataba Carly de hacerle daño? Y si era así, rse debía al maldito semental? Había estado a punto de llevarla a la boca de la cueva con los prismáticos para que pudiera ver por sí misma al caballo, pero le había dolido demasiado lo que había dicho como para superarlo con tanta rapidez.

-Va a ser una larga noche -dijo, ocultando el dolor de su corazón con una sonrisa ligona-, y ya que no te decepciono en la cama, ahí es donde vamos a pasarla -tomó el pie izquierdo de Carly y lo subió a su regazo.

-Jake, no quería decir que...

-Sé exactamente lo que querías decir. Yo también lo he pasado muy bien. Te aseguro que tampoco me has decepcionado en la cama. Y ahora voy a quitarte lentamente la bota. No intentes ayudarme.

Carly sintió ganas de gritar. No se había expresado como habría querido. Podía haber hecho ver a Jake que la había decepcionado con su actitud hacia el semental sin necesidad de mezclar ese asunto con el sexo. Le había hecho creer que eso era lo que había ido a buscar y él iba a hacer lo posible por ofrecerle una noche ardiente.

Esa perspectiva resultaba muy atractiva, sin duda, pero cada vez que hacía el amor con Jake Banyon se sentía más cerca de un nuevo desastre para su corazón.

«El problema es que estoy colada por él. Siempre va un paso por delante de mí, y no le preocupa en lo más mínimo utilizar cualquier situación en su provecho. Puede que sea un magnífico capataz, pero carece de escrúpulos con las mujeres, y yo me he tragado su anzuelo con sedal y todo. Y ahora estoy atrapada en esta cueva con él hasta que decida irse. Que Dios me ayude. ¿Haré alguna vez algo bien?»

-Ya está -Jake dejó la bota a un lado y deslizó delicadamente los dedos por el tobillo de Carly-. Está hinchado, pero no demasiado. ¿Cómo te sientes sin la bota?

-Mejor. Jake, yo... creo que te he dado una idea equivocada sobre... sobre...

-¿Sobre nosotros? -Jake habló en un tono totalmente despreocupado, como si aquel tema no le estuviera haciendo un agujero en el estómago. Sonrió traviesamente-. Lo has dejado claro como el agua, cariño. Lo pasamos estupendamente en la cama. ¿Qué me dices de anoche? Allí estabas, esperando a que llegara, dispuesta para mí. Algo así anima realmente el espírituo de un hombre. Pero eso ya lo sabías, o no lo habrías hecho, ¿verdad?

-Jake... no fue... quiero decir que yo no...

-Claro que fue, cariño, y tú sí. Varias veces, si no recuerdo mal.

Carly se ruborizó intensamente.

-¡Estás malinterpretando deliberadamente mis palabras!

-¿No estabas hablando de anoche? -preguntó Jake, inocentemente.

-Sí... pero...

-Eso pensaba -Jake palmeó la pantorrilla de Carly y se puso en pie-. Tú quédate ahí sentada mientras yo me ocupo del fuego y luego organizo la cena -silbando, echó unos troncos al fuego y luego tomó la mochila de Carly-. ¿Has traído comida?

-Sí. Sírvete tú mismo -Carly sabía que su tono había sido el de una niña petulante, ¿pero cómo se atrevía Jake a suponer tanto? Ella no había ido allí a pasar una noche de orgía. ¿Acaso él solo pensaba en el

sexo? Pero no era eso en lo único que ella pensaba, y sospechaba que Jake estaba utilizando aquel temaa para evitar hablar del verdadero motivo por el que ella había ido allí.

-Qué me dices del semental? -preguntó.

Jake le dedicó una amistosa sonrisa.

-¿Qué sucede con él?

-¿Está muerto? -preguntó Carly, tensa.

-No creo, pero... -Jake se encogió de hombros dramáticamente-. Ya sabes que ayer recibió un disparo.

-Claro que lo sé -espetó Carly-. Y tú diste la orden. Lo que me gustaría saber es qué haces aquí.

-¿No te has cruzado con ninguno de los hombres mientras venías?

-No he visto a nadie. ¿Por qué? ¿Acaso regresaban al rancho mientras yo venía?

-Puede ser -Jake había extendido en el suelo su saco de dormir, y estaba sacando su comida y la de Carly de las mochilas.

-¿Puede ser? ¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Volvían tus hombres al rancho mientras yo cabalgaba hacia aquí, o no?

-¿Qué más da? Tú estás aquí y ellos están allí -Jake le dedicó una mirada completamente sensual-. Yeso nos pone las cosas en bandeja de plata, nena. ¿Toda una noche juntos, sin nadie alrededor? Oh, sí, va a ser memorable.

Carly tomó su bota.

-¡Ya he tenido suficiente! No pienso soportar ni una insinuación más.

Jake se irguió.

-¿Qué haces?

-Me voy. ¿A ti qué te parece? -Carly trató de ponerse la bota y casi se desmaya a causa del dolor-. Ohhh -gimió.

Jake se acercó a ella y le quitó la bota de la mano. Sin preámbulos, la tomó en brazos y gruñó:

-Sujétate a mi cuello. Voy a mostrarte algo.

A más de un metro y medio del suelo y entre sus brazos, Carly volvió a sentirse muy vulnerable.

-¡Déjame en el suelo inmediatamente!

-En un segundo -Jake rodeó la roca tras la que se hallaban y avanzó hasta la entrada de la cueva. Al instante, la tormenta se les vino encima-. ¿Estás segura de que quieres salir ahí? Llueve tanto que dudo que pudieras verte la mano frente al rostro. Te perderías enseguida.

-Tengo una brújula -dijo Carly, dolida-. Y sé cómo usarla.

Jake pensó un segundo. Luego se volvió y la dejó de nuevo sentada

en la roca.
-Bien. Si quieres irte, adelante.
Carly se sentía atrapada. Fuera había una de las tormentas más fuertes que había visto en su vida, y dentro estaba Jake, esperándola como una araña a un insecto. Era posible que ella se lo hubiera buscado, pero no esperaba encontrar a Jake dispuesto a pasar la noche en una pequeña e íntima cueva. De hecho, esperaba encontrar a todos los hombres del rancho en el cañón. ¿Por qué habrían vuelto todos menos Jake?
Empezaba a hartarse de las respuestas evasivas que le estaba dando y se prometió que por mucho que se empeñara en recordarle lo bien que habían estado la noche pasada, lo único que iba a obtener de ella era desdén, porque eso era todo lo que se merecía.
De pronto notó que tenía hambre, y la comida que había sacado Jake resultaba relamerte tentadora, de manera que fue cojeando hasta el saco y se sentó.
Jake la miró de reojo.
-Deduzco que no te vas.
-Puede que sí, puede que no -replicó Carly-. Ahora mismo voy a comer algo. Más adelante puede que decida irme... o no. Ya lo averiguarás. Esa es la clase de respuesta que me has dado cada vez que te he preguntado algo, así que no esperes nada diferente de mí.
-Al parecer, ha llegado la hora de la revancha.
-Piensa lo que quieras. A mí me da lo mismo.
-¿Significa eso que esta noche no vamos a compartir el saco de dormir?
-¡Calla de una vez y alcánzame el queso!
Cada vez que Carly se acercaba cojeando a la entrada de la cueva comprobaba que la tormenta no hacía más que empeorar. Averiguó hasta qué punto era fuerte cuando, obedeciendo a los imperativos de la naturaleza, tuvo que salir. Jake vio que tomaba la linterna y se ofreció a acompañarla.
-No, gracias -replicó ella en tono sarcástico-. Cuando necesites salir por motivos personales, ¿quieres que te acompañe y te ilumine con la linterna?
-Claro que no.
Dedicándole una mirada que lo decía todo, Carly tomó su cazadora y salió de la cueva.
Regresó mojada y fría, y se sentó cerca del fuego para volver a entrar en calor.
Jake removió las brasas con un palo y preguntó:
-¿Qué tal el pie?

-¿Qué más te da?

Jake miró las llamas con el ceño fruncido, y durante un buen rato ninguno de los dos habló.

-Se está haciendo tarde -dijo, finalmente-. Puedes utilizar el saco de dormir.

-Es tuyo, así que úsalo tú -espetó Carly.

-¿Y qué piensas hacer? ¿Dormir sobre el suelo?

-Me... me ocuparé de mantener el fuego encendido. Además, no tengo sueño.

-Así que vas a estar sentada toda la noche. No creo -Jake se levantó y empezó a preparar el saco.

Carly irguió los hombros, indignada.

-Si lo estás preparando para mí, más vale que dejes de perder el tiempo. ¿Qué te hace pensar que puedes darme órdenes? ¿Acaso te crees que soy un autómata, o una niña tonta? 0 puede que no tenga nada que ver conmigo, sino contigo. Puede que te hayas pasado la vida dando órdenes a los demás.

-Sí, claro -dijo Jake en tono irónico-. Para ser una persona inteligente, a veces sales con unas ideas realmente retorcidas.

-¿Retorcidas o atinadas? -preguntó Carly, sarcástica-. Perteneces a esa clase de hombre capaz de acusar a una mujer de ser deficiente mental antes que permitir que te conozca de verdad.

-Y supongo que tú eres un libro abierto, ¿no? No trates de hacerme creer que has alentado la más mínima cercanía entre nosotros. En la cama conectamos. Fuera, no. Puede que yo no te haya contado nada sobre mí, pero tú tampoco me has contado nada sobre ti.

-Tampoco alenté el sexo entre nosotros, ¡pero eso no te detuvo!

-Así que todo es culpa mía, ¿no? Admito que no debí dar el primer paso, pero, ¿qué me dices de anoche? Cuando llegué te encontré en mi cama completamente desnuda.

-¡Solo porque quería utilizar tu maldito teléfono! ¡Menudo ego tenéis algunos hombres!

Jake se irguió repentinamente.

-¿Estabas en mi cuarto para utilizar el teléfono? ¿Por qué no me lo dijiste?

-¡Porque estaba dormida! -exclamó Carly. Jake se quedó mirándola hasta que ella sintió que iba a hacerle dos agujeros con los ojos-. ¿Qué? -preguntó en tono exigente-. Supongo que no me crees.

-Si estuviste dormida todo el rato, ¿cómo es que lo recuerdas tan bien?

Carly se ruborizó.

-Yo... supongo que no estuve dormida todo el rato.

-Y con exactitud, ¿cuándo te despertaste? -preguntó Jake con suavidad-. ¿Cuando estreché tu cuerpo desnudo contra el mío, o más adelante, cuando empezaste a gemir y a clavarme las uñas en la espalda?

-¿Por qué tienes que ser tan crudo?

-¿Por qué tienes que mentir? Puede que estuvieras dormida cuando me metí en la cama contigo, y puede que siguieras adormecida durante los preámbulos, extremadamente memorables, por cierto, pero te engañas a ti misma y me engañas a mí con esa excusa de que «estabas durmiendo». Lo que me gustaría saber es por qué crees que necesitas una excusa para hacer el amor.

-A mí también -me gustaría saber unas cuantas cosas sobre ti, y ya que estoy segura de que no tienes intención de contármelas, ¡olvida tus preguntas sobre mí, Banyon!

-¿Qué quieres saber? Carly parpadeó.

-¿De qué estás hablando?

-Te he preguntado qué quieres saber de mí.

-Y supongo que piensas contármelo -dijo Carly con exagerada dulzura.

-Sí. Y solo Dios sabe cuándo volveré a sentirme así, así que si quieres preguntar algo, más vale que lo hagas ahora.

¿Hablaba en serio? El pulso de Carly se volvió errático. ¿De verdad estaba Jake dispuesto a hablar de sí mismo? Claro que le gustaría averiguar cosas sobre él. Nunca había conocido a un hombre más misterioso, intrigante... y sexy.

Sintiéndose repentinamente acalorada, se quitó la cazadora y sonrió débilmente.

-Empieza a hacer un poco de calor.

Jake le dedicó una sonrisa muy sugerente.

-Y que lo digas -se volvió hacia el saco de dormir, lo abrió y lo extendió junto al fuego. Luego se levantó y se acercó a Carly con una mano extendida-. Es hora de que te tumbes y descanses. Podemos quedarnos vestidos y utilizar las cazadoras para taparnos. Y hablaremos. Lo prometo. Dame la mano para que te ayude a levantarte.

Carly miró su mano y sintió que se quedaba sin aliento. Entonces, indecisa, alzó la suya y la apoyó en la de Jake.

Al parecer, era incapaz de decir no a Jake.

Y lo peor de aquella suposición era que, aunque la asustaba, también la emocionaba.

Lo cierto era que nada en su vida la había emocionado y excitado tanto.

Capítulo 13

De espaldas, con la cazadora doblada a modo de almohada, Carly observaba los reflejos del fuego en el techo de la cueva.

Jake estaba junto a ella, también tumbado de espaldas, pero había al menos veinte centímetros entre ellos.

-Yo me ocuparé de vigilar el fuego durante la noche -dijo.

-Necesita leña casi cada hora. ¿Vas a despertarte cada hora durante la noche?

-Lo he hecho antes. No es para tanto.

A Carly le asombraba que Jake y ella fueran las mismas personas que la noche anterior habían hecho el amor apasionadamente, porque en aquellos momentos se hablaban sin mirarse y mantenían cuidadosamente las distancias.

-Debes tener un despertador interno si puedes hacer eso -murmuró.

-Supongo -tras un momento de silencio, Jake preguntó-: ¿Estás lo suficientemente cómoda? ¿Qué tal tu tobillo?

-Sí estoy cómoda, y el tobillo apenas me molesta.

-Bien. ¿Estás cansada, o sigues queriendo interrogarme sobre mi pasado?

-Antes has dicho que yo tampoco soy un libro abierto, Jake. ¿Quieres preguntarme algo tú también?

-Lo haré si tú lo haces.

Carly suspiró, impaciente.

-De acuerdo, olvídalo -no le apetecía seguir jugando a las evasivas con Jake. Por ella, podía quedarse con sus secretos y llevárselos a la tumba.

Y ella podía llevarse los suyos de vuelta a Nueva York cuando se marchara de allí. De pronto, una intensa melancolía se apoderó de ella, y volvió a suspirar. No podía languidecer en Wyoming para siempre, aunque tampoco sabía lo que sucedería cuando volviera a Nueva York. Allí estaba su hogar, por supuesto, pero eso era todo. No la esperaba ningún trabajo, y pocos amigos. Además, no tenía idea de qué hacer con el resto de su vida. Pensando en ello, debía reconocer que se sentía más satisfecha viviendo en el rancho que en ningún otro sitio, incluso con la inquietante distracción que suponía tener cerca a Jake. De hecho, la perspectiva de irse del rancho y volver a casa le resultaba sorprendentemente desoncertante. ¿Sería debido a Jake, o sentiría lo mismo si el capataz del rancho hubiera sido cualquier otro?

Mientras Carly permanecía tumbada en silencio, pensando, Jake hacía lo mismo. Pero él estaba más serio mientras su mente divagaba. Él y Carly podían intimar esa noche, y aunque no estaba seguro de

que esa fuera la opción más sabia, tampoco estaba ya tan seguro de que, si se dieran las circunstancias, elegiría su trabajo por encima de Carly.

-No, no vamos a olvidarlo -dijo, tranquilamente-. ¿Qué te parece si preguntamos por turnos? Yo haré una pregunta que tú contestarás sinceramente, y luego será tu turno. ¿Te parece bien?

Carly sonrió, sorprendida y satisfecha por la propuesta de Jake. De pronto, se sentía mucho más animada.

-Me parece bien, ¿pero por qué tienes que ser el primero?

-Porque soy más grande y mayor que tú.

-Ja, ja, muy gracioso. Pero supongo que no importa quién empiece, así que, adelante. ¿Qué quieres saber?

-Cuando Stu llamó para decirme que ibas a venir a Wyoming, mencionó que estabas pasando una mala época debido a tu matrimonio y al divorcio.

-¿Papá te dijo eso? -Carly sintió una nueva punzada de arrepentimiento por haber preocupado tanto a su padre-. Sé que le he causado muchos dolores de cabeza, y supongo que quería explicarte de algún modo porque su hija iba a presentarse de pronto en el rancho después de haberlo evitado desde la adolescencia, pero... bueno, eso ya es agua pasada -Carly tomó aliento-. La verdad es que mi matrimonio fue un suplicio, y el divorcio supuso un alivio -tras un momento, añadió-: Un enorme alivio.

-De acuerdo. Mi primera pregunta es, ¿por qué fue tu matrimonio una pesadilla?

Carly rio temblorosamente.

-No tienes intención de ponerme las cosas fáciles, ¿no?

-¿Te resulta doloroso hablar de ello?

-Esa es otra pregunta.

-Pero no has respondido la primera.

-No, supongo que no -murmuró Carly-. De acuerdo, ahí va la sórdida verdad. Mi ex esposo... abusaba de mí.

Jake se irguió sobre un codo para mirarla al rostro.

-¿Físicamente?

-De todos los modos posibles -Carly volvió la cabeza para que Jake no pudiera ver sus ojos-. Una vez me quedé embarazada, y me sentía increíblemente feliz. Pero a mi marido no le hizo ninguna gracia, y me hizo saber con toda claridad lo que sentía. Tuve un... un aborto.

Jake apoyó una mano en su brazo.

-Lo siento, Carly. No esperaba oír algo así. No me extraña que no te guste hablar de ello.

Carly volvió la cabeza y se encontró con los ojos de Jake.

-Lo abandoné, por supuesto. Él ni siquiera vino a verme al hospital, y papá me acogió en su casa. Ese fue el final y, como he dicho antes, el divorcio supuso un gran alivio.

-¿Amabas a tu marido?

-Sí. Ahora parece imposible, pero hubo una época en que lo amé locamente.

Jake volvió a tumbarse de espaldas, aunque mucho más cerca de ella.

-Lo amabas, y él te hirió de un modo que nunca podrás olvidar. El amor está muy sobrevalorado, ¿no te parece?

-Tienes razón. Para serte sincera, había llegado al punto de pensar que no existía el verdadero amor. En cuanto al romance, mejor olvidarlo. Había llegado a creer que la palabra «romance» fue inventada por algún escritor para poder justificar que sus personajes se comportaran como idiotas.

-Yo llegué a la misma conclusión.

-¿En serio? -Carly se dio cuenta de que ambos estaban hablando en pasado. ¿Pero sentía ella lo mismos respecto al amor después de haber conocido a Jake?-. Creo que es mi turno de preguntar.

-Es cierto.

-¿Has estado casado?

-No.

La escueta respuesta de Jake no apaciguó la curiosidad de Carly.

-No puedes responder a mis preguntas con un monosílabo -murmuró-. Eso es peor que no responder.

-Lo sé -Jake respiró profundamente-. Faltaban dos semanas para mi boda cuando mi prometida me dejó.

-¿Y la amabas?

-Estaba loco por ella -Jake rio cínicamente-. Digamos que estaba loco y dejémoslo en eso.

El corazón de Carly se encogió al imaginar lo que habría sufrido.

-Cuándo sucedió eso, Jake?

-Acababa de terminar mis estudios en el colegio.

Sorprendida, Carly volvió la cabeza y encontró el rostro de Jake a escasos centímetros del suyo.

-Creo... creo que no entiendo -susurró-. Supongo que hace mucho que terminaste tus estudios en el colegio. ¿Fue esa tu única experiencia con el amor?

-Estás pensando que los chicos de esa edad solo sienten un amor superficial, y eso no es cierto, Carly. Cuando ella me dejó sentí que podía morir, y tardé años en recuperarme.

-¿Y ya te has recuperado del todo, Jake? -preguntó Carly con

delicadeza.

Jake dejó que pasaran unos momentos antes de contestar.

-Voy a contártelo todo. Cuando me dejó hice muchas tonterías. Solo podía pensar en ella, e hice el idiota siguiéndola hasta que se marchó del pueblo.

-¿Ese pueblo era Tamarack?

-No. Crecí en un rancho en Montana. Mírame, Carly -cuando ella lo hizo, Jake la tomó de la mano. Estar tumbados tan cerca y mirándose a los ojos resultó tan íntimo que Carly sintió deseos de llorar, pero no dijo nada y esperó a que Jake siguiera-. Lo arrojé todo por la borda -dijo él, roncamente-. El respeto de mi padre, mi autoestima, el dinero que ganaba... Empecé a beber como un loco y... me acostaba con cualquier mujer que me mirara dos veces. No me importaba el aspecto que tuviera o si estaba casada. Si ella estaba dispuesta, yo también lo estaba. Durante años, lo único que hice fue trabajar lo justo para poder beber y acostarme con cualquier mujer que se cruzara en mi camino.

-Tratabas de auto destruirte -dijo Carly-. Oh, Jake, ¿por qué nos hacemos a nosotros mismos cosas tan terribles?

-Tú nunca te has hecho algo tan malo.

-No me dio por el alcohol y el sexo, pero no dejaba de torturarme y despreciarme por haberme casado con el hombre equivocado. Supongo que papá pensó que el rancho sería una auténtica terapia, y... y...

-Y podría haberlo sido, si no hubiera sido por mí -Jake soltó la mano de Carly para acariciarle la mejilla-. Lo siento, pero incluso ahora, conociendo tu historia y después de haberte contado la mía, aún te deseo. Cuando bajaste de aquel helicóptero, algo me golpeó de lleno entre los ojos. Me enfadé, porque estaba convencido de que mi vida aquí era exactamente como quería que fuera. De pronto apareciste y todas mis buenas intenciones se fueron al garete.

-Yo también te deseo -murmuró Carly, y volvió la cabeza un poco para besar la palma de la mano de Jake-. Amo tu cuerpo.

-Y yo amo el tuyo -replicó él-. Y.. y te amo a ti, Carly.

El corazón de Carly estuvo a punto de dejar de latir.

-No digas eso a menos que lo sientas de verdad, por favor.

-Lo digo de verdad. Juro que nunca he dicho nada más en serio en mi vida.

-Percibo un «pero» en tu voz.

Jake suspiró.

-Ese «pero» es tu padre.

-¡Papá! -exclamó Carly-. No creerás que le importaría que tú y yo...

quiero decir que si averiguara que tú y yo...

-¿Hemos estado teniendo una aventura desde que llegaste? -Jake bajó la cremallera de los pantalones de Carly y deslizó las manos bajo sus braguitas hasta alcanzar su meta.

Ella lo miró a los ojos y abrió las piernas para darle más espacio.

-Si estás enamorado de mí, ¿no crees que lo que tenemos, lo que estamos haciendo ahora mismo, es algo más que una aventura?

-Sí, si tú me amas también -Jake comenzó a acariciar el punto más femenino y sensible de Carly-. ¿Existe alguna posibilidad de que me ames?

-En este momento te amo con locura -dijo Carly, jadeando suavemente-. Ayúdame a quitarme los pantalones y quítate los tuyos.

Todo voló de la mente de Jake excepto lo que Carly quería.

-¿Hace el suficiente calor como para que nos quitemos todo?

-Para mí sí. ¡Estoy ardiendo!

Desnudos, y ambos dentro del saco, hablaron perezosamente.

-Seguro que papá fue muy comprensivo cuando le contaste tu pasado -murmuró Carly.

-No le conté nada. Nunca he hablado de ello con nadie -Jake la besó con ternura en un hombro.

-Ojalá se lo hubieras contado -Carly suspiró con suavidad-. Lo siento, no pretendo juzgar nada de lo que hayas hecho o dejado de hacer, pero sé qué es dificil encontrar un hombre más comprensivo que mi padre.

-Tu padre me cae muy bien y siento un gran respeto por él. En cierto modo, supongo que lo envidio.

-¿Lo envidias?

-Yo crecí en un rancho, y él también. Nuestras vidas empezaron de un modo muy parecido. Pero compara dónde estamos cada uno ahora o, mejor aún, compara dónde estaba Stu a mi edad.

-¿Estás hablando de triunfo, de éxito económico?

-¿No es así como se mide a los hombres en el mundo de hoy?

-Supongo, pero en lo referente a las relaciones personales el dinero no es importante.

Jake rio.

-Carly, yo trabajo para tu padre. Me paga un sueldo y probablemente conoce mi potencial mejor que yo mismo. Después de tu desastroso matrimonio, ¿crees que le haría gracia averiguar que tus miras vuelven a ser tan bajas?

-Mi ex marido era un hombre rico, Jake. El dinero no hace decentes ni agradables a las personas. No puedo creer que te preocupe tanto cómo pueda reaccionar papá. El quiere que yo sea feliz.

-¿Lo eres?

Todo lo sucedido desde su llegada al rancho pasó por la mente de Carly como un relámpago.

-Casi -contestó con suavidad.

-Casi no basta, corazón. Los dos hemos vivido ya con «casis», y no es suficiente.

-Lo sé.

-Entonces, ¿cuál es el problema? No creas que he olvidado que eres una mujer de ciudad, Carly. Puede que el aislamiento del rancho te preocupe. Y Tamarack tampoco es una gran población...

-El aislamiento del rancho no es ningún problema, y me gusta Tamarack. De hecho, lo único que me procupa del rancho es la casa. ¿Por qué no tienes una asistenta? ¿Y por qué ha dejado papá que se deteriore tanto?

-Todo es culpa mía, Carly. Stu me dijo que contratara una asistenta, pero yo no quería ver una mujer por ahí. Yya que es muy difícil encontrar servicio masculino en Wyoming, olvidé el asunto.

-Y dejaste que la casa se estropeara.

-Tan estropeada te parece?

-Sobre todo está sucia, Jake. Pero ahora olvidemos eso. Me gustaría que pensaras un poco para averiguar por qué no me siento completamente feliz.

Jake permaneció unos segundos en silencio y de pronto rompió a reír, cosa que sorprendió a Carly.

-¿Se te ha ocurrido algo gracioso? -preguntó, irguiéndose.

-Sí y no.

-Oh, esa sí que es una respuesta precisa.

-Deja de buscar pelea y ven aquí -Jake volvió a tomar a Carly entre sus brazos. Luego apoyó los labios contra su mejilla y murmuró-. No eres feliz por el semental.

-¿Yeso te parece divertido?

-No está muerto, Carly. Él y las yeguas están al final del cañón. Mañana vendrán un par de hombres y los llevaremos al rancho. Ya he avisado a un veterinario. Estará esperando para examinar la herida del semental -Jake notó que Carly se ponía rígida entre sus brazos-. Creía que te alegrarías.

-¡Estoy furiosa! ¡Me has dejado creer que estaba muerto!

-Yo nunca he dicho eso.

-Puede que no con esas palabras, pero me has dejado creer...

-Carly, ya hemos discutido una docena de veces sobre ese caballo. Nunca he tenido intención de matarlo, y siento no habértelo aclarado el día que nos conocimos. Debería habértelo repetido una y otra vez,

hasta que no hubiera la más mínima confusión.

-No me querías en el rancho y me dejaste creer lo peor. ¿Tienes idea de cuánto he sufrido pensando que pretendías matar a ese magnífico animal solo porque es un caballo? ¿Un semental? ¿Un animal cuya naturaleza masculina lo impulsa a buscar hembras?

-Más o menos como a las personas, ¿no? Hombres, mujeres, caballos, yeguas.

-Bueno... sí -Carly empezaba a relajarse. El semental estaba a salvo, y el hombre al que amaba la correspondía-. Este ha sido un viaje de lo más... peculiar -murmuró-. Solo vine al rancho porque papá me lo pidió. Dijo que la tranquilidad de este lugar me vendría muy bien para recuperarme.

-tY ha sido así?

-Bueno, lo cierto es que entre el semental y tú me habéis tenido muy distraída. Me pillaste por sorpresa, ya sabes. Papá me había hablado a menudo de ti, pero no me había dicho que eras joven y atractivo. En cuanto te vi sentí que iba a pasar algo.

Jake rio suavemente.

-A mí me pasó exactamente lo mismo. Supongo que los dos resultamos bastante espeluznantes, ¿no?

Carly bostezó y se acurrucó contra él.

-Tú eres lo suficientemente espeluznante como para resultar increíblemente excitante.

Jake volvió a reír.

-¿De verdad piensas que soy excitante, cariño?

Carly bostezó de nuevo.

-Deja que duerma un rato y vuelve a preguntármelo después.

Jake sonrió y le dio un beso de buenas noches. El también esperaba quedarse dormido, pero tenía demasiadas cosas dándole vueltas en la cabeza. Una de ellas era que Carly no parecía preocupada en lo más mínimo por la reacción que pudiera tener Stuart si averiguara que su hija se estaba acostando con el capataz de su rancho.

También sabía que esa noche se había comprometido. Le había dicho a Carly que la amaba, y lo había dicho en serio. Pero Carly y él no eran los únicos actores de aquel pequeño drama. Al margen de la confianza que pudiera tener Carly en cuanto a la reacción de su padre, Jake no dejaba de ver la decepción en el rostro de Stuart.

Si su relación con Carly iba a seguir adelante, y sabía que así iba a ser, tendría que hablar con Stuart al respecto. Le debía mucho a Stuart Paxton, y sería una falta de respeto y amistad hacia él acostarse con su hija manteniéndolo en secreto.

Finalmente se quedó adormecido, pero se levantó una hora después para echar leña al fuego.

Antes de volver a acostarse rodeó la roca tras la que estaba el fuego para asomarse al exterior. Se llevó una agradable sorpresa. La tormenta había pasado por completo, y el cañón estaba tan brillantemente iluminado por la luna llena y billones de estrellas que pudo ver al semental y a las yeguas con bastante claridad.

-Carly tiene que ver esto -murmuró para sí. Volvió junto a ella, se arrodilló a su lado y la zarandeó con delicadeza por el hombre-. Despierta, cariño. Tienes que ver una cosa.

-Hmm, ¿qué?

-Levántate... solo unos minutos -dijo Jake, mientras se ponía los vaqueros.

Carly se irguió, aturdida.

-¿Qué haces?

Jake le alcanzó su camisa.

-Póntela. Tengo que enseñarte algo.

-Estoy cansada, Jake.

-Ya lo sé, pero, algo así solo se ve una vez en la vida, cariño.

-De acuerdo -Carly se puso la camisa de Jake y luego tomó su mano para que la ayudara a levantarse. Probó la fuerza de su tobillo cargando el peso sobre este-. Ya casi no me duele.

-Me alegra oírlo. De acuerdo, lo que quiero que veas está fuera. ¿Estás lista?

Jake estaba tan entusiasmado que Carly no pudo reprocharle que la hubiera despertado.

-Estoy lista -dijo, sonriendo.

Él la tomó de la mano y la condujo al exterior.

-¡Oh, qué maravilla! -exclamó Carly-. Nunca en mi vida había visto tantas estrellas. Es fabuloso.

-Sí, pero mira hacia allí -dijo Jake, señalando a su izquierda.

Carly siguió la dirección de su'dedo y se llevó una mano a la boca.

-¡El semental!

-Y las yeguas -Jake se colocó tras ella y la rodeó con los brazos por la cintura-. Son maravillosas, ¿verdad?

Carly se apoyó contra él.

-Tanto que me dejan sin aliento -susurró-. 0 puede que esté sin aliento por culpa tuya.

Jake la besó en el cuello y deslizó ambas manos por debajo de su camisa. Allí, en la boca de la cueva, acarició los pechos y el vientre de Carly.

-Eres tan bella -murmuró roncamente-. Tu piel es como la seda.

Carly sintió la erección de Jake contra sus glúteos y supo que iban a volver a hacer el amor. Mirando soñadoramente al semental y a las yeguas, saboreó cada sensación que Jake estaba despertando en su interior.

-Tú lo has dicho antes, pero yo no -susurró-. Te amo, Jake.

-Yo volveré a decírtelo. Te lo diré un millón de veces. Te amo, Carly.

Pero ninguno de los dos mencionó la palabra matrimonio, y lo extraño era que ambos temían que el otro lo hiciera.

Carly y Jake estaban listos y esperando cuando los hombres llegaron al cañón a la mañana siguiente. Carly percibió algunas expresiones de curiosidad, sin duda debidas a que se encontraba allí con Jake, pero no le importaba lo que pensaran, ya que tenía intención de pasar con él el resto de las noches de su vida.

Ver cómo llevaban los vaqueros al semental y a las yeguas de vuelta al rancho resultó muy entretenido para Carly. Mientras cabalgaban comprendió cuánto amaba aquella tierra y la vida del rancho en general. Pensaba quedarse allí con Jake mientras este la amara, y creía de todo corazón que sería para siempre.

Nunca se había sentido tan feliz. Cabalgar con aquellos hombres era pura realidad, pero para ella tenía una cualidad de cuento de hadas que le hacía sentirse joven, optimista y completamente despreocupada.

Cuando las edificaciones del rancho comenzaron a hacerse visibles, Carly pensó en su padre creciendo allí y luego marchándose para no volver. Las raíces de la familia Paxton estaban en aquel rancho y se remontaban cuatro generaciones. Por primera vez se preguntó cómo reaccionaría su padre cuando le contara lo sucedido y le dijera que amaba el rancho casi tanto como a Jake Banyon. ¿Aceptaría Stuart que su única hija hubiera encontrado en aquel precioso lugar lo que él nunca encontró?

-El veterinario ya ha llegado -dijo Jake, señalando hacia el rancho.

-¿Cómo lo sabes?

-Ese todo terreno amarillo es suyo -Jake entrecerró los ojos para ver mejor-. El de la camisa roja es Timothy, el veterinario. Distingo su barba negra. ¿Pero quién es el que está junto a él? ¿Lo ves?

Carly trató de distinguir a la otra persona, pero estaban demasiado lejos.

-No, pero me resulta vagamente familiar.

Cinco minutos después, mientras Jake perseguía a una yegua que se había apartado de las demás, Carly volvió a fijarse en Timothy y en el hombre que estaba a su lado. Tras mirar intensamente unos

instantes, susurró:

-¿Papá? ¡Oh, Dios mío, es papá! -golpeó a su caballo en las costillas con los talones para ponerlo al galope y gritó-: ¡Jake, es papá! ¡Me adelanto!

Jake se sintió como si hubiera sido él el que hubiera recibido el golpe en las costillas. Hablar con Stu por teléfono sobre su aventura con Carly era una cosa, ¡pero decirle en persona que se estaba acostando con ella era otra!

¿Cómo admitir algo así ante otro hombre? ¡Sobre todo cuando el otro hombre era su jefe!

Capítulo 14

Carly saltó del caballo y corrió hacia su padre, que avanzaba hacia ella con los brazos abiertos.

-¡Papá! ¡Papá! ¡No puedo creer que estés aquí! ¿Cuándo has llegado?

Stuart abrazó a su hija, riendo.

-Hace más o menos una hora. ¿No escuchaste el mensaje que dejé en el contestador?

-¿Cuándo lo dejaste?

-Ayer.

Carly sonrió tímidamente.

-Yo... no he estado aquí desde ayer por la mañana. Jake tampoco.

Los ojos azules de Stuart brillaron un momento.

-Ya veo. Tienes un aspecto fabuloso, Carly. ¿Sabes que tienes estrellas en los ojos?

Carly se ruborizó.

-Tenemos que hablar, papá. Tengo muchas cosas que contarte.

-Por el color de tus mejillas y el entusiasmo que veo en tu rostro, creo que me va a gustar cada palabra.

-Eso espero, papá.

Los hombres estaban separando al semental de las yeguas, y Carly y Stuart se volvieron a observar. Con movimientos expertos, dos vaqueros hicieron entrar al caballo en un pequeño corral metálico para que el veterinario pudiera examinarlo.

Jake saludó a Timothy y luego bajó de su caballo y avanzó hacia Stuart para estrechar su mano.

-¿Cuándo has llegado, Stu?

-Hace una hora. ¿Cómo estás, Jake?

-Bien, Stu, muy bien -Jake se volvió a mirar al semental-. Por fin lo hemos atrapado.

-Es una maravilla de caballo, Jake.

-Eso no te lo puedo discutir, Stu -Jake se acercó al veterinario, que estaba examinando al caballo desde fuera del recinto metálico-. ¿Qué piensas, Timothy?

-La bala desgarró su grupa, pero solo tocó la carne. Aparte de eso, está en plena forma.

Stuart había seguido a Jake y observaba al caballo con el ceño fruncido.

-¿Le han disparado?

-Sí -confirmó Timothy-. Pero solo hay que limpiarle le herida y suministrarle unos antibióticos para que vuelva a estar bien.

-¿Quién le disparó, Jake? -preguntó Stu.

-No lo sé. Me gustaría averiguarlo, pero ninguno de los hombres parece dispuesto a hablar. Voy a echar un vistazo a las yeguas. ¿Quieres venir conmigo?

-Carly quiere hablar conmigo, Jake. Nos vemos luego.

-De acuerdo -con el corazón en la garganta, Jake observó a Carly y a Stuart mientras avanzaban hacia la casa tomados del brazo.

Aquel podía ser su último día en el rancho Caballo Salvaje.

En la casa, Carly abrió la nevera y sacó un refresco.

-Qué te apetece, papá? ¿Tienes hambre? Puedo preparar unos sándwiches.

-No quiero nada. Estoy bien tal como estoy, y me alegra mucho verte tan feliz. ¿Qué ha pasado?

Carly abrió el refresco y le dio un trago.

-Me he enamorado de Jake, papá -dijo, sencillamente-. Creo que he cambiado más de lo que tú, o incluso yo, podríamos haber imaginado antes de que viniera aquí.

-¿En qué sentido has cambiado, cariño?

-En primer lugar,, sé que nunca había estado enamorada como ahora. Lo que siento por Jake es tan intenso, tan abrumador, que... que... -Carly se interrumpió y frunció el ceño-. No puedo explicarlo.

-Ya lo has explicado suficientemente, Carly. Me alegro mucho por ti, pero aún no me has dicho nada sobre lo que siente Jake. ¿El te ama?

-¡Oh, sí! Y hay algo más, papá. Voy a quedarme aquí. También me he enamorado del rancho y de Wyoming, e incluso de esta desvencijada casa que, por supuesto, pienso remodelar y modernizar. En gran parte, al menos. Tiene mucho encanto, pero necesita una buen limpieza y una mano de pintura.

Stuart asintió.

-Así que tú y Jake vais a... ¿qué? ¿A casaros? ¿A vivir juntos?

-Creo que de momento vamos a vivir juntos. Aún no hemos hecho planes definitivos. Pero nos queremos mucho -«a los dos nos aterra el matrimonio, papá», pensó Carly. «Ya conoces mis motivos, pero Jake tendrá que contarte los suyos. No puedo traicionar su confianza».

-Teniendo en cuenta lo que sucedió en tu primer embarazo, sé que este es Un asunto delicado, bija, pero, ¿habéis hablado Jake y tú sobre los niños?

¿Quiere tenerlos él? ¿Y tú?

-Aún no hemos hablado de eso.

-Ya lo haréis -dijo Stuart, sonriendo-. Ya sabes que a mí me hace feliz lo que a ti te haga feliz.

-Gracias, papá. Ahora voy a tomar una ducha. Supongo que estarás con Stuart y los caballos cuando termine, así que saldré a buscaros.

-Muy bien, corazón. Hasta luego.

Mientras se duchaba, Carly repasó la conversación con su padre. Este estaba contento por ella, pero lo conocía lo suficientemente bien como para leer entre líneas y saber que prefería que Jake y ella se casaran.

Y lo cierto era que ella también prefería casarse. Pero sabía que Jake no, y como ella lo amaba, debía aceptarlo tal y como era. Lamentaba haber dicho esa noche aquellas cosas sobre el amor y el matrimonio, porque aunque todo aquello hubiera sido cierto en su primera experiencia seria con el romance, no lo era con Jake. Era extraño que lo supiera con tanta certeza, porque aún no tenía pruebas de ello, pero lo sabía. ¿Y cómo podía explicar una mujer un cambio de actitud tan radical al hombre al que amaba?

Pero lo peor era que había jurado no volver a decepcionar y preocupar a su padre, y había roto su voto. No hacía falta que su padre le dijera cuánto le decepcionaba que hubiera decidido vivir con Jake sin casarse.

Unas silenciosas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, mezclándose con el agua de la ducha.

Jake estaba examinando a las yeguas con el veterinario cuando Stuart se acercó al corral.

-Vamos a dar un paseo, Jake.

-Por supuesto, Stu -Jake supuso de qué se trataba. Carly le había contado a Stuart lo sucedido y este no iba a permitir que las cosas siguieran adelante-. Siento no haber estado aquí cuando has llegado -dijo, mientras se alejaban del corral.

-No te preocupes por eso, Jake. Carly acaba de decirme que vais a vivir juntos. Dice que os ama a ti y al rancho y que va a quedarse a vivir en Wyoming.

Stuart Paxton era un hombre que siempre hablaba con suavidad, pero Jake percibió en su tono algo que nunca había percibido, algo que no sabía cómo interpretar. No parecía enfadado ni indignado. ¿Incómodo, tal vez? ¿Preocupado? ¿Aprensivo?

En cualquier caso, había puesto las cartas sobre la mesa, y Jake sabía que él tenía que hacer lo mismo.

-La quiero, Stu -dijo, tratando de controlar los poderosos latidos de su corazón-. Me gustaría que me dieras tu permiso para pedirle que se case conmigo.

Stuart siguió andando sin decir nada, con las manos en los bolsillos. Jake supuso que estaría pensando en todos los motivos por

los que su hija no debería involucrarse con un vaquero, y estaría tratando de encontrar un modo de decírselo que no destruyera por completo su ego.

Finalmente, Stuart preguntó:

-¿Sabe Carly que estás pensando en el matrimonio?

Un rayo no habría sacudido más a Jake. ¿No iba a oponerse Stu a que se relacionara con su hija?

-Lo cierto es que no lo había pensado... hasta ahora.

-¿Y la idea ha surgido así como así, de la nada?

-En realidad no. Había pensado en ello antes, pero no me había atrevido a esperar... quiero decir... -Jake tuvo que hacer un esfuerzo para tranquilizarse-. Es tu hija, Stu.

-Mi única hija, Jake. Mi única niña -murmuró Stuart.

-Lo sé.

-No suenes tan triste. Cualquiera que ama a un hijo quiere su felicidad, y si sigues haciendo a Carly tan feliz como lo es hoy, eso es mucho más de lo que puedo hacer yo -Stuart dejó de caminar y apoyó una mano en el hombro de Jake-. Pídeselo, Jake, pero no te sorprendas si te dice que no. Creo que, en lo referente al matrimonio, Carly es actualmente un poco reacia.

-Me ha hablado sobre su matrimonio.

-¿Y sobre el aborto?

-También.

-Ese es un buen comienzo para una relación a largo plazo, Jake. ¿Por qué no vas a hablar con Carly ahora mismo? Puede que esta noche tengamos un motivo de celebración.

Jake ofreció su mano a Stu.

-Gracias.

-¿Por qué? Solo quiero lo mejor para mi hija, Jake.

Jake sonrió.

-Sí, pero no esperaba que «lo mejor» fuera yo.

Carly se estaba cepillando el pelo en su dormitorio cuando oyó que alguien subía las escaleras. Se asomó al pasillo y sonrió al ver a Jake.

-¿También vas a ducharte? -preguntó.

-Voy a hacer algo mucho más importante que eso, corazón -Jake la tomó del brazo y entró con ella en el dormitorio-. Tu padre y yo acabamos de hablar.

-Yo le he contado lo nuestro antes de ducharme.

-Sí, y le has dicho que vamos a vivir juntos.

-Y así es, ¿no? -Carly sintió una repentina e indefinida inquietud.

-Tu padre es un gran tipo -dijo Jake.

-Sí, lo es. ¿Por qué sonríes así, Jake? ¿Qué está pasando?

-Tengo permiso de tu padre para pedirte que te cases conmigo -dijo Jake, orgulloso. Carly lo miró fijamente.

-¿Lo... lo dices en serio?

-¿He dicho algo malo?

Carly tuvo que ir hasta una silla a sentarse.

-Sé lo que sientes respecto al matrimonio, Jake. ¿Te ha puesto esa condición papá?

-¿De qué estás hablando? Stu y yo hemos tenido una charla. Eso es todo.

Carly lo miró con expresión seria.

-No creo. Y antes de decir nada, piensa en la conversación que has tenido con él y dime si has captado alguna vibración extraña por parte de mi padre. Algo fuera de lo normal.

Jake frunció el ceño, pensativo.

-Bueno, lo cierto es que había algo, pero aún no sé qué era.

-A mí me ha sucedido lo mismo cuando he hablado con él. No le gusta la idea de que vivamos juntos.

-¿Le has dicho tú que hemos estado viviendo juntos? -preguntó Jake, nervioso.

-No hemos estado viviendo juntos. Nos hemos acostado algunas veces. ¿Tienes miedo de mi padre, Jake?

Él la miró un momento con dureza.

-No te culpo por hacerme esa pregunta, Carly, porque así es como me he estado comportando. No, no tengo miedo de tu padre, pero lo respeto como hombre y por lo que ha hecho con su vida, y nunca he creído que fuera a aceptar una relación entre su única y adorada hija y el capataz de su rancho. Cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de ti luché contra ello por mi pasado y por mi trabajo.

-Oh, Jake -dijo Carly con tristeza-. ¿Y ahora piensas que debes casarte conmigo?

Jake se acercó rápidamente y se arrodilló ante ella.

-No «debo» hacer nada. Ni tú tampoco. Ambos hemos pasado malos tiempos. ¿No merecemos algo mejor? -tomó las manos de Carly entre las suyas-. No me atrevía a admitirlo, corazón, pero lo admito ahora. Lo quiero todo, matrimonio, hijos, un hogar de verdad... Te quiero, Carly. Te quiero y deseo que seas mi esposa. ¿Querrás casarte conmigo?

Los ojos de Carly se llenaron de lágrimas.

-Sería feliz simplemente viviendo contigo, Jake.

-Si eso es lo que quieres, eso es lo que haremos, Carly -los ojos de Jake estaban sospechosamente húmedos y expectantes. Muy expectantes.

-Hablas... en serio, ¿verdad? -preguntó Carly.

-Creía con cada célula de mi cuerpo que nunca volvería a decir estas palabras, pero te las digo ahora: ¿me harás el honor de convertirte en mi esposa?

Carly apoyó las manos amorosamente en el rostro de Jake y miró sus esperanzados ojos azules.

-¿Y viviremos felices para siempre?

-Sí, mi amor, viviremos felices para siempre, te lo prometo -Jake rodeó a Carly con sus brazos y la estrechó contra su corazón-. Te quiero. Eres el amor de mi vida.

-Y tú eres el amor de la mía, querido Jake -susurró Carly roncamente, tratando de no romper a llorar-. Sí, me casaré contigo.

Salieron de la casa un rato después, tomados de la mano. Stuart supo lo que había sucedido en cuanto los vio acercarse. Se reunió con ellos a medio camino.

-Vamos a casarnos -dijeron Carly y Jake, casi al unísono, sin andarse con rodeos.

Stuart sonrió, besó a su hija y estrechó la mano de Jake.

-No podría sentirme más satisfecho.

-¡Jake! -llamó Timothy desde el corral en que estaba el semental-. Será mejor que eches un vistazo a esto.

Los tres se acercaron al corral.

-¿Qué sucede? -preguntó Jake.

-Creía que habías dicho que este semental era salvaje.

Jake frunció el ceño.

-Y lo es, ¿no?

Timothy abrió la boca del caballo.

-Quería averiguar su edad y, como ya sabes, la mejor manera de calcularla es mirándole los dientes. Pero mira lo que he encontrado.

Jake miró.

-Que me aspen...

-¿Qué? -preguntó Carly, ansiosa-. ¿Qué pasa?

-Un tatuaje en el labio -dijo Jake, y siguió hablando mientras Stuart se acercaba a echar un vistazo-. Este semental no vino al mundo como un caballo salvaje. Pertenece a alguien o, al menos, pertenecía. Podemos comprobar si el tatuaje se corresponde con la marca de algún criador. Así podremos devolvérselo a su dueño.

-Oh, no -dijo Carly, decepcionada-. Oh, Jake. Quise que fuera mío desde el momento en que lo vi -al darse cuenta de cómo sonaba aquello, dedicó una sonrisa al amor de su vida-. Pero en realidad creo que fue a ti a quien quise a primera vista.

Jake echó atrás la cabeza y rompió a reír.

-Lo mismo digo, corazón.

Desde el lateral del corral, Stuart Paxton dejó escapar un suspiro de profunda satisfacción.

A lo largo de su carrera había instigado y completado docenas de importantes negocios y proyectos, pero ninguno le había producido la satisfacción que sentía por haber imaginado la solución para los sufrimientos personales de Carly y Jake.

Sin duda, convencer a Carly para que fuera al rancho a pasar el verano había sido una idea brillante.

Absolutamente brillante.

Jackie Merritt - Atracción inmediata (Harlequín by Mariquiña)